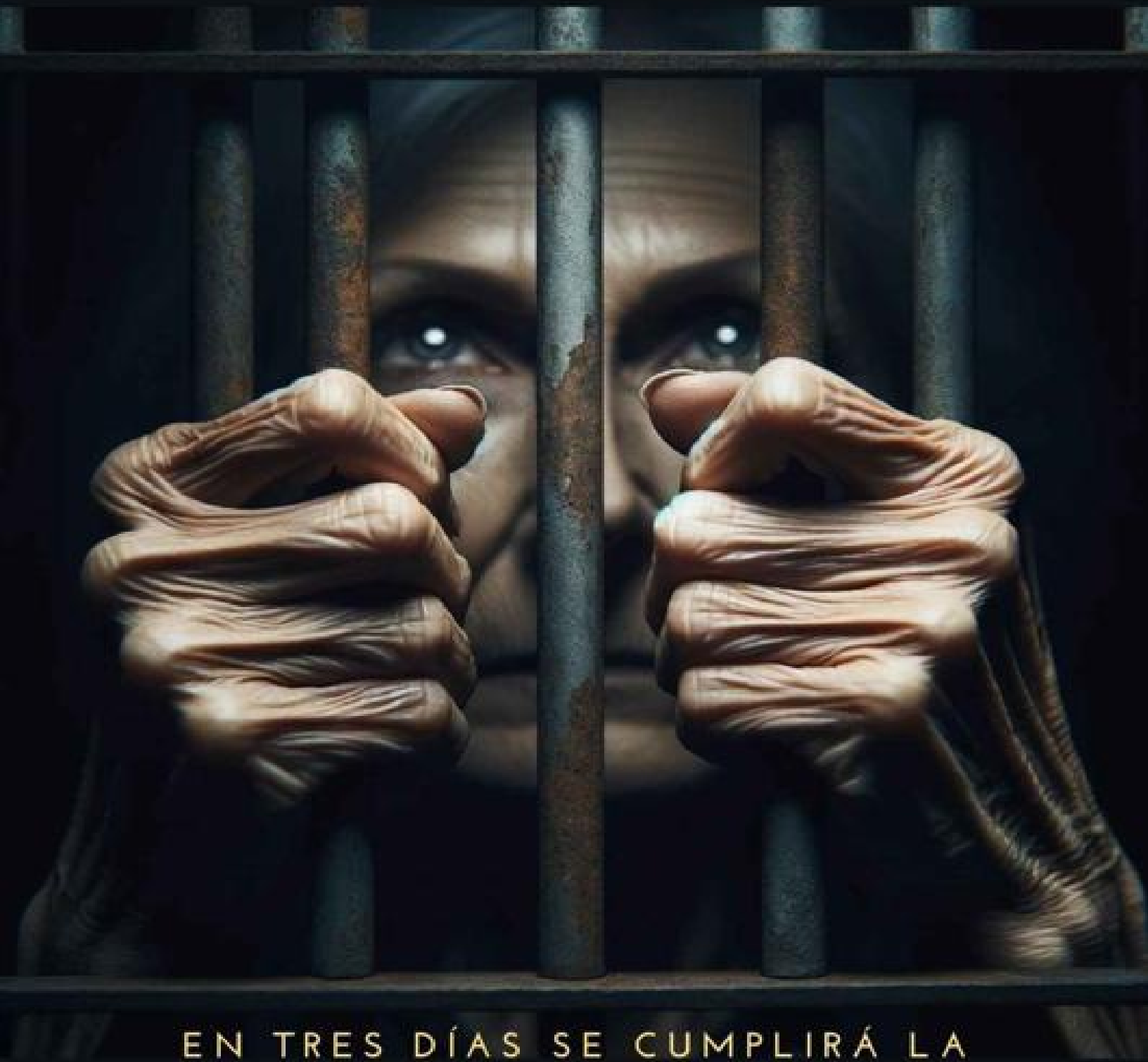
LA VERDAD NO IMPORTA

FERNANDO GÓMEZ RECIO

PREMIO CÁCERES DE NOVELA 2022



EN TRES DÍAS SE CUMPLIRÁ LA SENTENCIA

LA VERDAD NO IMPORTA

Fernando Gómez Recio

“La verdad no importa” fue galardonada con el XLVII

Premio “Cáceres” de Novela Corta 2022.

CAPITULO I

De un tiempo a esta parte he desarrollado una sorprendente habilidad. Sé al punto las noticias que me trae mi abogado solo por la forma que tiene de sentarse. En las raras ocasiones en que las nuevas son positivas siempre muestra esa sonrisa un poco idiota y tengo que soportar sus pequeños ojos asustados clavados en mi rostro mientras, a ciegas, se acomoda en el taburete al otro lado de la mesa. Me molesta que me mire de esa forma. La encuentro forzada y artificial si tenemos en cuenta que la escala de las buenas noticias siempre ha estado situada en el fondo de un pozo oscuro, a distancia infinita de la luz, elevándose tan solo un palmo sobre la podredumbre.

Hoy trae el rictus de las informaciones habituales. No me mira a la cara. Tose al sentarse y traga saliva con dificultad. Extrae de su maletín un montón de folios que trata de componer en una figura rectangular perfecta dándoles golpecitos en la mesa para alinear sus márgenes. Vuelve a carraspear y a tomar saliva. Si lo hace de nuevo resultará que la noticia que espero con ansia desde hace años es ya una realidad. Aún no se ha decidido a levantar la mirada. La tarea de componer una resma de papel de bordes lisos y sin mácula lo mantiene absorto. Se aclara la garganta y estira el cuello tantísimo que tal parece quisiera salir por el hueco de la camisa estrangulado por la corbata. Cuando decide que los papeles ya están en orden y no van a escapar, con un suspiro los deja tranquilos sobre la mesa y ofrece un pequeño descanso a sus manos. No necesita decirme nada. Sé perfectamente lo que ha ocurrido. Han rechazado la última apelación.

—Han rechazado la última apelación —consigue decir con grandísimo trabajo—. Lo siento. He hecho todo lo que he podido. Pero ha sido inútil. Me temo que ya no hay más instancias a las que recurrir.

A pesar de intuir la noticia, a pesar de saberla desde que he visto su rostro, a pesar de tener la certidumbre absoluta de que estaba allí, en su cabeza, revoloteando perezosa antes de salir, a pesar de que el mismo aire de la habitación estaba ya impregnado de su serena tristeza…, cuando la oigo de sus labios me produce el efecto de un vértigo violentísimo que tiene el efecto de dejarme sin respiración. Durante unos instantes me veo encaramada en la barandilla de la azotea de un rascacielos, en el equilibrio más precario, de puntillas y azotada por el viento. Incluso tengo en el estómago la sensación de quien comienza a caer. Necesito sujetarme la barbilla con ambas manos y apoyar los codos en la mesa. Esa apelación era la barra que me separaba del precipicio. Frente a mí ya no hay nada. Pronto van a empujarme y podré al fin volar. Más allá de la conmoción inicial que siempre produce el final de todo, sonrío ante la perspectiva de esa libertad que la adversidad trae consigo.

Mi abogado se muestra respetuoso, espera a que me recupere sin decir nada. Guarda silencio con gesto de sincera conmiseración. Pretende quizá que yo lo absuelva, que le diga que no ha sido culpa suya, que ha hecho un buen trabajo, que su defensa no ha podido ser mejor, que el mundo es cruel a pesar de sus esfuerzos, que le agradezco su tesón y su empeño durante estos años en los que ha estado luchando a mi lado.

Me cuesta hacerlo. Cuesta alabar la tarea de alguien incapaz de evitar que, dentro de pocos días, se ejecute una sentencia de muerte. La sentencia de muerte. Mi sentencia de muerte. Cuesta. Pero

hay que hacerlo. No estaría en mi papel si no lo hiciera.
—No ha sido culpa tuya. Tú has hecho un buen trabajo, es imposible haberlo hecho mejor, pero el mundo es cruel a pesar de tus esfuerzos. Te estoy muy agradecida, créeme. Muy agradecida.
No le deben bastar mis palabras. Seguro que las estima parcas y poco sentidas. Quiere más. No quiere solo una absolución plena. Quiere un reconocimiento que lo convierta en el ser virtuoso que cree ser.
—No lo sé. No sé si podría haber hecho algo más, puede que con otro planteamiento…
Me cansa un poco este juego. Resulta fatigoso seguirle la corriente y tener que halagar su vanidad profesional rota ahora por el fracaso. Suspiro y desvío la mirada hacia una de las paredes azul cielo del locutorio de la cárcel. Enseguida se percata de que me aburre su fingida humildad y él mismo se procura las disculpas.
—Ha sido imposible. El caso no tenía remedio. Con nuestra estrategia hubiera sido un milagro cualquier cosa que se saliera un milímetro de lo que ha pasado.
Su gesto se trastoca desde el compasivo con el que ha decidido comunicarme que voy a morir en unos días, hasta ese otro más duro que ya conozco y que no me gusta nada a pesar de que ya estoy acostumbrada a sus reproches.
—Si hubieras colaborado algo en tu defensa, mejor nos hubiera ido. Pero no te ha dado la gana. Es que no se trataba de mentir, Brenda. Se trataba de no contarlo todo con pelos y señales. De no ponérselo tan fácil. De darme alguna oportunidad.
Qué pesado es el pobre. Yo creo que atisbar la muerte tan próxima le da a una el derecho de no tener que soportar impertinencias. Al final va a resultar que no solo soy culpable de asesinato, sino también de haberle hecho perder el juicio a mi desconsolado abogado. Pero estoy cansada, muy cansada. No merece la pena. Estiro las manos y recojo las suyas en las mías.
—Pobrecito David. ¿Tengo que pedirte perdón, entonces?
Levanta los ojos, sorprendido de su falta de caridad para con una condenada, y se rinde antes de empezar a pensar en luchar. Siempre me ha parecido muy poquita cosa. Buena persona, brillante a ratos, pero poquita cosa. En realidad, no tiene ningún carácter.
—Perdóname tú a mí. Ahora ya no importa —dice en un puchero que amenaza con convertirse en llanto si no consigo que se venga arriba.
—No me arrepiento de nada —afirmo llamando su atención elevando el tono de mis palabras—. Hice lo que tenía que hacer. No pude hacer otra cosa —susurro ahora en un hilo de voz, pero con la convicción de quien cree con la más profunda fe. Porque esta frase «hice lo que tenía que hacer» resume y da cuenta de cuanto soy, de todo lo que hasta ahora he hecho. De lo que ha pasado y de lo que va a pasar. No he podido actuar de otro modo. Una madre debe defender a su hijo por encima de todo, sobre todo, sin reparar en prejuicios morales, sin tener en cuenta la bondad o maldad de sus acciones. Sin pensar en sí misma ni un solo momento. Cuando de un hijo se trata no hay convenciones, no hay leyes, no hay normas. Solo recuerdas el día en que lo tuviste en tus brazos por vez primera y sabes al momento lo que has de hacer. Pero esto no es posible que David alcance a comprenderlo. Él mismo podría ser mi hijo. Tiene más o menos su edad. Poco menos de cuarenta años. Por ahí debe de andar.
—¿Cuántos años tienes? —pregunto ahora con la libertad que la inminente condena me concede. Al fin y al cabo, cualquier cosa que me cuente se perderá en el vacío en unos días. Soy un receptáculo fugaz de cuanto quiera confiarme. Tampoco su edad parece un secreto que merezca revelarse solo a condenados a muerte.
—Tengo treinta y siete años —desvela cogiendo aire de forma ruidosa rindiéndose a mi caprichosa curiosidad.

—Mi hijo tiene tus mismos años —alego sorprendida conteniendo un escalofrío.
—Lo sé —responde—. Consta en el sumario.
—Tú no tienes hijos. No estás casado.
—Este no es el lugar para hablar de mi vida privada —responde molesto. Lo entiendo. Es difícil para un soltero ponerse en el lugar de un padre, mientras no lo eres nada comprendes, nada, mientras no tienes hijos, el hijo lo eres tú.
—Tú no sabes de lo que es capaz un padre por un hijo. Matar, robar, mentir. ¿Qué no estaría dispuesto a hacer un padre por privarle a su hijo de todo mal, por apartarle del dolor, de la angustia terrible que a veces provoca la justicia ciega?
Baja los ojos y mueve la cabeza de forma casi imperceptible.
—No creo que yo llegase a matar. —Hace una breve pausa para comprobar el efecto que produce en mí su atrevida presunción de virtud—. Salvo que fuera en defensa propia —añade, luego levanta la cara y musita tembloroso una frase que creo lleva rumiando mucho tiempo—. Pero tú no la mataste en defensa propia, Brenda. No fue ese el caso.
—Era una mala mujer. No siento su muerte. Hubiera destrozado la vida de mi hijo.
Ha sonado frío y despiadado, pero es la verdad. Aunque también es verdad que no hay día en el que no fantasee imaginando que nada ha ocurrido. A menudo sueño con el dulce espejismo de un pasado sin crímenes, acaricio la quimera de haberla visto marchar llevándose todo el fruto de nuestro esfuerzo, dejando en la ruina a mi hijo y a mi nieto. Hoy es fácil pensar que, simplemente, pudo desaparecer de nuestras vidas con su rapiña debajo del brazo. En su momento esa no fue una opción, hoy parece tan sencillo que hubiera sucedido así.
—No digas eso, Brenda. Tú no eres así.
Lo miro con cariño y sonrío amargamente. Pensar en explicarle cómo soy en realidad y las razones de mis actos no es algo que yo tenga a mi alcance. Voy a morir y esto sellará para siempre lo que fui. Seré lo que digan que fui. Estoy muy cansada. Tanto como lo está el corredor que después de una larga y fatigosa carrera se percata de que ha llegado a la meta, y ya no tiene que seguir esforzándose. De repente, caigo en que no tengo fuerzas para más. Para nada más. No puedo seguir adelante, no me dejan, no quiero. Frente a mí solo aparece el descanso. Dormir. Reposar después de un viaje tan áspero, tan triste.
Tan necesario.
Cojo aire y tiemblo por primera vez desde que David me comunicó que todo ha terminado. Tengo frío. He tenido frío desde que entré en esta prisión. Y quiero dejar de tener frío. Quiero dormir en el colchón de lana que la abuela mullía antes de acostarme, arropada con mi manta de terciopelo terminada en un suave borde de raso, con la bolsa de agua caliente a los pies y arrullada por las conversaciones de los mayores en el salón. Quiero marcharme con la abuela. Quiero irme de aquí. Quiero irme ya.
Quiero dejar de pasar frío.

CAPÍTULO II

Sabía que esto iba a pasar, que esta última apelación no tenía posibilidades de prosperar, lo sabía, y aun así, aun sabiéndolo, no me puedo quitar de encima esta pesadísima sensación de derrota. También supe que la condena era inevitable y cuando sucedió me pasó lo mismo. Aunque todavía nos quedaba entonces el lejano resplandor de la más remota esperanza. Hoy la amarga hiel de la injusticia me llena la boca de acidez y el corazón de una pena que a cada minuto se vuelve más y más negra. No hay nada bueno en una pena de muerte. No hay nada bueno en matar. No lo hay. Lo haga quien lo haga y en nombre de los principios que sean. La decencia y la virtud están en el «no matarás» sin excepciones, sin salvedades, sin excusas. Cuando Dios dictó sus mandamientos no previó supuestos especiales en los que no fuesen de aplicación. No le entregó a Moisés, junto a las tablas de la ley, un codicilo donde se especificasen las circunstancias en las que el «no matarás» no sería de obligado cumplimiento. No venían con un anexo en el que se permitiera hacer lo que sus preceptos expresamente prohíben. No dijo "matarás complaciendo a Dios si es así acordado por sentencia firme". No proclamó a los cuatro vientos la bondad y la justicia de matar a sangre fría cuando la víctima fuera declarada culpable tras un juicio justo. No. No lo hizo. "No matarás". Punto y final. Esta es una norma sagrada y quebrantarla es violar la ley de Dios, siempre y en todo caso. Los que dentro de tres días ejecuten a Brenda no son mejores que ella, que también mató.

Me tiemblan las manos en el volante del coche al pensar en lo evidente de estos argumentos. No solo para cualquier creyente; para cualquier persona decente y justa. Tengo que calmarme o voy a tener un accidente. Levanto el pie derecho del pedal del acelerador que la indignación mantenía clavado hasta el fondo. A medida que la velocidad decrece también lo hace mi ánimo agitado. Las cosas son como son. No merece la pena ni es buena idea excitarse porque la realidad no sea como queremos. La sentencia es firme y se ejecutará en tres días. También Brenda mató y por eso ahora la sociedad le paga con la misma moneda. Un crimen tras otro crimen. Violencia tras violencia. Una primera ilegal y delictiva, otra después legítima y conforme a derecho. La ley de los hombres dice que matar es correcto en función de las razones que se tengan para ello. Mi cliente no tenía motivo legal para hacerlo. Quienes pronto la matarán a ella, sí. Es la diferencia entre un asesinato y un ajusticiamiento. Es así. No hay más.

Por lo menos sabemos que es culpable. Ella nunca lo negó. Lo ha reconocido en todo momento. Si a esta sensación de derrota moral le uniéramos las dudas sobre su posible inocencia creo que no podría soportar este trabajo. Mejor me iría. Estos casos no me dan más que sinsabores. No sé de dónde me viene este empeño estúpido en asumirlos todos. Todos para mí, heroico abogado defensor de causas perdidas. «Es la última vez que llevo un asunto de asesinato con pena capital». Siempre digo lo mismo.

Sabemos que es culpable. Lo sabemos. «Es culpable», repito una vez más. Pero, y si no lo fuera… Y si el culpable fuera otro. Ahuyento este turbador pensamiento, que siempre ronda por mi cabeza, con un brusco manotazo al aire.

Miro el salpicadero y la manecilla de la velocidad tiembla de nuevo disparada. Oscila con mis arrebatos de excitación. Baila con los argumentos que explotan en mi cabeza una y otra vez

rechazados por los Tribunales. No puedo evitar sentirme culpable. Y esto me produce casi más rabia que el propio fatal desenlace de mis esfuerzos. Yo he hecho todo lo que he podido. He hecho más de lo que sería exigible. Me he implicado emocionalmente en todos estos años hasta un punto en el que se me olvida con frecuencia que estoy defendiendo a una asesina, a alguien que también ha quebrado la ley sagrada de no matar. El único inocente aquí soy yo. No tengo nada que reprocharme. Nada en absoluto.

Detengo el coche ante la puerta del chalet de Samuel, el hijo de Brenda. Hay un poste en la entrada al que es preciso llamar para que abran desde dentro y poder así aparcar en el amplio jardín que circunda la casa. Mientras espero, aprovecho para tomar aire y coger fuerzas. Comunicarle que hemos llegado al final, que ya no hay esperanzas para su madre, va a ser una tarea dura. Es un tipo de temperamento complejo y está llevando muy mal todo el procedimiento judicial. Parece costarle comprender que la condena por asesinato existe, que no es una broma pesada gastada por un juez humorista. Para él resulta incomprensible que su madre pueda haber sido condenada, se diría que no termina de creerlo y confía en que ocurrirá algún suceso extraordinario que logrará hacer desaparecer la sentencia diluyéndola en el aire como una nube de niebla se disipa ante el sol de la mañana.

El chasquido del portón mecánico me sobresalta de forma notable. He pegado un respingo en el asiento y a punto estoy de romper el volante aferrándome a él como si a ambos lados de la calzada se atisbase un precipicio. Está claro que no me apetece ni por asomo comunicarle a Samuel las malas noticias. Pero, entre otras cosas, para esto me paga, y no me paga mal. No ha escatimado en gastos a lo largo de todo el procedimiento. Lo mejor nunca es suficiente para Samuel. «En mi empresa y en mi equipo siempre los mejores». Estas son sus palabras. La cuestión es: ¿contrató al mejor abogado? Seguro que de esto va a tener muchas dudas. Y ningún problema en exponérmelas. Y de la forma más desconsiderada.

Aparco en un sotechado detrás de la casa junto a su Mercedes Maybach GLS, con un precio de seis cifras de las que la primera es un dos, con cuidado de no tocarlo al abrir la puerta de mi coche. Desde el aparcamiento hasta el chalet de 700 metros cuadrados, siete habitaciones, dos salones, bodega y gimnasio, hay sus buenos cien metros rodeando la piscina. Los rosales que la circundan no se muestran especialmente lozanos, esperando como están a la primavera para florecer. Observo al jardinero tras uno de los parterres enfrascado en lo que sea que haya que hacerles a los rosales a finales del invierno. Solo cuando llego a las escaleras que dan acceso al porche me da la bienvenida la asistenta sonriendo con timidez.

—Buenos días, señor —susurra inclinándose un tanto mientras con ambas manos se ofrece a recogerme el maletín.

—Gracias Evelyn. Me quedo con el maletín. Es usted muy amable.

—El señor lo espera.

Entro al espacioso salón sin poder dejar de admirar la chimenea en la que chisporrotean varios leños. No creo que haga falta porque la primavera apunta ya sus benéficos efectos a pesar de que no hemos abandonado el mes de febrero. Imagino que será una cuestión de estatus. «Tengo dinero y tengo chimenea. Enciendo la chimenea». No hay más que hablar. También los cuadros de las paredes son una credencial. Son tan horrorosamente feos que deben de costar una pasta.

Samuel me recibe sentado en el sofá a pocos metros de la chimenea. Hace un gesto con la mano invitándome a acercarme. Junto a él está su hijo. Debe rondar ya los once años. Era poco más que un crío la primera vez que lo vi cuando todo esto empezó. Ahora se ha convertido en un jovencito de mirada inteligente que sigue a su padre a todas partes dispuesto a imitar sus andares, y su mirada, y sus gestos. Es un espectáculo cómico y entrañable a la vez. Su padre, con esos

modales de nuevo rico que lo adornan, me da la mano sin levantarse y alza las cejas. Yo miro al niño y frunzo el ceño.
—Vete a tu cuarto, Víctor. —Samuel habla con amabilidad, pero en un tono que no da lugar a réplica—. Tienes que hacer los deberes.
Cuando estamos solos aprieta los labios y espera. No dice nada. Tan solo espera. Su respiración empieza a hacérsele visible en el pecho.
—Han rechazado la apelación —digo sin que casi me tiemble la voz.
Antes de que acabe la frase se ha encogido de hombros y ha cerrado los párpados mientras se muerde el labio inferior como quien intuye un tremendo estruendo y tiene que prepararse para el impacto de las ondas sonoras. Y como quien recibe una gran ola en la playa y luego permanece unos segundos esperando a que el agua pase, se queda quieto, empapado del dolor que la noticia supone. Respira y vuelve a respirar. De pronto, se levanta dando un formidable grito a la vez que vuelca la mesa de cristal provocando un estallido que me hace retroceder para evitar ser alcanzado por una miríada de minúsculos cristales.
—¡No! ¡No puede ser!
Se aparta de los trozos de cristal roto para refugiarse detrás del sofá, en su respaldo se apoya, dejando caer la cabeza entre los hombros hasta casi mostrarme la nuca. Luego va incorporándose poco a poco, tal vez tratando de dominar el mareo que sus movimientos bruscos le han podido producir. Cuando, todavía reclinado sobre el respaldo, puede levantar la vista hasta donde me encuentro —varios metros más atrás del lugar en el que me había aventurado al entrar—, pregunta:
—¿Está fijado ya el día?
—Probablemente el viernes —reconozco, tratando de mantener firme la voz.
—¡No es posible! ¡Tú dijiste que esto no iba a suceder! ¿Para esto te pago el dineral que me cobras? ¡Eres un mierda, te enteras, un abogado de mierda!
Junto al sofá, una mesilla, en la que descansan una lámpara y dos jarrones, pasa a ser el objeto de su ira. De un manotazo se estrellan en el suelo para ser luego pateados sus restos de varios puntapiés tan certeros como sus insultos.
—Yo nunca te dije que esto no pudiera suceder. Es más —añado dando un paso adelante—. Te dije que había muchas posibilidades de que pasara.
Mis palabras le cuestan un montón de dinero porque logran el efecto de hacer que la emprenda con la carísima televisión que adorna el salón. De hecho, no se detiene hasta que la ha hecho añicos. Resopla y apoya las palmas de las manos en las rodillas, mientras recupera el resuello.
—Vamos —dice mientras se incorpora, invitándome a acompañarlo al jardín. Es una buena idea. Me ha parecido ver la cabeza de su hijo asomando por la escalera del primer piso. Si va a seguir rompiendo cosas mejor será hacerlo fuera.
Salimos caminado lentamente hasta llegar a la zona de la barbacoa. No me fío y me mantengo apartado. En una barra, aparejada con todo tipo de bebidas, se sirve una copa de una botella de cristal labrado. Por el color es whisky, bourbon o algún tipo de coñac. Por la forma de ingerirlo es agua con té. Por el resultado en su irritación es algún tipo de láudano sedante. Por el efecto en su locuacidad es, sin duda, una bebida a base de escopolamina.
—¿Cómo es posible que hayamos llegado a este punto, David? ¿Cómo es posible? Tú sabes que mi madre es una buena mujer, que todo cuanto ha hecho ha sido por protegernos a mí y al niño, que nunca ha pensado en ella. Tú lo sabes. Yo no digo que la muerte de Julia estuviera bien. Yo la quería. Era la madre de mi hijo. Pero lo que pretendía hacernos era una canallada. Tú conoces toda la historia. Sabes que fue Julia quien me convenció para construir el hotel en ese terreno de

su propiedad junto al mar. Sabes que también me convenció para que le pidiera el dinero a mi madre y sabes que mi madre hipotecó cuanto tenía para permitirnos construir nuestro sueño. Y lo hicimos. Y el hotel empezó a funcionar y a dar dinero. Y todo el complejo que construimos se puso a nombre de Julia porque la finca era suya. Y cuando un día vino diciendo que no era feliz, que se iba con otro, que vendía el hotel y que todo el dinero que obtuviera en la venta era legalmente suyo, y vimos entonces que estábamos en la miseria, que todos los ahorros, todas las propiedades de mi madre, la Casa del Valle que era el legado que ella quería dejarme a mí y luego a mi hijo, todo, absolutamente todo, se iba a perder en manos de los bancos, eso es algo más de lo que nadie puede soportar. ¿Es así o no? Pues entonces ¿cómo es posible que no hayas logrado que el jurado lo entienda? ¿Cómo es posible que todas las apelaciones hayan sido rechazadas? Por el amor de Dios. ¡Mi madre tiene casi sesenta años! Es una anciana. Van a matar a una anciana solo porque defendió a su hijo frente a una malnacida.

Los argumentos le deben parecer tan convincentes que necesita remarcarlos estrellando el vaso de cristal contra el borde de la piscina.

—Perdona, David —se disculpa llevándose la mano a la frente—. Pero es que no puedo entenderlo. No puedo.

—El jurado lo único que ha tenido en cuenta es lo que tu madre dijo en el juicio, que lo hizo porque Julia se quería llevar todo lo vuestro, que no podía permitir que la Casa del Valle cayera en manos del banco cuando ejecutasen la hipoteca. Lo cierto es que lo consiguió, vaya si lo consiguió, porque ahora todo lo que Julia tenía a su nombre, hotel incluido, todo ahora es de tu hijo. Y a ti los ingresos del hotel te permitieron levantar las hipotecas de las propiedades de tu madre, que ahora son suyas sin cargas, por mucho que esté en la cárcel. Esto no despierta conmiseración ninguna. Al contrario.

—Pero no fue por dinero, David. Fue por amor. Todo lo que ha hecho mi madre ha sido por amor. ¿Es que no lo entiendes? Por amor a mí y a su nieto.

No sé si lo creo. No lo sé. Había mucho dinero en juego para que esa muerte no se explicase por el frío y meditado interés de no perder lo que se tiene. Samuel jura y perjura que su madre no actuó por su beneficio particular. Es verdad que por él Brenda hizo lo que hizo, para evitarle a él la miseria. Puede que fuera así. Pero las consecuencias son las mismas. El asesinato no desaparece.

—Hay que pedir un aplazamiento —susurra mirando al techo con los ojos inyectados en sangre.

—Tu madre no va a querer.

Sin darme tiempo siquiera a terminar la frase se tira hacia mí, me coge de la pechera y, a un centímetro de la boca, me escupe en los labios a pleno pulmón:

—¡Hay que pedir un aplazamiento! ¿Qué mierda no has entendido de esta frase?

—No puedo hacerlo —me atrevo a protestar con un hilo de voz— si ella no lo solicita.

Cierra el puño y lo echa para atrás. Como puedo, intento cubrirme la cara con las manos y retirarla para amortiguar el golpe. Lo único que llega es un rugido desesperado. Se vuelve y comienza a sollozar nerviosamente. No sé qué hacer. No me esperaba una reacción así. Me he quedado paralizado. Si no hago algo lo más probable es que acabe pegándome. Pero también me da miedo irme, y que salga detrás de mí como hacen los animales si les pierdes la cara. Solo espero y finjo que me compongo la ropa. Esto me permite ganar tiempo. Después de lo que parece un siglo y han sido tan solo unos segundos se dirige otra vez a la barra y se sirve medio vaso del mismo líquido que ha bebido hace unos instantes. Esta vez lo apura de un trago. Sus efectos se notan al poco.

—Perdóname, David. No volverá a ocurrir.

—No importa —miento.
—Siéntate conmigo, dime qué podemos hacer.
Lo cierto es que no podemos hacer nada, pero intuyo que esta no es la respuesta correcta en la situación en la que estoy.
—Tengo que estudiar todas las alternativas. Mañana miércoles tendré un plan de acción. Si acaso el jueves podemos solicitar ese aplazamiento que dices.
—Eso es —me dice acercándose lentamente—. Esto es lo que quería oír. ¿Ves como no era tan difícil?
Dos cachetitos en mi cara rubrican sus palabras. Se gira y se sirve otro vaso.
—Pero no hay que esperar a mañana. Esta noche pásate por aquí después de cenar y lo hablamos. Piensa en algo. Si no, puede que se me ocurra algo a mí. —Hace una pausa alzando el dedo índice—. David…
—Dime.
—No se te olvide venir.

CAPÍTULO III

La esperanza es el más cruel de los castigos. No lo hay mayor. Es un infierno al que nos entregamos voluntariamente, sin freno, sin cautela. Olvidando a propósito que el dolor más intenso será el resultado final. Cuando lo hacemos, el corazón se abre imprudente ante la más mínima ilusión y confiado en dulces mentiras concibe fantasías hermosas, fantásticas quimeras, futuros inmediatos paseando por los prados de las montañas, caminando al lado de las riberas de los ríos, disfrutando de los miles de colores del cielo, de los azules, de los grises, de los amarillentos del amanecer, probando en los labios la sal del mar embravecido.

Es difícil sustraerse a sus engaños, la esperanza nos llama con cantos de sirena anunciando buenas noticias, nos atrae mostrando el mundo no como es sino como quisiéramos que fuera, nos oculta la realidad más evidente, aleja de nosotros esa verdad obvia para cualquiera que no se haya tapado los ojos con las vendas de sus artificios.

La esperanza. Mientras duran sus mágicos efectos la vida se hace llevadera, menos pesarosa. Como la más potente y peligrosa de las drogas te permite salir de un oscuro cubículo, volar hasta lugares conocidos, llegar a parajes desconocidos con la promesa falaz de volver a hollarlos en breve, de descubrirlos pronto. Aquellos mundos en los que fuiste feliz. Aquellos en los que siempre quisiste serlo. La esperanza. Es una brisa cálida que te lleva por el aire, es el viento del fantasma de las navidades que te permite llegar hasta las casas de tus seres queridos, asistir a sus comidas, a sus cenas, acostar a tus hijos, a tus nietos; a los que tienes, a los que tendrás, a los que tendrías que tener. La esperanza. Esa emoción que te consume, que va mermando tu resistencia con la felicidad artificial de la mentira. Imposible escapar de su seno doloroso y ácido. Imposible no sucumbir a sus verdes paisajes pintados en las paredes sucias de mi celda. Imposible no recurrir a ella cada vez que la angustia cae del techo, cada vez que el miedo inunda el suelo.

La esperanza. El más cruel de los castigos. No lo hay mayor. Porque cuando estalla la burbuja frágil en la que se mantiene… aparece el lobo negro de la desesperación y un intensísimo dolor reina en cada centímetro de la piel. Solo quien ha sufrido el síndrome de abstinencia a las drogas más adictivas sabe lo que es entregarse a un anhelo de felicidad y contemplarlo luego arrastrado por el barro, revolcado por la inmundicia de un estercolero. La dependencia que produce la esperanza es imposible de tratar con fármacos, hay que pasarla a pulso. Resistiendo el martirio y la tortura que ocasiona su ausencia. Aguantando el cuerpo desnudo dentro de una caldera de agua hirviendo. Conteniendo la respiración cuando las ilusiones perdidas te arrancan las uñas sin piedad. Gritando por las noches. Durmiendo por el día. Rezando con no soñar.

Solo en un sueño encuentro consuelo.

En ese sueño sin pesadillas en el que no soy. En el que no aparezco. En el que ya no estoy. Quiero entregarme a ese sueño por fin. Debo hacerlo. No quiero sufrir más. No quiero que la esperanza crezca otra vez dentro de mí y que de nuevo se desgarre abriéndome en canal. Quiero que esto acabe. No puedo más.

La pena de muerte no es un castigo cruel o inhumano. Todos nacemos con esa condena. En cualquier momento el destino puede decidir ejecutarla. De hecho, si las autoridades decidieran imponerla tras un juicio de fecha incierta, del que el acusado no estuviera enterado, y la

ejecutasen acudiendo al domicilio del criminal para allí darle un tiro en la nuca mientras disfruta de una sesión de música, sería una pena tan escasamente aflictiva que a los familiares de la víctima no les serviría de morboso consuelo. Tampoco la sociedad estimaría que tal manera de matar es una justa y proporcionada reparación por el delito cometido.

Sin embargo, esa misma sociedad asistiría espantada al actuar de un psicópata que secuestrara a una persona, la arrojara en la más fría mazmorra, y cada cierto tiempo se personara ante ella para comunicarle si ha decidido por fin matarla o está considerando su puesta en libertad. Esto sería un ensañamiento inhumano, una brutalidad miserable por la que el criminal debería ser castigado con la mayor severidad posible. Posiblemente con la pena de muerte.

A mí hace tiempo que me han comunicado que me van a matar. Hace tiempo. Primero hubo un juicio en el que esto todavía no estaba decidido y la esperanza era un retoño inocente, lozana y pura como una doncella. Luego cuando fallaron que merecía morir me dijeron que lo podían reconsiderar si presentaba recurso. Aquí la esperanza siguió resistiendo, cubriéndose de cenizas y de lodo, cada vez que decidían que habían decidido bien y cada vez que insistían en que les pidiese que se lo pensaran otra vez. Y la esperanza seguía allí, cada vez más débil, cada vez más sucia, cada vez más sola. Cada vez más burlada cuando los que decían que pidiera que se lo pensaran otra vez me decían que ya se lo habían pensado y que pensaban que habían pensado bien. Así una y otra vez. Durante meses, durante años. Todo este tiempo eterno y fugaz metida en esta fría celda esperando a que venga el encargado de encender y apagar la esperanza a decirme si tengo que recibir la noticia de que voy a morir en unos días o debo decidir si tengo que pedir que se lo piensen otra vez. Y ni siquiera son ellos los que vienen. Es mi abogado quien lo hace. Es él quien hace las veces de verdugo, mi abogado es el esbirro del captor, del sádico bienintencionado que inventó este retorcido sistema de matar. Este siniestro y burlón método de tortura. Esta forma feroz de causar la muerte que ni los más sangrientos psicópatas se atreverían a imaginar en sus delirios impíos.

Estoy harta. Estoy cansada. No quiero pasar más frío. La esperanza ya no me hace ningún bien. Quiero terminar y quiero hacerlo ya. Es mi derecho, es mi decisión. Es la soberbia que le queda a una condenada a muerte quien habla.

No quiero vivir más. No quiero sufrir más. Quiero descansar, compartir la suerte de los que vivieron antes que yo y no pasaron por este tormento que no termina nunca. Suspiro por los que ya no están con el anhelo insano de la más poderosa envidia. Y quiero ir con ellos. Descansar mi cabeza en el regazo de mi madre. Escuchar la serena respiración de mi padre. Fundirme con ellos allá donde estén.

Esta es ya mi única esperanza. La única que no me causa dolor.

CAPÍTULO IV

La rabia es mala consejera. No puedo dejar que me domine por más que tenga motivos. Tengo que controlarme, relajarme, pensar. Con la cabeza encorajinada no veo con claridad y cualquier cosa que haga o diga o piense será un error. Lo primero es serenarme.

Me siento, pongo las manos en las rodillas, echo la cabeza hacia atrás y respiro despacio. Cojo aire, hincho los pulmones poco a poco y lo expiro lentamente. Otra vez. Me concentro en la respiración, dejo la mente libre y solo tengo que tomar aire, luego expulsarlo. Así durante un rato que tiene que ser largo. El pensamiento libre, vacío de todo. Fuera las malas ideas, hay que desterrar las predicciones agoreras, dejar espacio para las soluciones. Cuando haya terminado de limpiar la impotencia y la decepción que impregnan todas las paredes interiores del cráneo, estas relucirán y habrá lugar para nuevos recursos. Esta es la cuestión, hay que pensar en algo que nos permita seguir adelante. Hay que dar con una vía de escape, con un resquicio que sirva para continuar luchando. Eso es. Siempre hay una salida. Cualquier desgracia presenta grietas por las que te puedes colar. Lo único irremediable es la muerte. Y esto no va a pasar. No si yo puedo impedirlo.

Me estoy alterando. Noto los latidos del corazón empezar a protestar de nuevo. Debo relajar las manos porque me estoy clavando las uñas en las rodillas. Habíamos quedado en no pensar, en respirar tan solo. Coger aire un segundo, dos, tres… y luego expulsarlo por la boca como si estuviera soplando una vela de cumpleaños. Así. Despacio. La premisa es mantener la calma. Las soluciones ya vendrán. Ahora mismo no soy yo quien tiene que pensar en ellas. David va a llegar en breve. Es misión suya encontrar algo en lo que podamos apoyarnos. De momento, si pudiera dormir me ayudaría a estar fresco y sin duda me relajaría. Claro que también podría tomarme una copa. La imagen de un vaso de *bourbon* con un montón de hielo me altera de nuevo el ritmo cardiaco. Esta no era la idea. Mejor intentar dormir. La casa está en silencio. Víctor está acostado desde hace rato. Evelyn se ha marchado. Demasiado silencio para que los fantasmas no dancen dentro de mi cabeza. Un poco de música ayudaría. Sinatra siempre me anima. Con alguna de sus canciones de fondo sí que podría dormir o al menos relajarme un tanto. Esas trompetas, esos saxos, esos trombones, ese viento cada vez que la voz decae, ese jodido brío decidido y resuelto de sus letras. Frank no se arrepentía de nada. Incluso de sus errores hacía música. Qué tipo Frank Sinatra. Podría ponerme en bucle *The best is yet to come*, o *My way*, o *That`s life*. Claro que como se cuele *It was a very good year* puedo colgarme de una viga en el techo. Abro los ojos. Me gustan las vigas de madera en los techos. Le dan un punto rústico a las casas. Tenía que haber pensado en ello cuando mandé construir el chalet. Esto de la relajación no funciona. La música ya no me parece un método efectivo para conseguir un poco de paz. Me ha dado un tremendo bajón recordar la deprimente letra de *It was a very good year*.

En su lugar resuena en mis oídos el tintineo musical, fresco, seductor, de los cubitos de hielo en un vaso ancho y fino de cristal. El suave hilo de *bourbon* cayendo sobre una montonera de pedazos de hielo, resbalando por sus bordes helados hasta casi cubrirlos. Luego ese movimiento danzarín en el vaso, ese baile alegre que lanza destellos a los ojos y guiños al olfato, esa explosión de sabor en el paladar, ese calor en la garganta. Tengo que mojarme los labios con la lengua y secarlos luego con el dorso de la mano. Arrugo el ceño, me obligo a cerrar los ojos

negándome un placer que puede me hiciera más bien que estar sentado en el sofá, respirando despacito, con la cabeza apoyada en el respaldo mirando al techo como si me hubiera dado un ictus. Así es como pasa los días mi madre en esa prisión de mierda. Tumbada en un catre mirando al techo de su celda. Hora tras hora. Día tras día. Mes tras mes. Año tras año. Sin que yo haya hecho otra cosa que construir hoteles desde ese primero que Julia quiso arrebatarnos. Por ese maldito hotel ahora está en la cárcel y dentro de tres días estará muerta si yo no lo impido.

Un calor repentino me abrasa el pecho, tengo que incorporarme para poder respirar. Crispo los puños sobre las rodillas y la rabia que nunca se había ido se adueña de nuevo de mi corazón. Esto de la relajación es una puta mierda. Me levanto y noto cómo mis piernas vacilan al recibir el peso del cuerpo. No deberían, me machaco en el gimnasio casi a diario. Son la ira y la vergüenza las que me hacen temblar. Sin que sea una decisión consciente, mis piernas, firmes ya, me conducen al mueble bar y allí mis manos escogen por su cuenta un vaso de cristal; me percato de que han elegido el que parece más fino, tallado con finos ornamentos. La botella de *bourbon* se muestra destacada entre todas las demás, es inevitable que acabe descargando su contenido sobre cinco o seis hielos que han aparecido, sin saber cómo ha podido suceder, dentro del vaso. Es un *Maker`s Mark 46 Kentuchy* con un montón de años en barrica. Apuro un primer sorbo sin dejar que el hielo lo aligere. Cierro la boca después del trago y lo paladeo con gozo. Dice la etiqueta que su sabor es una mezcla equilibrada de frutas con vainilla y caramelo, y que al olfato recuerda aromas florales, pimienta y miel. Tonterías. El whisky sabe a whisky y huele a whisky, y hace el efecto que tiene que hacer el whisky. Sobre todo, con el segundo sorbo largo que deja los hielos huérfanos de compañía. Esto sí que es un buen sistema para calmar los nervios.

Un súbito timbrazo me hace dar un brinco. Los hielos rebotan en el vaso asustados entrechocando unos con otros hasta que los abandono sobre la barra. Miro el reloj de pulsera. Son casi las once de la noche. David ha apurado. Espero que traiga buenas ideas. Espero que traiga ideas. Espero que traiga algo. Por lo menos ha venido. No estaba seguro después de lo que ha pasado esta mañana. Pero es que me exaspera. No tiene sangre en las venas. Ni carácter. Ni un par de huevos. Me tratan a mí como yo lo he tratado a él y acaba quien lo intente en el hospital con la mandíbula rota. Y un par de costillas también porque de seguro que no me iba a contentar con un solo puñetazo en la cara. Pero me lo recomendaron como el mejor. Desde luego en juicio lo es, yo lo he visto, es capaz de envolver con su verbo fácil a cualquiera que no esté avisado. Aunque al parecer en el juicio de mi madre estaban todos avisados. Yo sé que no defiende a mamá por dinero, ni porque simpatice con ella, ni por supuesto conmigo. Es un jodido idealista. Lucha contra la pena de muerte. Le da igual a quién afecte, le da lo mismo el crimen que el condenado haya cometido. «Jodido idealista de mierda». Tengo que controlarme. Si se repite lo de esta mañana puede que se harte y le importen menos sus principios que su dignidad. No puede dejarnos tirados ahora. No puede.

Siento que una traición a estas alturas sería algo imposible de tolerar. Algo inconcebible. Algo repugnante y miserable propio de un puerco nacido en una cuadra… «Respira Samuel». Mal empezamos si la idea era estar calmado.

Dejo el vaso en la mesa y voy a abrir la puerta. Espero que Víctor no se haya despertado con el ruido del timbre. Solo faltaba tenerlo en pijama en medio del salón.

—Hola, David. Te agradezco que hayas venido.

Responde a mi saludo inclinando la cabeza. Pasa conmigo al salón y le invito a sentarse en la mesa grande. Tiene un portafolios voluminoso que dejar allí. Intento averiguar si su rostro ofrece alguna pista sobre su estado de ánimo. Desde luego no sonríe. Está alerta, no deja de mirarme las manos. Puede que piense que le voy a pegar si me trae malas noticias. Bien. Eso está bien. Está

bien que lo piense porque solo verlo con esa pinta de santurrón resignado me pone malo. Extrae del portafolios varios papeles y emplea unos segundos en ajustar sus bordes como si esa fuera una tarea imprescindible a la que deba dedicarse antes de hablar. Lo dejo con su infantil ocupación y me preocupo de tener el vaso de *bourbon* lleno de hielo y lleno de *bourbon*. Mientras juega con los folios y carraspea, yo muevo los hielos, impaciente. Viste con un traje oscuro de buen corte. Bien afeitado a pesar de las horas que son. Parece haber venido a una fiesta. No puedo con este tío. Según me dijeron es hijo y nieto de jueces importantes. En su puta vida habrá conocido más problemas que los que le cuenta la gente en su despacho profesional. Así, por supuesto que se puede pontificar sobre el bien y el mal, juzgar los comportamientos de los demás, ponerles una etiqueta. Tiene que ser muy bonito defender a condenados a muerte y luego contarlo en divertidas reuniones sociales presumiendo de buena conciencia y de humanidad. Qué sabrá esta gente de lo que es luchar por un ser querido mientras todo se derrumba. Qué sabrán.

El abogado mueve nerviosamente los hombros intentando ajustarse la chaqueta. Al fin se decide a hablar:

—Podemos pedir un aplazamiento, pero si no alegamos una razón de peso no tenemos ninguna posibilidad de que nos lo concedan.

—¿Tienes alguna idea?

—Lo normal en estos casos es impugnar la forma de ejecución. El método elegido. Podemos alegar que la inyección letal es un mecanismo que no está exento de dolor físico. Aportar algún estudio al respecto. Tengo varios preparados. Puede que de esta forma logremos que lo pospongan. Lo mejor sería, desde luego, aportar alguna prueba nueva que permita reconsiderar la sentencia, pero esto no está a nuestro alcance. No existe a estas alturas ningún elemento de juicio, ninguna alegación que podamos hacer que ponga en duda la culpabilidad de Brenda.

—¿Lo has repasado todo?

—Cientos de veces.

—Vamos a hacerlo una vez más.

—¿Ahora?

—Ahora. Te va a llevar unos pocos minutos.

Suspira como haría un alumno que tiene que exponer otra vez la lección ante un profesor que fuera medio lerdo. Cuando lo ha hecho, mi primera reacción ha sido estamparle el vaso en la cara. Estoy teniendo mucha paciencia, lo único que hago es apurar el *bourbon* hasta acumular los hielos todos entre el labio superior y la nariz. Me limpio el líquido con el dorso de la mano, y el dorso de la mano en los riñones. Yo no sé si me voy a poder controlar con este abogado de mierda mirándome por encima del hombro.

—Los hechos siguen siendo los que siempre han sido —comienza a recitar tal y como lo haría en un tribunal—. Hace casi cinco años. 23 de marzo. A las 22:01 horas las cámaras de seguridad del jardín de la casa donde entonces vivíais tú, Julia y el niño, graban tu coche, un *Chevrolet Impala* de color rojo, saliendo por el portón. Una hora más tarde, a las 23:11 horas graban otro coche que entra por el portón hasta el garaje, se trata del *Ford Focus* azul propiedad de tu madre. El *Focus* sale del garaje y abandona la casa a las 23:21 horas.

»Al día siguiente, el personal de servicio encuentra el cadáver de Julia en la cocina en medio de un charco de sangre. La autopsia acredita dos heridas de arma blanca, una en el cuello y otra en el corazón. En uno de los cajones de la cocina se encuentra un cuchillo cuyo filo se corresponde con la herida. Se hallan restos de sangre en su hoja y en su empuñadura. La sangre es de Julia. Hay ADN de Brenda en el mango…, pero también hay ADN tuyo. La policía registra la casa de

Brenda, localiza en el trastero una bolsa con ropa de mujer manchada de sangre y unas zapatillas blancas también manchadas de sangre. La sangre se analizó y era de Julia, encuentran también ADN de Brenda en la ropa. En el *Ford Focus* de Brenda la policía descubrió manchas de sangre de Julia. Tu *Chevrolet Impala* estaba limpio… Estos son los hechos.

Me los ha arrojado a la cara con el desprecio de quien se cree puro e inmaculado. Sé que esos son los hechos por los que mi madre fue condenada, pero esa no es la cuestión. La cuestión que nunca ha entendido es que mi madre no puede ser condenada a muerte. Mi madre tiene que vivir. Esto es lo que David no comprende. Y hay que hacer lo que sea para impedir que la maten.

—Si los hechos son contundentes —sigue diciendo el abogado—, las declaraciones que hicisteis a la policía, cuando se presentaron en casa de Brenda la mañana siguiente, son también muy difíciles de levantar.

»Tú dijiste que el día antes habías discutido con Julia porque estaba decidida a vender el hotel y porque te dijo que se marchaba y te dejaba. Que cogiste al niño y os fuisteis a casa de tu madre. Que cuando llegaste le contaste a Brenda lo que había pasado y que luego te acostaste con el niño, dejando a tu madre en el salón muy enfadada.

Eso fue lo que dije, sí. Lo recuerdo entre brumas. Parece que haya pasado un siglo y todo sucediera hace un montón de vidas. Pero, por momentos, la sensación que me empapa el alma es la de estar reviviendo constantemente ese día terrible en un bucle eterno de angustia y de terror.

—Brenda no dijo nada hasta que encontraron la ropa manchada de sangre. Entonces reconoció que había sido ella. Que la noche anterior se desplazó en el *Ford Focus* hasta tu casa para tratar de convencer a Julia, que no tenía intención de matarla, que discutieron y sin saber lo que hacía le clavó un cuchillo de cocina, que regresó a casa, se quitó la ropa ensangrentada y la metió en una bolsa.

Eso fue lo que dijo, sí. Yo no estaba presente cuando habló con la policía. Me enteré luego, casi enloquezco al comprender lo que había pasado. Recuerdo que me costó un tiempo entenderlo y otro tiempo mucho más largo asimilar las consecuencias de lo que estaba ocurriendo. Aún me duele pensar que todo lo que lo que ha sucedido es real. Cuando me recuperé del *shock* de ver a mi madre esposada e introducida en un coche patrulla, solo pude pensar en el inmenso amor, capaz de todo, de una madre que intuye a su hijo amenazado. Yo haría lo mismo por Víctor sin dudarlo. Sin dudarlo un solo momento. Como haré lo que tenga que hacer por ella sin dudarlo. Sin dudarlo un solo instante.

—Tenemos que conseguir un aplazamiento.

—Impugnaremos el método de ejecución —apunta David sin ninguna fe.

—Haremos otra cosa —afirmo con una seguridad que llega a sorprenderme.

—Tú dirás.

—Diremos que fui yo quien mató a mi mujer.

CAPÍTULO V

No puedo reprimir una mueca de disgusto. En realidad, me lo estaba esperando. Es el recurso más fácil y el más deshonesto. Siempre lo fue. Pero era previsible que atacase por ahí otra vez. Y será muy complicado convencerlo para que desista. Tiene en los ojos un brillo particular que me tranquilizaría achacar tan solo a la bebida. Por supuesto que ese vaso de whisky, que llena y luego vacía de un trago, tiene mucho que ver con su atrevimiento y con esa aparente voluntad de sacrificio, pero no es la principal razón que explica sus planes. La ensoñación de querer hacer algo que resuelva la situación por arte de magia, la soberbia de pretender tener la solución definitiva a cualquier problema, la arrogancia de creerse más listo y más resolutivo que nadie, el desprecio que, sin duda, siente por mi actuación en este juicio. Todos estos argumentos mezquinos y torpes pesan más en esa tontería de declararse culpable, a estas alturas, que cualquier razón de amor filial. Es, desde luego, una muy mala idea ahora. En realidad, siempre lo fue, pero en estos momentos sería un error de funestas consecuencias para él… y para mí. Y lo que es peor, para Brenda es una maniobra inútil de todo punto.

—No serviría de nada que declarases que lo hiciste tú. Nadie lo iba a creer. Es imposible que de esa manera se lograra una revisión del juicio. Absolutamente imposible. Todo el mundo pensaría que lo haces para lograr un aplazamiento.

—Pero nos darían el aplazamiento.

No puedo negarlo. Es evidente que cualquier circunstancia nueva tendría que ser examinada antes de rechazarla. El aplazamiento de la ejecución es casi automático.

—Nos darían un aplazamiento, sí. Pero en cuestión de semanas estaríamos otra vez igual. Igual no. Estaríamos peor porque te ibas a enfrentar a cargos por falso testimonio. Y yo seguramente a un expediente por mala praxis profesional.

—Pero nos darían el aplazamiento.

—Sí—. No puedo negarlo.

—Pues mañana por la mañana nos vamos a comisaría y allí declararé que fui yo quien mató a Julia, que después de hacerlo fui a casa de mi madre y le conté lo que había hecho y que ella quiso ir a comprobarlo. Si cuando ella llegó se encontró con el cuerpo de mi mujer en la cocina, pudo muy bien recoger el cuchillo y dejarlo en la encimera, así se explica su ADN en el mango. Luego pudo también tratar de atenderla y por esta razón mancharse de sangre. Ahí lo tienes. Con las pruebas que tú mismo acabas de poner encima de la mesa, esto pudo perfectamente suceder. ¿O no?

Clava sus ojos en mí exigiendo no una respuesta sino un asentimiento. No sé qué hay detrás de sus palabras ni qué pretende volviendo otra vez a un tema que fue desdichado para la defensa y que teníamos resuelto. Claro que pudo suceder así. Pero la pregunta no es esta. La cuestión que debería responderme con sinceridad es: ¿sucedió así? Su ADN en el mango del cuchillo ¿estaba allí como estaba en muchos otros objetos de su casa, entre ellos varios cuchillos, o estaba allí porque lo empuñó esa noche mientras apuñalaba a su mujer?

—No basta con que ahora declares que lo hiciste tú. Necesitaríamos una prueba material que respalde lo que vayas a decir. ¿Tienes esa prueba? Porque si no la tienes lo único que vamos a conseguir serán un par de meses de prórroga a costa de serios disgustos para ti y para mí.

Se echa para atrás en su asiento, mantiene el gesto sin pestañear. Mira el vaso que lleva en la mano y hace bailar el whisky entre los hielos. Después niega con la cabeza y eleva la vista al techo.

—Cómo quieres que tenga pruebas, David —masculla—. Yo no lo hice —dice en un susurro arrastrando las palabras—. Y te voy a decir otra cosa —añade poniéndome el dedo índice a dos centímetros de la nariz—. Quiero ese aplazamiento.

Lo que él quiera debería resultarme indiferente. Mi cliente no es él sino Brenda, aunque es Samuel quien paga las minutas. Pero con independencia de esto yo debo estar a lo que Brenda diga. Tendré que hablar con ella antes de hacer nada. En cualquier caso, no me parece una buena idea.

—No me parece buena idea.

Se levanta y arroja el vaso de whisky al suelo como quien lanzara una granada contra una trinchera enemiga. El cristal estalla justo en el mismo lugar en el que estaba colocada la mesa que hace unas horas rompió a golpes. Se queda en jarras observando el estropicio dándome la espalda. Descubro con cierta sorpresa que su teatral pataleta me impresiona menos que la de esta mañana. Empiezo a estar harto. Muy harto. Yo diría que hasta un punto en el que puedo atreverme a sacar a la luz los remordimientos y los reproches que me están royendo la conciencia desde que nos comunicaron la sentencia de condena. Voy a hacerlo. Y voy a hacerlo porque estoy harto.

—¿Sabes por qué razón tu madre está condenada a muerte? Pues por ideas geniales como esta. Durante todo el juicio le dejamos caer al jurado la posibilidad de que Brenda fuera inocente porque muy bien lo podías haber hecho tú. Pero tú lo negaste cuando te tocó declarar y el jurado pensó que le estábamos tomando el pelo. Y también lo pensó el juez. Pero nosotros, ciegos nosotros, seguimos insistiendo y sin decirlo sugerimos a cada paso que pudiste matar a Julia antes de salir a casa de tu madre, porque, al fin y al cabo, tu ADN también estaba en el mango del cuchillo. El jurado quería escucharte decir que lo hiciste tú. Si lo hubieras hecho te habrían condenado a ti y absuelto a tu madre. Y puede que no hubieran sido tan severos. Pero fue tu madre quien se inculpó, fue ella quien insistió e insistió en que era ella la asesina. Y el jurado no tuvo otra opción. ¿Y por qué, te preguntarás, la condenaron por el mayor de los delitos y por qué, dirás, acabó Brenda condenada a la mayor de las penas? A todos nos sorprendió ese rigor con una mujer mayor que actuó para proteger a su familia de una arpía que pretendía dejar a su hijo y a su nieto en la ruina. Me lo he preguntado un montón de veces porque no hay una explicación. Sobre todo, no hay una explicación que me exima de responsabilidad. ¿Por qué lo hicieron? Pues lo hicieron porque nosotros los obligamos, sí, nosotros con nuestra táctica de tahúres del Mississippi. El jurado sencillamente pensó que si eras tú el culpable confesarías antes de dejar a tu madre morir por algo que tú habías hecho. Si ella era culpable la condena era justa. Si era inocente su muerte recaería sobre tu cabeza. Tú la estarías matando, no ellos. Pero el jurado no tuvo en cuenta un pequeño detalle legal. Una cuestión de procedimiento que ahora cobra la mayor importancia. Y es que, por mucho que hoy confieses, con Brenda condenada a muerte en virtud de una sentencia firme, solo si aportas una prueba que respalde tu declaración esta tendrá algún efecto y podrá revisarse la condena. Y tampoco tuvo el jurado en cuenta un aspecto trascendental, Samuel, porque si ahora confiesas y aportas esa prueba…, quien resultará condenado a muerte serás tú.

Ya está. Ya lo he dicho. Tenía que hacerlo. De repente tengo miedo por mi seguridad. Quizá hubiera debido callar. Es capaz de hacer cualquier cosa. La vista se me va a sus manos desmayadas a ambos lados del cuerpo. No le tiemblan como esperaba. Esto me da muy mala

espina. Samuel se da la vuelta lentamente. Lo tengo frente a mí a un par de metros. Me he puesto en pie y retrocedo unos milímetros tan solo. Espero que no se haya dado cuenta. No creo ni que vea por esos ojos que se le salen de las órbitas. Muestra un rostro demudado que parece a punto de estallar. Mueve los labios intentando hablar sin conseguirlo. Balbucea unos sonidos ininteligibles antes de boquear estirando la garganta para permitir el funcionamiento normal de sus cuerdas vocales. Alza el dedo índice y me apunta como si pudiera con él fulminarme de un tiro.

—¡Yo no la maté! —grita con toda la fuerza de sus pulmones.

Dobla el tronco apoyando las manos en las rodillas, respira con dificultad. Temo que se desmaye. Espero que se desmaye. Después de unos segundos levanta la cara y me mira.

—¡Quiero ese aplazamiento!

CAPÍTULO VI

Resulta que desde hace días el amanecer me estaba regalando un momento que solo hoy he descubierto resulta de una belleza inigualable. Cuando todavía conservaba la esperanza, y el insomnio me impedía dormir, y el alba me alcanzaba despierta anhelando quimeras, no podía ver este espectáculo asombroso que hoy me tiene maravillada. El sol de este final del invierno, con la alborada, entra por el ventanuco superior de la pared de la celda y proyecta un recuadro de claridad que se arrastra sobre mi camastro recorriéndolo muy poco a poco. Ha comenzado por los pies y se está moviendo perezoso hacia mis manos que esperan inquietas y desnudas sentir su llegada. Noto un cosquilleo cálido abandonar mis rodillas y avanzar por las piernas hacia esas manos que desean recibirlo, nerviosas, dispuestas sobre el regazo encima de la manta. A punto está de llegar ya a los dedos. Respiro lentamente dando tiempo a que las cubra con su calor. Cuando al cabo de unos minutos, que parecen siglos, las abandona y sube por mi cuerpo, la emoción me aconseja no mover el pecho para poder sentir mejor sus caricias. Contengo la respiración e intento que el débil fuego de esos rayos pasajeros y tenues se concentre todo en mí. Yo me centro en él, y lo recibo echando atrás la cabeza dejando el cuello libre y los ojos cerrados para poder imaginar su resplandor sin verlo. Cuando advierto que está a punto de rebasar el último centímetro de mi frente, perlada de sudor, relajo bruscamente el cuerpo y caigo en la cama respirando agitada.

Si no hay futuro el presente es lo único que existe, y el presente existe y tiene instantes mágicos, aunque no seamos capaces de verlos, preocupados como estamos de ser felices más adelante. Es una pena darse cuenta de esto, aquí y ahora, en estas circunstancias. Aunque quizá sea imposible percatarse en otras. Desde ayer, cuando David me dijo que ya no había futuro, disfruto cada momento de forma intensa, casi sobrenatural. Sufro o disfruto una especie de trance feliz, despreocupado. No sé. Creo que estoy liberada ya del sufrimiento, liberada de una forma triste, melancólica, pero liberada. Vivo cada minuto como un regalo que se me ofrece y que no es mío porque ya todo es de la muerte. En dos días ella será y yo no seré. No coincidiremos para saludarnos. Todo acabará, no existirá el rencor, ni el dolor, ni la angustia, ni la soledad, ni el desengaño. Todo acabará por fin.

No estoy contenta. Ni triste. Creo que simplemente no estoy. Observo pasar el poco tiempo que me queda como si estuvieran proyectando una película en la que no soy la protagonista. Ni siquiera salgo en ella. Su metraje transcurre sin que tenga que interpretar ningún papel. Ya no tengo que hacer nada. Tan solo quedarme quieta y ver pasar el sol por encima de mi cuerpo. Que me reste poco tiempo tampoco me hace muy diferente de otras criaturas. En este poco tiempo muchos morirán antes que yo. Y todos los que hoy creen tener por delante una larga vida no existirán en el futuro. Nada de lo que hoy es permanecerá, todo cambiará, todo terminará extinguiéndose. Mi suerte no es diferente de la de todos.

Solo hay una cosa que me molestará en las horas que me quedan. Me desazona la perspectiva inevitable de tener contacto con otras personas. Estoy segura de que las palabras pueden llegar a infectar la burbuja suave en la que me he metido. Si en lugar del desayuno me dieran una pastilla

que me permitiera dormir hasta llegar al sueño definitivo, sería feliz. No sé si feliz es la palabra, pero lo consideraría un detalle de compasión y de humanidad. Espero que quien traiga la bandeja del desayuno no me hable. Cualquier cosa que alguien me diga supondrá un dolor cierto, y la eventualidad de dar entrada otra vez al sufrimiento me aterra. No quiero ver a nadie. No quiero oír a nadie. No quiero recordar a nadie. No quiero añorar nada. No quiero sentir nada. Dormir y descansar. Dejarme caer.

Hoy es miércoles. Según parece todo acabará el viernes a las doce del mediodía. Aún tengo dos oportunidades de sentir el sol. Solo el sol me espera. No creo que ningún Dios anciano y bondadoso acuda a recibir a una pobre condenada para señalarle la entrada en el paraíso. Me da un montón de pereza el paraíso. El infierno no me preocupa. En realidad, el infierno no es más que el permanente temor de perder el cielo. Yo no aspiro a tanto. Yo no espero nada, por lo tanto, soy invencible. Desde que he descubierto el poder que da renunciar a la esperanza he alcanzado la serenidad. Abandonarse al destino. Negar la voluntad de vivir es el secreto escondido que muy pocos alcanzan y casi nadie conserva, porque es una posición endeble que se mantiene en un precario equilibrio. Las ilusiones y las fantasías de felicidad son adictivas, quienes tratan de huir de sus engañosas llamadas caen una y otra vez despeñados en sus dolientes brazos. Somos masoquistas hasta el extremo de no renunciar nunca. Pero yo sí puedo hacerlo porque, en mi caso, la renuncia es inevitable. No la he elegido yo. Me la han impuesto, yo solo la he aceptado. Aunque no sé el tiempo que podré mantenerla. Y solo si la conservo intacta seré inmune a la tortura que esta condena supone. Esta es mi forma de ganar. Renunciar a la esperanza. Tengo que conseguirlo como sea. No puedo volver a sufrir.

El recuadro de sol, después de dejar mi cama, empieza a trepar por la puerta situada frente al ventanuco que le permitió la entrada. De súbito, la puerta se abre y lo espanta con un tremendo ruido. Una empleada de la cárcel trae la bandeja del desayuno. Y algo más.

—Tu abogado ha venido. Quiere hablar contigo.

—Que se vaya. No quiero hablar con nadie.

—Dice que es muy importante. Que es relativo a tu hijo.

De nuevo está allí, inevitable. El dolor, el sufrimiento, el desgarro que provoca el amor, la lejana felicidad, los recuerdos, las dudas. La ominosa figura de la esperanza reclamando a su víctima ingenua que creyó haber escapado de sus fauces. Tengo ganas de ponerme a llorar. No voy a poder soportarlo.

CAPÍTULO VII

Brenda se sienta al otro lado del locutorio. No tiene buen aspecto. Siempre me pareció una mujer muy guapa para lo que uno espera ver dentro de la prisión. Aunque es lo cierto que yo no la he conocido fuera más que por fotografías. Pero parece natural asumir que la reclusión en una cárcel durante casi cinco años no es un buen método para aumentar el atractivo de nadie. Lleva el pelo recogido en una coleta. Aún no lo tiene del todo encanecido a pesar de sus cincuenta y ocho años. El tinte no debe de ser un servicio que la prisión ofrezca a sus internas. Pese a todo sigue siendo una mujer atractiva. Y sin embargo el brillo de sus intensos ojos azules no es el de otras ocasiones. Tampoco lo es su expresión. Me observa con dureza como si mi presencia esta mañana fuera una agresión, una ofensa, una molestia que la enoja. Se retrepa sobre el respaldo del asiento, luego cruza los brazos esperando a que yo hable. No vengo a darle buenas noticias. Vengo a ofrecerle unas semanas más. Quizás unos meses. No siento que unas semanas más de vida sean algo deseable si al fin no hay nada. Pero es mi obligación darle esa posibilidad. Haremos lo que ella diga. Me importa bien poco lo que quiera el imbécil de su hijo. Él no está sentado al otro lado del cristal esperando a que lo maten. Él no tiene derecho a decidir sobre la vida o la muerte de su madre. Esto solo lo puede hacer el Estado en nombre de la ley. Y ya lo ha hecho. El Estado y la sociedad que lo sustenta han decidido que esta mujer que tengo delante, a un metro separada por un cristal, esta mujer a la que escucho respirar, esta mujer que hizo lo que hizo, lo que fuera, esta mujer que está viva, que sufre y que siente, mil veces castigada y torturada, que esta persona es justo que muera y que la sociedad será mejor después de haberla matado. Así es la ley. No es una ley de la naturaleza. No es una tormenta, o una inundación, o un pedrisco inevitable. Es una ley que se puede cambiar. Es una muerte que no es consecuencia ni exigencia de la decencia, ni de la moral, ni de la honradez. Es la ley que nos hemos dado y de la que todos somos responsables. Unos más, otros menos. Todos vamos a matar. Es la ley.

La ley es del Estado, pero la vida de Brenda es suya, solo suya. Debería tener al menos la facultad de decidir en una pequeñísima parte en qué circunstancias y cuándo se la van a quitar. Es quizá un último gesto de dignidad. Por eso vamos a hacer lo que ella diga.

—Hola, David —dice viendo que yo no me decido—. ¿Qué quieres?

—Hola Brenda. ¿Qué tal estás?

—Estaba bien hasta que has venido a molestarme. ¿Qué quieres?

Solo hay una forma eficaz para que alguien atienda un argumento que no le complace escuchar. Soltarlo todo seguido sin hacer una sola pausa que le dé oportunidad de intervenir. Algo parecido a un informe en un tribunal que se hiciera ante un juez prejuicioso, o un interrogatorio a un testigo hostil. Un informe en un tribunal. Eso sé hacerlo:

—Ya sabes que las últimas decisiones judiciales no nos han sido favorables. Sin embargo, todavía existen muchas posibilidades de impugnación que tenemos que explorar. Para ello es condición necesaria aplazar la implementación de la sentencia a fin de tener margen de maniobra y capacidad de reacción. No podemos permitir que la sentencia se lleve a cabo este viernes; la opción más viable para ello es impugnar el método elegido para consumar lo que la sentencia en su día dictaminó. Esto puede hacerse porque ya existen varios pronunciamientos

jurisprudenciales que permiten entrar a valorar la eficiencia del mecanismo estatal que se ha venido utilizando para cumplir este tipo de fallos. Estoy seguro de que invocando estos precedentes podemos lograr un aplazamiento. Esto nos daría un plazo en el que tendríamos tiempo de estudiar el modo en el que atacar el contenido material de la sentencia e intentar revocar el dictado condenatorio o al menos la naturaleza de la pena. Si no pedimos el aplazamiento por esta causa no tendremos margen para nada. Estoy convencido de que nos concederán esta moratoria. Existen resquicios en la sentencia que todavía no hemos explorado y por ahí podemos atacarla. Solo necesitamos un poco más de tiempo.
—Me parece bien —responde Brenda con los brazos aún cruzados.
—¿Cómo? —Mi expresión de incredulidad ha salido de oficio. No la he podido controlar.
—Pues eso. Que me parece bien.
—Qué bien —musito con una sonrisa no del todo confiada.
—Ahora dime —replica Brenda inclinándose sobre el cristal—. ¿Cuáles son esos resquicios que presenta la sentencia que nos van a permitir impugnarla después de que se haya retrasado la ejecución? ¿Cómo vas a conseguir que me absuelvan ahora que la sentencia es firme? ¿Cómo vas a lograr al menos que dejen sin efecto la pena capital?
La verdad es que no estaba preparado para esto. Pero un buen abogado siempre tiene respuestas.
—Estamos buscando más tiempo. Hay que intentarlo todo. En última instancia y si nos deniegan los aplazamientos podemos pedir medidas de gracia y la conmutación de la pena. Esto nos daría más tiempo aún. Hay un largo recorrido por delante. No estamos al final del camino.
—Consiento en recorrerlo —afirma Brenda con un tono que contradice al instante lo que parece admitir—. Pero siempre que seas sincero conmigo.
Me asusta lo que dice. No puedo ser sincero con ella. No está entre mis funciones. Mis clientes no me pagan por ser sincero, me pagan para que les haga promesas e intente hacerlas realidad. Si vamos a ser sinceros estoy en terreno desconocido. No puedo decirle la verdad. No puedo decirle que la sentencia se va a ejecutar de manera inexorable y que lo único que podemos conseguir es un poco más de tiempo. No puedo decirle que la única manera de salvarse sería demostrar que a Julia la mató Samuel. No puedo decirle que la única manera de vivir sería conseguir que condenaran a su hijo. Y no se lo puedo decir porque no hay ninguna prueba de que su hijo sea culpable. Aunque si él lo declarase así, como parece estar dispuesto a hacer… Pero tampoco. Sería ahondar en el error. Aunque ¿quién sabe? Podría dar resultado. Desde luego nos permitiría pedir la revisión de la sentencia. Pero no. Me estaría metiendo en un lío tremendo yo. Podrían incluso sancionarme por una maniobra así. Si Samuel se inculpa sin pruebas solo para exculpar a su madre, a poco que se intuya que yo he tenido algo que ver, me vería envuelto en un buen embrollo.
—Dime la verdad —exige Brenda—. ¿Hay alguna manera de que dejen sin efecto la pena de muerte? No estoy hablando de aplazamientos. No estoy hablando de pedir una semana o un mes más antes de la ejecución. Tú sabes lo que estoy diciendo y sabes lo que te estoy preguntando.
Lo sé. Y me ha pedido la verdad. Este es un aprieto en el que no recuerdo haberme visto nunca. No estoy entrenado, no sé qué hacer. Para mentir hay que estar preparado. Para disimular la verdad también. Pero para confesar basta con ser natural. Los mayores errores vienen siempre de no estar prevenido. Y cuando no estás avisado siempre escoges la peor de las opciones. La sinceridad.
—Samuel está dispuesto a declarar que lo hizo él.
Brenda abre los ojos y se tira sobre el cristal. Si no se interpusiera entre nosotros esa lámina de vidrio yo creo que me hubiera pegado. En esta familia al parecer todos tienen ganas de

sacudirme.
—¡Nadie le iba a creer! —aúlla con gesto de desesperación—. Nadie, absolutamente nadie. ¿Es que acaso hay alguna posibilidad de que alguien le crea?
No hay esperanza alguna en esta pregunta sino miedo. Mucho miedo. Yo también lo tengo. No sé lo que he hecho. No sé por qué lo he hecho. Tendría que haberme callado. Ahora tengo que apurar el cáliz hasta las heces.
—Sin pruebas nadie le creerá. Todos pensarán que es una maniobra desesperada para intentar salvar a su madre. Pero, desde luego, nos concedería un aplazamiento. Y también —añado valorando una opción que no había tenido en cuenta—, a poco que podamos añadir otra pizca de duda, sería más fácil conseguir una medida de gracia que conmutase la pena de muerte por una larga condena de prisión.
Mi cliente parece evaluar lo que estoy diciendo. Este último argumento de la medida de gracia puede resultar convincente. Demasiado convincente. No sé si quiero convencerla. Me estoy comprometiendo mucho. Me estoy arriesgando profesionalmente. Me sorprendo deseando que diga que no, que no es buena idea, que no quiere que su hijo se exponga, que no quiere que yo me comprometa.
—Te prohíbo que hagas nada que implique a Samuel.
Respiro en lo más fondo de mi mezquino corazón e intento componer una cara de disgusto.
—Tienes que convencerlo de que no se inculpe —insiste—. Haz lo que quieras, dile lo que te parezca, pero convéncelo. Si no te hace caso avísale de que no lo vamos a respaldar. Si aun así se va a una comisaría y declara que fue él quien mató a Julia, no quiero que aproveches eso para pedir un aplazamiento. Díselo.
Asiento con la cabeza obediente y más tranquilo, admirado por el espectáculo de dignidad que esta mujer me restriega por la cara ante mis egoístas e innobles temores. Me siento sucio. Aun así, respiro.
—¿Te ha quedado claro, David?
Manifiesto mi conformidad y acatamiento con un gesto de la cabeza. No debe de ser suficiente.
—¿¡Te ha quedado claro!?
—Sí —contesto ahora como el niño a quien su maestra está dando una lección importante que le servirá de por vida.
—¿Y sabes por qué no puede inculparse Samuel?
Afortunadamente es una pregunta retórica. Un niño amonestado por su profesora no está en disposición de contestar a nada. Tan solo aguanta el chaparrón, diciendo que sí a todo, esperando salir lo mejor parado posible.
—Pues por una razón muy poderosa. Porque a la zorra de mi nuera, a esa puta asquerosa…, la maté yo.

CAPÍTULO VIII

Intento encontrar la verdad en sus ojos. Aunque nada veo en ellos. Ni siquiera puedo fijar en ellos la mirada. Tiene fruncidos los labios con la rabia de quien les reprochara haber dejado escapar un terrible secreto. Ocurre que no es ningún secreto su confesión. No sé por qué razón intenta que valga más que todas las veces anteriores en que ha reconocido haber apuñalado a la mujer de su hijo. Tampoco sé por qué razón yo creo que ahora sí tiene más valor. No pienso decir ni una palabra. Tendrá que ser ella quien se explique. No es ninguna novedad que se reconozca culpable. Es lo que viene diciendo y repitiendo sin descanso desde que Julia apareció muerta. No es nada nuevo. No lo es.

—Eso no es nada nuevo, Brenda. Sorpréndeme con otra cosa.

Cierra los ojos y cuando los vuelve a abrir, en ellos descubro algo parecido a la más intensa irritación. Aprieta los labios, más si cabe, y parece intentar armarse de paciencia. Relaja los hombros y respira. Luego deja de moverse. Tampoco lo hacen sus intensos ojos azules. No pestañea. No respira ya. Han desaparecido esas líneas de expresión del rostro que advertían de que no es la estatua de una diosa romana la que se me enfrenta esta mañana. Nunca la había visto así. Me va a contar lo mismo que ha dicho ya decenas de veces. Pero siento que hoy voy a creer en lo que confiese y esto me asusta. Y me doy cuenta de que nunca la he creído. Lo comprendo con la claridad de quien asiste a una visión; siempre he intentado creer que era inocente, me he esforzado en pensar que el asesinato lo había cometido su hijo, he procurado convencerme de que estaba defendiendo a alguien injustamente acusado de asesinato. No podía ser culpable. No puede ser culpable. Para mí nunca lo fue porque nunca me habló a mí de lo que pasó ese día. Ha contado su versión de los hechos muchas veces. A la policía, al fiscal, al juez, al jurado. En todas afirmó haber dado muerte a Julia. Pero en ninguna ocasión me ha relatado a mí lo que pasó. Hemos trabajado con sus declaraciones inculpatorias como elementos del procedimiento que era necesario asumir. Eso es lo que han sido siempre. Nada más. Nada en lo que yo debiera creer. Hasta hoy ella jamás me había dicho “David, yo la maté”, por eso mi sorda y ciega conciencia nada sabía de su culpabilidad.

Pero hoy lo está haciendo, hoy me lo está diciendo y temo que voy a creerla. Sé que voy a tener que creerla. Tarda todavía unos segundos en decidirse a hablar. Va a empezar. Me gustaría decirle que callara. Estoy dispuesto a hacer lo que ella diga. Si no quiere que pidamos un aplazamiento, pues no lo pedimos. Si no quiere que pidamos clemencia, pues no la pedimos. Pero no quiero escuchar de sus labios una confesión. No quiero.

Habla y le tiembla la voz un poco al principio. Solo un poco. Solo al principio.

—Nunca me gustó esa mujer. Tenía algo. No sé. Algo malo dentro. No era egoísmo. Era algo distinto. Era una obsesión por todo lo que se pudiera comprar. Por todas las cosas caras que se pudieran comprar. Una ambición desmedida que no la dejaba ser feliz. Cuando conseguía una cosa, de inmediato se olvidaba de ella y se lanzaba a por otra. Y con las personas hacía lo mismo. Lo hizo con Samuel y luego con mi pequeño Víctor. Recuerdo su entusiasmo al quedarse embarazada, su enorme excitación cuando Víctor nació. Y su hartazgo, su aburrimiento a los pocos meses de comprobar lo que suponía ser madre. A mí no me importó porque así tuve la oportunidad de criarlo yo. A Samuel le hubiera importado si se hubiera dado cuenta, pero con

Julia su ceguera era enfermiza, siempre lo fue. Ella era la que estaba al mando, él se limitaba a seguirla como un perrito faldero. Y cuanto más sumiso era él, más lo despreciaba ella. Hasta que no solo se hartó de su hijo, se hartó también de su marido.
Brenda no me ha mirado ni un solo instante. Tiene la vista en algún vago lugar a mis espaldas. Me volvería si no supiera que atrás no hay nada. No me habla a mí. Solo habla. Habla de sentimientos. Y si los tiene y los puede exponer, por fuerza tienen que ser reales. No pueden ser fruto de un truco mágico salidos de una chistera. No lo son. No me ha sonado falso nada de lo que ha dicho, porque tampoco ha dicho nada que no pueda ser cierto siendo su hijo el culpable. Estoy seguro de que es verdad que Julia no le caía bien. Puede también que ese cuadro que pinta de su nuera como una madre sin sentimientos, como una esposa egoísta y avariciosa, sea también verdadero.
Pero cuando se inculpe, cuando se acuse de haberla matado, si no es verdad lo que dice, entonces tiene que haber alguna diferencia en el discurso, en la entonación, en los argumentos, en los gestos, en la postura. Algo que apunte a que miente. Algo.
—Yo tuve a Samuel muy joven. Tenía veintidós años. El día en que nació, la Casa del Valle todavía no era sino una pequeña choza que su padre y yo habíamos construido en medio una vasta llanura al lado de un río. Tardamos casi treinta años en convertir un páramo en un vergel con toda clase cultivos. Empleamos todos nuestros esfuerzos, todo nuestro ingenio, todo cuanto teníamos en edificar un sueño. Y lo conseguimos. Cuando Samuel se casó con Julia, la Casa del Valle era ya una hacienda próspera, la más productiva de toda la región, con granjas, con invernaderos, con extensas fincas de regadío. Después de toda una vida de trabajo se había convertido en un hermoso lugar en el que vivir, y en el sitio de la choza en la que empezamos destacaba una gran casa con un porche sostenido por sólidas columnas. Allí se casó Samuel. Su padre no pudo verlo. Murió un año antes.
Brenda se detiene. Tiene que tomar resuello. Se concede una pequeña pausa. Parece evocar tiempos que fueron felices. Puedo entenderlo. Yo conozco la Casa del Valle. Estuve allí a poco de hacerme cargo de la defensa. Me pareció que era necesario pasear por sus campos, recorrer el río, adentrarme en los bosques de la hacienda para tratar de comprender. Tras la muerte de Julia levantaron las hipotecas y la propiedad es legalmente ahora de Brenda. Desde luego, esto no nos ayudó en el juicio.
—La Casa del Valle forma parte de mi vida de una manera muy intensa. Es mi vida en realidad. Una vida que tuvo sentido. Son los recuerdos de lo que construí junto al hombre que amé. Es la infancia de mi hijo. Es la prueba de que fuimos una familia. Es la lluvia en el tejado. Es el viento en las paredes. Es la nieve rodeándola en invierno. Son las hojas de los árboles tapizando su porche en otoño. Son los baños en el río en verano. Es el jardín reventando de rosas y de jazmines en primavera. Es el testimonio de que fuimos felices. Es el legado que yo quise siempre dejar a los míos.
»Me dolió que Samuel no quisiera vivir allí después de casarse. Pero lo entendí. Él también tendría que iniciar su propia historia junto a su mujer, como lo hicimos su padre y yo. Y tanto lo entendí que, para no estar lejos de mi nieto, compré una casita cerca del chalet al que se mudaron recién casados. Y dejé la Casa del Valle. La hacienda funcionaba sin problemas, el administrador era un hombre competente y no me necesitaba, yo hubiera estado muy sola allí. Yo solo quería no estar alejada de mi pequeño Víctor.
»Por eso, cuando Samuel me contó su proyecto de edificar un complejo hotelero en unos terrenos frente al mar que Julia había heredado de un familiar lejano, me pareció que era la cosa más natural del mundo. La vida seguía su curso. Casi sin darme cuenta resulta que había hipotecado

la Casa del Valle y les había dado el dinero para ayudarlos a construir su sueño. No lo hice de forma imprudente. El plan de Samuel, que era el de Julia, era sólido. No sentí que estuviera arriesgando nada. Y se demostró que tuve razón en confiar en mi hijo, porque el hotel se construyó, y fue un éxito tremendo que empezó a dar beneficios desde recién acabado. Un complejo hotelero con un valor en el mercado que multiplicaba por veinte la cantidad por la que hipotequé la Casa del Valle.

»Yo vivía tranquila. Víctor pasaba más tiempo conmigo que con sus padres. Y cuando ellos empezaron a tener problemas no recuerdo que esto me preocupara. Al contrario, deseé con todas mis fuerzas que se separasen. No me pilló por sorpresa la noticia de que Julia tenía un amante. Cuando Samuel me lo contó lo único que temí es que la perdonase. Samuel siempre ha sido una persona débil. Impetuoso y arrojado antes de actuar, pero lleno de dudas cuando llega el momento, plagado de complejos, necesitado de alguien fuerte a su lado que lo guíe y le proporcione sosiego.

Brenda sonríe con tristeza y niega moviendo de forma imperceptible la cabeza.

—Samuel es incapaz de matar ni a una mosca, David. Esto es lo que nunca entendiste. Ladra y parece que va a comerse el mundo entero, pero no podría tomar la decisión de cometer un homicidio. No porque no lo pensase, ni porque no lo deseara. No podría hacerlo porque no tiene el coraje necesario.

»Aquella noche se presentó en mi casa, llorando, con el niño en brazos. No dejó de gimotear ni un solo instante. Acostamos a Víctor y al fin me contó que Julia estaba haciendo las maletas; se iba esa misma noche con su amante. No me importó lo más mínimo. Me alegré de perderla de vista, lo confieso. Pero lo que me dejó con el alma helada fue una noticia que Samuel solo mencionó como algo accesorio a la penosa traición que sufría. Aquel dato al que parecía mi hijo no dar importancia fue lo que me empujó a actuar. Era algo inadmisible. La mayor de las agresiones. El más grave de los crímenes. El más ruin de los robos. Un intolerable y obsceno despojo. La razón última y primera que estaba detrás de ese patético abandono por el que mi hijo lloraba desconsolado. Julia iba a vender el hotel.

»Podía hacerlo. Cuando lo construyeron lo pusieron a su nombre. El idiota de Samuel se dejó convencer por el pretexto de que los terrenos eran de su mujer. En realidad, no creo que hiciera falta convencerlo de nada. Sencillamente no pensó que Julia algún día pudiera dejarlo. Íbamos a perderlo todo sin remedio. La muy zorra vendía el hotel y pretendía irse con todo el dinero que obtuviese. Ya tenía comprador, era cuestión de días. La situación era dramática. Tardé un segundo en representarme las terribles consecuencias de la sucia traición de Julia. Sin el hotel no podríamos rescatar la hipoteca de la Casa del Valle, tampoco podríamos pagar el resto de hipotecas. Estaba todo hipotecado. Todo. La casa en la que yo vivía. La casa en la que vivían ellos. No era posible. Estallé en cólera. Insulté a mi hijo como nunca imaginé pudiera hacer con ninguna persona. Le dije cosas horribles. Dudé de su hombría, de su carácter, de su valor. Él me escuchaba sin moverse, como un niño pequeño que aguarda a que su madre termine de regañarlo, dócil, arrepentido, pero confiado en que todo se arreglará si su madre decide hacerlo. Me obedeció veloz cuando le ordené ir a acostarse con su hijo. Seguí gritando mientras subía las escaleras, continué haciéndolo después de que desapareciera tras la puerta del dormitorio. No recuerdo haber estado, en mi vida, tan llena de cólera y de rencor. Ni tan decidida a impedir el desastre. La Casa del Valle era mía, solo mía. Y seguiría siéndolo costara lo que costara. Era mía, mía, era mía, y luego sería de Samuel y después de Víctor. No había precio que no consintiera en pagar. Estaba dispuesta a rogar, a suplicar, a intentar conmover a esa víbora, a amenazarla, a torturarla si era preciso. Tenía que hacerle comprender que no iba a permitir que se

saliera con la suya. No lo iba a permitir. Esta es la frase que me repetía una y otra vez mientras conducía por la carretera que me llevaba a la casa de mi hijo. No lo iba a permitir.

Brenda luce en el rostro la expresión que debió utilizar ese día para acudir al chalet donde vivían Julia y Samuel. Que estuvo allí no es un hecho controvertido. Las cámaras de seguridad de la casa grabaron su *Ford Focus* entrando en el garaje y luego saliendo un rato después. Sus ropas manchadas con la sangre de Julia dan buena cuenta de que estuvo en contacto con ella después de las cuchilladas. A pesar de todo, pese a que me es difícil dudar de su sinceridad al escucharla. A pesar de que resulta increíble que esté fabulando, no puedo imaginarme a Brenda clavando un puñal en la garganta de nadie. No puedo. Y no creo que pueda cuando me lo cuente, porque temo que eso es justamente lo que va a hacer. Contármelo.

—Mientras conducía no podía dejar de pensar en una solución, un acuerdo, un ofrecimiento que Julia pudiera aceptar. Pero nada había que yo le pudiera prometer. Nada. Intenté imaginar algún tipo de amenaza que produjera el efecto de hacerle cambiar de opinión. Nada tampoco. En mi pensamiento yo me plantaba en la casa y le prohibía vender el hotel. Ella me preguntaba con sarcasmo: «¿qué vas a hacer para impedirlo», y yo contestaba: «si lo vendes, te mato». En la escena que seguía a mi amenaza, Julia se reía sin parar, mirándome con gesto de desprecio. De repente caí en que mis palabras estaban mal formuladas. Era cuestión de cambiar el tiempo de la acción. Por este sencillo mecanismo se resolvían los problemas. Bastaba con decir «antes de que puedas venderlo, te mato". Eliminando a Julia de la ecuación antes de la venta, la cuestión estaba solventada. No hay Julia, no hay venta. Era muy sencillo. Muy sencillo.

»Cuando llegué a su casa me la encontré en la cocina. Estaba sentada en la mesa hablando por el teléfono móvil. Se reía. Se la notaba feliz y despreocupada. Eso me indignó. Pensé que el decoro exigía al menos un punto de consternación si estás a punto de destrozar la vida de la que ha sido tu familia. Esta falta de consideración me enfureció y añadió a mi voluntad el punto de odio necesario para cometer un crimen. Se giró y al verme compuso una mueca que no llegó a ser desprecio. Alzó las cejas como si mi presencia allí fuera una simple molestia, una contrariedad. Resopló con impaciencia y se despidió de su interlocutor con un indecente «adiós, amor». Deseé con todas mis fuerzas no iniciar la humillación que se avecinaba en cuanto murmurase mis grotescas amenazas, y un vehemente deseo de respeto se convirtió en mi único anhelo. El cuchillo que vi sobre la encimera fue el mecanismo. Pero ya no para lograr ese aburrido e inútil respeto con el que nada iba a conseguir. Con el filo del arma brillando en mis manos descubrí en sus ojos algo más seductor. Descubrí que tenía miedo. Sus risas se habían trocado en desconcierto. Su despreocupado aspecto comenzó a no serlo tanto. Se levantó de la silla y alzó la mano pidiendo calma. Me sentí poderosa, fuerte, capaz de todo. De repente, mis amenazas ya no sonaban ridículas. Caminé hacia ella y le puse el cuchillo a unos pocos centímetros del cuello. Fue entonces cuando se lo dije: «antes de que vendas el hotel, te mato aquí mismo».

»Su sonrisa fue lo que la mató. Su sonrisa y sus palabras: «anda, deja eso en la cocina no te vayas a pinchar, que estás haciendo el ridículo». Pero más su sonrisa divertida de asombro e incredulidad. Ni siquiera había tomado en serio mi amenaza. Mis palabras no habían sido pronunciadas. Me miraba abanicando en el aire el dorso de la mano derecha indicándome la encimera. No tuve otra opción. No la tuve en ese momento. Extendí el brazo y le clavé el cuchillo en la garganta casi hasta la empuñadura. Abrió los ojos desmesuradamente y se llevó la mano al cuello presionado el agujero que el filo del cuchillo había dejado al salir. No pasó más. No salió sangre. No se movió. Frunció los labios con estupor. Yo diría que tan solo sintió un leve pinchazo y le pareció, mi gesto, una broma de mal gusto que podía haber llegado a ser peligrosa. Pero yo había visto entrar y salir de su cuello la hoja por lo menos cinco centímetros. No fue una

broma. No lo fue. No sé cómo fui capaz de hacerlo. No lo sé. Estaba estupefacta. No salía sangre. No nos movíamos. Permanecíamos las dos paralizadas. Así que no tuve más remedio. No me quedó otra opción. Empuñé el cuchillo y se lo clavé en el corazón. Entonces su blusa blanca sí se tiñó de un rojo intenso empezando por el pecho y luego por el torso entero ayudada por la sangre que caía de su garganta. Trató de contener la hemorragia tapando una herida con cada mano. Pronto toda ella estuvo empapada en sangre. Desfalleció al poco y se dejó caer sobre la pared, puede que sin llegar a comprender lo que estaba pasando. En unos minutos estaba muerta. Yo misma le cerré los ojos. Tampoco yo entendí lo que había pasado. Todavía me cuesta entenderlo. Todavía me cuesta.

CAPÍTULO IX

Brenda calla. No muda el gesto. No altera un músculo. No cambia de expresión. No se frota las manos. No mueve la cabeza nerviosa. No está rígida. No se muerde los labios. No pestañea de forma acelerada. No se tapa la boca. He intentado descubrir algún indicio de mentira en su relato. No se le ha secado la boca. No ha cambiado de tono. No ha hablado deprisa. No ha hablado despacio. No ha dado muchos detalles. No ha dado pocos detalles. No se ha acelerado. No ha invocado a la verdad o a la sinceridad. No ha pedido que la crea. No se ha ruborizado al hablar. Trato de buscar alguna inconsistencia en su narración. Todo lo que ha contado es coherente con las pruebas y con las evidencias de la investigación. No existen incongruencias. No hay inconsistencias. No ha incurrido en desatinos que fueran fácilmente desmontables.

Al contrario. Su relato es creíble. Lo fue en el juicio y lo ha sido ahora. La diferencia es que ahora yo soy el destinatario. Yo soy quien tiene que creer en la verdad de lo que dice. Y si la creo debo dejar que la maten porque eso es lo que ella quiere. Por lo tanto, decido no creerla. No creerla todavía.

—¿Cuantas veces hemos conversado en este locutorio los últimos cinco años, Brenda?

—Muchas.

—Siempre te has negado a hablar conmigo de lo que ocurrió. En realidad, hemos hablado de todo menos de lo que sucedió ese día.

—Eso no es cierto. Tú siempre has sabido lo que pasó, pero has preferido creer que el culpable era Samuel. Así vivías en esa ficción que te has creado de honesto defensor de una pobre mujer inocente. Pero eso no fue lo que sucedió, David. Por eso no quiero que permitas que Samuel declare que lo hizo él. Porque no es verdad.

—No perdemos nada —repongo sin mucha convicción.

—No ganamos nada y tú lo sabes.

—Ganamos tiempo.

—¡No quiero tiempo! —protesta Brenda abriendo los ojos hasta el límite mismo de las órbitas, crispando el rostro por primera vez en toda nuestra entrevista—. ¡Tú no sabes lo que es aquí el tiempo! No tienes idea de cómo pasa, de lo que duele que pase. Aquí el tiempo es una lija que se desliza lentamente sobre la piel. Te quema como una punta de hierro al rojo vivo resbalando por tu espalda. ¿Tú crees que un condenado al que le cae una gota de agua sobre la cabeza cada diez segundos pediría más tiempo de tortura? Una gota cada diez segundos. Seis gotas por minuto. Una por una. Cientos de gotas por hora. Una tras otra. Miles de gotas rompiéndose en tu cráneo con un ruido insoportable cada día. Decenas de miles estallando en tu cabeza cada mes. Cientos de miles al año, cayendo despacio, golpeándote la piel sin piedad ninguna. Una y luego otra, y después otra más. Sin pausa, sin interrupción. Así pasa el tiempo aquí. Así. Cinco años. Cinco años han pasado. ¿Tú quieres darme más tiempo? Ni un perro sarnoso querrías que soportara este suplicio. Y quieres que lo aguante yo. Y todo ¿para qué?

No encuentro respuesta. No quiero buscarla. No me iba a gustar. Tan solo puedo tragar saliva y esperar a que ella conteste.

—Pues para nada. Para nada. ¿Me oyes? Para nada. ¿O es que, si Samuel afirma que lo hizo él, esto iba a cambiar algo?

Callo y no respondo. La contestación es evidente. No iba a cambiar nada, ciertamente. Sin una prueba que refrende su confesión es imposible que el fallo de la sentencia se revoque. Pero nos concedería algo de tiempo.
—Puede que si añadimos dudas sobre la autoría —insisto—. Más de las que ya dejamos caer en el juicio, si pedimos una medida de gracia tengamos alguna posibilidad.
Brenda baja la mirada y niega con la cabeza. Luego hincha los pulmones y deja salir el aire poco a poco con los ojos cerrados.
—Déjalo, David, por favor. Déjalo. Está todo bien. Estoy bien. Solo quiero dejarlo. Solo quiero que me dejéis. Lo hecho, hecho está. No puede cambiarse. Es más —añade desafiante—, no voy a dejar que lo cambiéis.
No soy capaz de reaccionar a sus palabras. Está hablando de cosas cuyo significado no entiendo. No alcanzo a intuir su dolor, ni su angustia, ni el sufrimiento que le ocasiona la condena. Son todas ellas cosas abstractas que no puedo tocar. Y sobre todo no llego a poder comprender qué clase de liberación le traerá esa muerte que a todo trance desea.
—David, mírame —susurra poniendo sus manos sobre la mampara de cristal—. Lo hice yo. No puedes tolerar que Samuel se inculpe. Lo hice yo. ¿Me oyes? Tienes que creerme. Lo hice yo.
Lo hizo ella. Trato de asumir que la creo. Me sorprende buscar dentro de mí y encontrar que la creo. Me doy cuenta de una novedad terrible y desconcertante. He creído cuanto ha dicho mientras hablaba. El estómago protesta por mi hipócrita comportamiento de estos últimos años y siento que voy a vomitar. Lo hizo ella.
—Quisiera que no hubiera pasado —confiesa—. Pero no puedo mentir y decir que esté arrepentida. Si no lo hubiera hecho, Julia se habría salido con la suya. Nos hubiera dejado en la calle y la Casa del Valle se hubiera perdido para siempre en manos extrañas. Samuel está convencido de que la maté para protegerlos, a él y a Víctor, de la ruina. No lo sé. Creo que no pensaba en ellos cuando conducía hacia su casa. No sé si pensé en algo. El odio y la ira te impiden pensar. Esto sí que lo sé.
Me impresionan sus palabras. He defendido a condenados a muerte. No uno, ni dos. A unos cuantos. Cosas de haber hecho de la lucha contra la pena capital una bandera. Todos ellos eran culpables. Y se comportaban como hacen los culpables. Cada uno a su manera. Unos musitan palabras sinceras de arrepentimiento, otros solo lo intentan y únicamente logran hacer brillar en sus ojos la marca de la crueldad. Los más culpan a la sociedad, a las drogas, a sus padres. La mayoría con razón. Los menos se culpan a ellos y a su mala fortuna. Algunos pocos no culpan a nadie y te observan como el cazador a su presa. Siempre he creído que podía identificarlos, que tenía un sexto sentido que me alertaba de su presencia. Es tranquilizador que un asesino lleve escrita su condición en la frente. Nunca dudé de su culpabilidad. No luché por ellos, luché por la indignidad que para nosotros suponía su muerte. Nunca quise verlos libres. A los que salvé les espera la prisión como redención por sus delitos. Los que no pude salvar recibieron tanta crueldad como causaron. Lucho por un principio y puedo hacerlo porque defiendo a personas culpables. Por eso nunca he sufrido con ellos, ni por ellos.
No entiendo entonces por qué razón advertir que son verdad las palabras de Brenda me está afectando tanto. Estoy desconcertado. No sé muy bien qué debo hacer ahora. Pedir un aplazamiento utilizando como pretexto una declaración falsa de Samuel sería contrario a la ética profesional. Brenda parece adivinar lo que estoy pensando.
—Eres mi abogado. Te prohíbo que pidas ese aplazamiento con el que me amenazas. Sabes que, aunque Samuel acuda a comisaria y declare que él mató a Julia, el fiscal no va a mover un dedo por mí. Lo sabes. No actuará de oficio. Así que te prohíbo que tú hagas nada. También sabes que

si actúas violando mis órdenes expresas te estás jugando tu carrera profesional.
Brenda no se comporta como hacen mis clientes. Todos ellos suplican que se aplace su final. Quieren vivir más. Quieren vivir su vida de presos condenados a muerte un año más, un mes más, un día más, una hora más, un minuto más, tan solo un minuto más. ¿Qué daño puede hacer un minuto más? Aunque solo sean unos pocos segundos más. Lo que dé tiempo a respirar otra vez por lo menos. Quieren vivir más. Quieren degustar el rancho diario otra vez y otra, y otra más. Quieren su paseo de una hora por el patio. Quieren el instante de poesía que les supone alzar la vista a ese trozo de cielo enmarcado por altas tapias culminadas por concertinas. Quieren leer todos los libros de la biblioteca, todos los libros del mundo les esperan en sus estantes y quieren leer al menos uno más. Quieren dormir una noche más. Quieren seguir soñando con espejismos, con ilusiones, con fantásticos futuros en libertad. Quieren ver crecer a sus hijos tras los cristales del locutorio. Quieren consolar a sus padres a través de sus cartas. Quieren vivir como sea, de la forma que sea, humillados por quien sea. Quieren vivir más. Nadie se arroja por decisión propia al vértigo oscuro de la muerte. Ningún condenado a muerte se suicida. Ninguno concede voluntariamente lo que están tratando de arrebatarle por la fuerza. Todos resisten. Todos quieren evitar el salto al vacío. Todos menos Brenda.
—David, ¿me estás oyendo?
La oigo sí. Y no puedo sino admirar su coraje y su valor. Mató porque era la solución para evitar la miseria de su familia. Y ahora quiere acabar con todo porque es también la solución para su familia. Bajo ningún concepto va a aceptar ninguna artimaña que emponzoñe su legado.
—David, ¿estás bien?
—Perdona, Brenda. Estaba pensando.
—Pensar es una actividad sobrevalorada —apunta con una sonrisa triste.
—Hay una posibilidad aún de la que no hemos hablado. —Tengo que hacerlo, tengo que exponer todas las opciones. Es mi obligación—. Se trata de solicitar clemencia. Una medida de gracia. La conmutación de la pena de muerte por la de prisión perpetua. Este es el último cartucho porque, si lo hacemos, estamos reconociendo que admitimos la imposibilidad de recurrir y no podemos pedir más aplazamientos. Si nos lo deniegan no hay posibilidad de seguir luchando. Si pedimos la conmutación de la pena aplazarán la ejecución una última vez hasta que resuelvan y luego habrá que estar a lo que decidan. No habrá más.
—¿Por qué me haces esto? —solloza mi cliente. Los ojos le brillan con la impotencia de quien tiene que rendirse. No puede decirme que no. Es una medida que desactiva cualquier otra. Es lo que ella quería. Es lo que yo quiero.
—No puedes decir que no. La petición de una medida de gracia la puede presentar cualquiera. Tú no puedes impedirlo. Legalmente la puedo solicitar yo sin tu permiso.
—¿Cuántas penas de muerte ha conmutado la actual administración?
La pregunta me estalla en la cara con la fuerza de una bofetada inesperada. Valoro la posibilidad de mentir. La boca esboza una mueca que me delata. Estoy seguro de ello. Noto que muevo nervioso los músculos de la cara. Estoy convencido de que mi expresión no es la que tenía hace unos segundos. Me froto las manos antes de responder. Muevo inquieto la cabeza. Está rígida. Me muerdo el labio inferior y descubro que estoy pestañeando de forma acelerada. Me tapo la boca antes de decidirme a hablar. No puedo engañarla.
—Hace quince años que no se conmuta ninguna pena de muerte.
—¿Cuánto tardarán en denegarnos la petición?
—Un par de semanas.
—Pide clemencia entonces.

CAPÍTULO X

Todavía me queda un trago por pasar antes de acudir a tramitar la solicitud de gracia ante las autoridades. Tengo que hablar con Samuel. No me parece correcto hacer las cosas a sus espaldas. No es tanto que sea él quien paga la minuta. O sí. No sé. Siento que debo hablarlo con él. Aunque la decisión está tomada porque no le corresponde a él decidir. Debe permitir que su madre sea quien valore todas las opciones y quien opte por la que menos dolor le cause. Pero va a ser complicado.

Reconozco que me provoca ansiedad tener que afrontar otra vez sus arrebatos, sus salidas de tono, sus rabietas infantiles. Me gustaría tener el aplomo necesario para enfrentarlo con calma, sin impresionarme por sus gritos, o la soberbia precisa para elevar la voz por encima de la suya. Iría más tranquilo a la entrevista. Porque lo que no soporto son las riñas tabernarias ni las broncas groseras. Me repelen hasta el punto de bloquearme el entendimiento. En un tribunal no son los aspavientos ni el volumen de la voz los que ganan una disputa, sino el cuidado de los gestos y la fuerza de los argumentos. En una sala de vistas, en mi turno de palabra, polemizando con un adversario que debe respetar las reglas, estoy en mi terreno. Allí nada temo porque nada puede sorprenderme. Frente a todo tengo armas y recursos. En una trifulca con un gañán encolerizado no tengo oportunidad ninguna. Estoy desarmado, indefenso a merced de toda la zafia palabrería que su cólera vomite. Ante un chaparrón inesperado de improperios, ante una injuria imprevista, ante una situación humillante procedente de quien nunca esperarías un ataque, poco puede hacerse salvo resistir hasta que escampe. Al menos yo no tengo capacidad para reaccionar en ese momento. Luego sí. Luego se me ocurren todo tipo de respuestas ingeniosas, toda suerte de actitudes gallardas, toda clase de reacciones arrogantes se despliegan en mi imaginación cuando ya hace rato que dejaron de ser posibles. Sin embargo, hoy estoy advertido. Acudo a la casa de Samuel dispuesto a no dejarme avasallar. La idea es no pasarle ni una. En cuanto alce la voz, sencillamente, con voz calmada se le dice: “si no eres capaz de controlarte, esta conversación se ha terminado”. Después me levanto y me voy. No hay más.

La cuestión es explicarle que su idea de confesarse culpable no tiene ningún recorrido si no viene acompañada de una prueba evidente. Obtendríamos un aplazamiento, sí, pero en un par de meses estaríamos en el mismo sitio. La idea de solicitar una medida de gracia es preferible a todas luces. Obtendríamos también la suspensión de la ejecución y es posible que diera fruto. No puede descartarse que pudieran concedernos clemencia y la conmutación de la pena. Esto es lo que Brenda me ha ordenado hacer y es lo que vamos a hacer. Se ponga como se ponga.

Tengo la cabeza tan ocupada en preocuparme de las reacciones de Samuel que casi ni sé cómo he llegado a entrar en su casa. Lo cierto es que estoy aquí. Lo tengo delante.

—Hola David —dice Samuel desde el sofá en el que está recostado. A sus pies se extiende vacío el espacio que ayer ocupaba la mesa de cristal que hizo pedazos. Está todavía en pijama. Descalzo. Debería tener cuidado. Alguno de los cientos de vidrios en los que estalló la mesa podría clavársele en la planta de un pie. Me sorprendo deseando que esto ocurra, que el más afilado cristal le atraviese el pie como un clavo perfora la planta de un crucificado. No tendremos

esa suerte. Echo un vistazo al reloj de pulsera. Las diez de la mañana. Ya son horas de estar levantado. Más sabiendo que yo iba a venir porque se lo tenía avisado. Una notable falta de respeto. Mal empezamos.
—Acabo de hablar con tu madre —empiezo.
—No hacía ninguna falta —musita mirando al techo—, ya te dije ayer lo que tenías que hacer. ¿O es que has olvidado lo que te dije? Te dije que quería un aplazamiento y que hoy íbamos a ir a comisaría a decir que a Julia la maté yo. ¿Es así o no es así? Pues si es así, entonces… ¿a qué diablos has ido a la cárcel? ¿Es que te crees que puedes hacer lo que te venga en gana? Se trata de mi madre. —Baja la cabeza y la gira en mi dirección. Solo ahora es cuando consiente en mirarme—. Métetelo en esa cabeza cuadriculada que tienes. De mi madre.
Ha soltado toda la parrafada dejando caer cada palabra muy lentamente, en el tono de voz apenas audible con el que se le habla a un esclavo en la seguridad de que es tu siervo quien debe hacer el esfuerzo de escuchar y comprender tus reprimendas. Me ha descolocado su recibimiento. El plan era que gritase.
—Tenía que verla. Me parece que cualquier decisión debe consultársele.
—Te parece. Pues mira qué bien. ¡Y a quién le importa una mierda lo que a ti te parezca!
Todavía no está gritando, aunque le falta bien poco. No puedo utilizar mis planes de contingencia si no grita.
—Brenda me ha pedido que te prohíba ir a la policía a decir que lo hiciste tú. Te suplica que no lo hagas.
—Ya. Seguro que sí. Seguro que ha sido idea de ella. Seguro que tú no has tenido nada que ver. Ahora mismo voy yo y hablo con ella a ver qué me dice.
Espero por si se levanta y marcha a prisión. Es evidente que no va a hacerlo. Me ha brindado la réplica en bandeja. Tendría que decirle «vamos, te acompaño». Me guardo de hacerlo porque me da un poco de miedo su reacción si lo provoco. Lo mejor es no hacer caso de su estúpido comportamiento infantil de niño mimado y exponer la situación de forma objetiva:
—No tiene ningún sentido lo que propones, Samuel. Por mucho que confieses y cuentes lo que te parezca, no van a hacerte ningún caso sin una prueba objetiva que lo refrende. Conseguiríamos un aplazamiento sí, pero nada más. Tú tendrías que responder probablemente por un delito de falso testimonio, y yo tendría problemas si se intuye que te he animado a ello o que lo consiento sabiendo que estás mintiendo. Brenda me ha negado su permiso para participar en esto. Así que no puedo presentar tu inculpación ante el Tribunal, y el fiscal no lo va a hacer de oficio.
Estoy dispuesto para aguantar sus aullidos, y sus lamentos, y sus quejas, y sus protestas. Tengo preparada la frase para soltarla e irme en cuanto suban los decibelios al punto en el que la dignidad no los puede tolerar. Pero, en lugar del esperado concierto de berreos y gruñidos, a mis palabras les sigue un extraño silencio. Samuel parece petrificado, solo un ligero temblor en los labios avisa de que puede estallar en cualquier momento. Cierra los ojos, suspira, se levanta y camina hasta la gran mesa del salón. Es un tanto ridículo representar una escena melodramática en pijama. Tanto como declamar a Shakespeare en bermudas. El trayecto desde el sofá a la mesa se encuentra libre de cristales pues lo culmina sin novedad reseñable y toma asiento dejándose caer pesadamente en la silla que preside el tablero.
—Siéntate —ordena señalando una de las sillas adyacentes a la que acaba de ocupar. Yo no me muevo. No me fío. No sé si quiero quedarme. Puede que mis recelos sean infundados pero esta calma que aparenta no es normal.
—Por favor —insiste Samuel en tono conciliador.
Me siento en una de las sillas. No la más cercana a la suya. Elijo otra que me dé margen de

actuación en caso de alguna intemperancia por su parte.
—Tienes que ayudarme en esto. Debes hacerlo. Y vas a querer hacerlo cuando termine de contarte la verdad de cuanto sucedió.
No me gusta su tono de voz sincero. No me gusta su expresión limpia por primera vez en mucho tiempo. No me gusta esa mirada honrada y franca. Resulta todo en extremo indecoroso. No quiero estar sentado en esta silla a la que estoy pegado sin remedio por la curiosidad más intensa. Ahora podría ser la ocasión de emplear la frase que traigo preparada y decirle «si no eres capaz de controlarte, esta conversación ha terminado». Pero se está controlando; de forma reposada, apacible, con voz tranquila y serena ha dicho que va a contarme la verdad.
—Yo estaba muerto de celos —musita mirando al suelo—. No vivía, no comía, no dormía sospechando que Julia tenía un amante. No hacíamos más que discutir. Ella lo negaba y me reprochaba mi falta de confianza. Luego lloraba y me partía el corazón; yo me arrastraba a sus pies pidiéndole perdón, suplicándole que no tuviera en cuenta mis arrebatos, prometiéndole que no iba a volver a pasar, reconociéndole que todo era culpa mía, que actuaba así por causa de mi desmedido amor, que tenía que ayudarme no dándome motivos para pensar mal, que si se quedaba en casa más tiempo todo iría mejor, que era culpa suya lo que nos estaba pasando.
Samuel mantiene las palmas de las manos apoyadas en la mesa. Se diría que está absorbiendo su calor, o transmitiéndole el suyo. Si es así puede quemar la superficie de madera porque su rostro está encendido y los ojos rebosan fuego. Por nada del mundo me atrevería a interrumpirlo.
—Pensé en ponerle un detective que me sacara de dudas. Pero con las dudas se puede malvivir, con la verdad de una traición sabía que no sería capaz. No hizo falta. La tarde de aquel día fatídico me llamó un amigo del banco para hacerme una advertencia. Julia iba a vender el complejo hotelero que tanto trabajo nos había costado construir. Lo iba a traspasar por una fortuna a una multinacional hotelera. Casi me caigo al suelo al escuchar la noticia. Cuando llegué a casa la encontré en la cocina preparándose algo de cena después de acostar a Víctor. No pudo negarlo. No quiso negarlo. Para ella fue un alivio no tener que revelármelo. Estoy seguro; aquello fue un bálsamo y una alegría porque empezó a hablar sin contención como si llevara tiempo deseando sacarlo todo a la luz. Lo que aquella noche salió de su boca lo hizo a través de una sonrisa grosera, depravada, cruel. Cualquier cosa hubiera aguantado menos esa sonrisa condescendiente que convertía sus razones en insoportables burlas. Se iba de casa. Se iba con otro. Me dijo que estaba enamorada, que él le ofrecía lo que yo nunca quise darle, que siempre lo amó a él y no a mí. Le pregunté quién era él. Se negó a decírmelo. Tan solo consintió en asegurarme que Víctor estaría bien con ellos. Al escuchar que pretendía llevarse a mi hijo enloquecí. A duras penas me contuve y tan solo la amenacé con matarla antes de permitir que lo apartase de mi lado. Víctor debía estar con su padre, no con una sucia ramera y con su chulo. Cogí un cuchillo que el demonio colocó a mi alcance en la encimera y le dije que si me quitaba al niño estaba muerta. Entonces fue cuando sucedió. —Samuel parece titubear, comienza a frotarse las manos—. Me espetó en la cara la más repugnante de las mentiras. Un embuste infecto que me duele hasta tener que repetir. Una falsedad de tal condición que cualquiera hubiera actuado como yo hice.
Guarda silencio. Pero es evidente que tiene que seguir. No puede haberme conducido hasta aquí para quedarse sujetando la cortina sin alzarla. Me percato, algo asustado, de que estoy dando por sentado que está diciendo la verdad.
—¿Qué te dijo?
—Me dijo que Víctor no era hijo mío.
No puedo evitar abrir la boca, estupefacto por lo que acabo de oír, atónito porque no puedo evitar

creerlo.
—Me dijo que si permanecía callado y aceptaba el divorcio me pasaría una pensión y dejaría que lo viera algún fin de semana. Me dijo que, si me portaba bien, se pensaría si dejarme el dinero necesario para levantar la hipoteca de la Casa del Valle. También me amenazó con hacerle al niño una prueba de ADN, decía que con ello demostraría que yo no era el padre.
—¿Y tú qué hiciste? —Me arrepiento al instante de haber sido yo quien ha hecho esta pregunta. No quiero tener nada que ver con esta locura. Pero ¿qué clase de familia es esta? Siento una culpabilidad morbosa. Por nada del mundo me iría sin escuchar la respuesta.
—Le clavé el cuchillo en la garganta —confiesa—. Y luego en el pecho —añade en voz baja como si esta segunda cuchillada fuera un detalle sin importancia.

CAPÍTULO XI

Así que esto es lo que pretende que sucedió. Un asqueroso crimen machista mezclado con un asesinato por dinero. Posiblemente los dos móviles más repugnantes para el delito. No sé qué pensar. He creído a Brenda esta mañana. Ahora estoy seguro de que Samuel dice la verdad

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Cómo es que no lo entiendes? No podía dejarlo así. Cualquier hombre hubiera hecho lo mismo —contesta dando por sentado que incluso yo hubiera actuado igual—. ¡Iba a marcharse, quería llevárselo todo, absolutamente todo! ¡Me iba a dejar sin nada, sin casa, sin dinero, sin futuro, sin sueños, iba a quitarme a mi hijo! ¡Me la estaba pegando con otro, o con otros, desde hacía años! Dios sabe a cuántos se habría follado en todo ese tiempo.

«Haberte jodido» es lo único que se me ocurre merecen sus mezquinos lamentos. Nada digo porque él tiene todavía muchas cosas que decir.

—Cuando la vi en el suelo no perdí el tiempo. Subí y me quité toda la ropa, la metí en una bolsa de plástico. Luego me duché, estuve raspándome la piel con un estropajo hasta que sentí que una lija no habría hecho mejor labor. Limpié la ducha con lejía y todo cuanto utilicé fue a parar a la misma bolsa que la ropa. Cuando terminé desperté a Víctor y nos fuimos a casa de mi madre.

Resulta patética esa huida. Pero es lógica conociendo al personaje. Un niñato cobarde y malcriado que corre a refugiarse entre las faldas de su madre. Y es también coherente con la personalidad rocosa de Brenda. Ella era la que debía decidir lo que convenía hacer. Y decidió en interés de la familia. Hasta hoy sigue haciéndolo.

—¿Se lo contaste todo a tu madre?

—Todo. Menos esa asquerosa mentira.

—¿Qué mentira?

—Que Víctor no es hijo mío.

No hay ninguna razón para pensar que Julia mintiese en ese punto. Sobre todo, si amenazó con hacerle al crío una prueba de paternidad. Al momento, sin poder evitarlo, me sale la vena legal. Todos los bienes que eran de Julia son ahora legalmente propiedad de su hijo Víctor. Samuel solo los administra. Si el niño no es su hijo podría perder el control de todo su patrimonio. No le interesa que este aspecto salga a la luz. Pero esta circunstancia hace que su historia sea verosímil. No se ha podido inventar algo así. O sí.

—¿Qué hizo Brenda cuando escuchó lo que le estabas contando?

—Cogió el *Ford Focus* y se fue hasta mi casa. Hay una media hora escasa. Cuando volvió vi que tenía los vestidos manchados. Manchados con la sangre de Julia. Lo demás ya lo sabes. Tú te has encargado del caso desde el principio. Con muy poco éxito, por cierto.

—Bueno, ¡es que a mí nadie me ha dicho la verdad en ningún momento! —replico a su impertinencia—. ¿Cómo sé que tu historia es cierta?

—En el mango del cuchillo no solo encontraron el ADN de mi madre, también está el mío.

—Tu ADN estaba en casi todos los cuchillos de la casa. Tú vivías allí. Eso no vale. No es nada nuevo. Necesitamos algo nuevo. Si no lo encontramos tu confesión es una bazofia.

«Tú eres una bazofia» me dan ganas de decir. Si es cierto lo que cuenta y fue él quien asesinó a su mujer y luego ha permitido que Brenda se pudra en una celda, que solo él debería ocupar, es

el más rastrero y sucio de los hombres. Resulta entendible que se muestre tan desesperado ante la idea de la ejecución. Pero si ha inventado este truculento relato para salvar a su madre, que sabe culpable, entonces hay que rendirse ante su nobleza.
—No me has dado ninguna prueba de que sea verdad lo que me cuentas.
—No las tengo.
—Bueno. Hay una manera de refrendar tu versión de los hechos. Hazte una prueba de paternidad. Si resulta que Víctor no es tu hijo podría ser creíble que esa discusión existió y esa es una razón para el asesinato. Introduciríamos una duda que quizá permitiera revisar la sentencia.
Samuel clava en mí la más intensa mirada de odio que nunca pensé pudiera reflejarse en un rostro. Permanece callado. Ya no apoya las palmas de las manos en la mesa. Ha cerrado los puños y los aprieta con saña.
—Sería un hecho nuevo y nos permitiría una revisión —insisto—. No temas. No creo que sirviera para imputarte a ti la muerte porque no es determinante. Por ese lado no correrías peligro. Claro que, por otra parte, la circunstancia de no ser hijo tuyo podría tener implicaciones civiles en orden a la custodia de Víctor si a Julia le sobreviven parientes directos.
—Aún viven sus padres —masculla Samuel masticando cada palabra.
—Entonces, no es buena idea mencionarlo si quieres conservar tus bienes —reconozco—. Pero no puedes confesar el crimen y guardarte este dato. Si realmente quieres decir la verdad tienes que contarlo todo.
—Te lo he dicho porque es lo que ocurrió, pero es algo que no puede saberse. Es totalmente innecesario que alguien lo sepa.
—Puede.
—¡No! ¡No puede saberse de ningún modo! Como le descubras esto a alguien acabo contigo. Lo juro.
Me cuesta pensar que haya podido vivir con la duda todos estos años. Es lógico suponer que, en algún momento, le habrá hecho la prueba al muchacho y sabrá ya si es o no hijo suyo. Si lo es, no le interesa que se sepa porque no refuerza su versión de los hechos atribuyéndose el asesinato. Si no lo es, entonces es peor, de ningún modo puede permitir que se conozca porque los abuelos maternos le arrebatarían todo su patrimonio. Salvo que de verdad quiera salvar a Brenda. ¿Por qué me lo ha contado, entonces? ¿Qué pretende? Con ello desde luego ha conseguido que me tome en serio su relato, de otra forma lo habría descartado de plano. Puede que se lo haya inventado para conseguir precisamente esto. Que crea su elaborada mentira. Pero si es verdad lo que dice y fue él quien mató a Julia, no puedo dejar que Brenda pague con su vida siendo inocente.
—¿Cómo has sido capaz de dejar que tu madre cargue con este asesinato? ¿Cómo has podido ser tan miserable?
Tengo que provocarle, quizás esto me permita ver claro. Puede que se traicione si lo llevo al límite. Sé hacerlo. Soy abogado.
—Vienes y me cuentas los detalles de tu despreciable crimen y esperas que declarando ahora se rediman tus faltas. Tu mayor pecado es el que has cometido contra tu madre. El que sigues cometiendo. Si es ajusticiada por tu causa no encontrarás refugio ni en el más escondido rincón del infierno. Tu destino será vagar por este mundo arrastrando tu terrible culpa. No habrá lugar para ti, ni en esta vida ni en la otra, porque incluso las puertas que se abren tras la tumba están vedadas para los parricidas. Eso es lo que serás. Eso y no otra cosa. Habrás matado a tu madre por tu cobardía, por tu inmensa y espantosa cobardía.
Da la impresión de ser un felino a punto de saltar. Ha subido los hombros y erizado la espalda

como la fiera que ahora representa. No habla. Solo me observa sin pestañear cocinando en su corazón una furia incipiente, todavía insuficiente. Si es culpable mis palabras tienen que encender su rabia. Si es inocente también. No sé cuál de las dos condiciones le permitiría mayor resistencia. Ignoro si el insulto merecido y justo se asume con más facilidad que el inmerecido e injusto. Tengo que saberlo.

—Si la mataste tú…, me das asco. Me produces repugnancia. No me creo ni una palabra de tus patéticas razones. Y aunque me las creyera no me sirven para justificar un asesinato. La mataste sencillamente porque eres un mierda. El más mezquino de los cobardes que huye despavorido al contemplar a su víctima desangrándose en el suelo. Un ridículo niñato que se esconde aterrorizado detrás de su mamá. No eres ni siquiera un hombre. Ningún hombre que se tenga por tal permitiría que su madre se pudriera en la cárcel durante cinco años por un delito que no cometió. Ninguna persona de bien haría pagar sus crímenes a su madre. Bajo ningún concepto. En ningún caso. Jamás. Solo el pensarlo es una obscenidad. Si es verdad lo que me has contado, eres un monstruo infecto. Solo sirves para arrojarte a una cueva repleta de gusanos. Ni el más salvaje de los animales se comportaría así.

No se mueve más que los pocos milímetros que emplea en tensar las piernas. Tiene mérito no haber saltado ya. No recuerdo en mi vida haber insultado a nadie de esta manera tan salvaje. En realidad, no recuerdo en mi vida haber insultado a nadie. Me sorprendo disfrutando el delicioso placer de humillarlo en la forma más despiadada. Tenía dentro mucha bilis acumulada. Siento que cuanto más infamantes son mis palabras más necesito que las siguientes las superen en crueldad. Al parecer, el ultraje, el desprecio, el agravio, el escarnio, la burla son adictivos desde el primer instante. Una vez que empiezas ya no puedes parar. No quieres parar.

—¡Dame inmediatamente una prueba de lo que dices y vamos con ella al Tribunal! ¡Vamos sin perder un segundo para que Brenda pueda salir de prisión hoy mismo! De lo contrario la estás matando con tus propias manos.

—¡No tengo nada que darte! —grita, congestionado por la rabia.

—¡Mentira! ¡Dame esa prueba, grandísimo embustero! Sabes que con tu sola declaración no basta. Lo único que pretendes es acallar tu podrida conciencia. Tener un pretexto para no enloquecer cuando tengas su muerte fermentando en tu corazón. Dame esa prueba. Sé que la tienes. Tienes que guardarla escondida en algún lugar. No pienso mover ni un dedo si no me dices toda la verdad.

»Porque quizás no seas el miserable que quieres aparentar. Puede que te lo hayas inventado todo. Puede que solo intentes salvar a tu madre con esta historia. Puede que ella sea culpable, que siempre lo haya sido. Pero no lo creo. No lo creo. Tienes la marca del crimen escrita en la frente. Solo compartir el mismo aire contigo me produce arcadas. Apestas, hiedes a miedo. Estás aterrorizado. Quieres vivir; es lo que siempre has querido por encima de todo, y para ello estás dispuesto a asesinar a tu madre igual que hiciste con tu mujer. Quieres vivir, sí, y quieres hacerlo sin remordimientos. Por eso esta confesión inútil, esta declaración inofensiva con la que pretendes salvarte tú, porque sabes que no sirve para salvarla a ella. ¡Dame de una vez una prueba de lo que me has contado! ¡Dámela o cierra tu sucia boca!

—¡Vete de aquí! —exclama, fuera de sí, irguiéndose de forma repentina—. ¡Vete o no respondo! —aúlla desesperado—. ¡En mi vida he matado a nadie, pero por Dios que tú puedes ser el primero!

CAPÍTULO XII

Ha vuelto otra vez. Se ha colado de rondón por un pequeño agujerito que ha sabido encontrar mi abogado. La esperanza de seguir disfrutando de ese sol que también se cuela de tapadillo en mi celda cada mañana. La ilusión de seguir viviendo. Un espejismo, una alucinación, un invento, un engaño que se difuminará en el aire como el humo de la hoguera. Pero será la última concesión al ensueño de vivir y por eso estoy tranquila. Porque ya no sufriré más. Decidan lo que decidan sobre la medida de gracia que David va a pedir, después ya no habrá nada. No más lucha, no más pelea, no más decepciones. Descansar al fin.

Pasar el resto de mis días recluida, sin temor a que en cualquier momento vengan a ejecutar la sentencia de muerte, me resulta un porvenir indiferente. No será muy distinto del futuro alternativo en el que estoy muerta. Así será si la conmutación se deniega y la sentencia se cumple. Dejaré en ambos casos de vivir expectante y torturada por la incertidumbre. Descansaré por fin. Solo tengo que aguantar unas pocas semanas. Solo eso. Llevo casi cinco años presa. Cientos y cientos de días. Poco importan unos pocos más añadidos a la suma.

Me siento aliviada. Y creo que la mejora en mi menoscabada fortaleza no solo viene de atisbar el final de camino. El haber desactivado la idea de David de presentar al Tribunal la inculpación de mi hijo tiene mucho que ver con esta especie de calma que se ha apoderado de mí. Era una verdadera locura y estoy segura de que David también lo piensa así. Es buen chico y un abogado honesto. No hará nada sin consultarme. No puede hacer nada sin consultarme. No se arriesgará a hacer nada sin consultarme.

Voy a emplear el tiempo que falta hasta la hora de comer en leer. En leer la Biblia. La Biblia es el único libro que me permiten guardar de manera permanente. Los demás van y vienen de la biblioteca. Los leo tan solo una vez, no los puedo releer. Son visitantes ocasionales. La Biblia vive conmigo. Es cierto que no tenía buena opinión de ella antes de iniciar nuestra convivencia. No fue la nuestra una historia que empezara por verdadero amor. Fue una unión forzada. Pero el roce hace el cariño. Hoy no puedo dejar pasar un día sin acariciar sus finísimas páginas, me sería imposible dormir sin la seguridad de que al despertar tendré a la vista su lomo dorado. Sus versos arcaicos y bellísimos han sido el aliento de mi espíritu moribundo. Amo sus cuentos, sus canciones, sus chismes, sus leyendas, pero sobre todo amo a sus personajes, todos ellos excesivos, apasionados, impíos hasta la caricatura, lujuriosos, vitales, frenéticos. Una pléyade de magos, poetas, visionarios, aventureros, mujeres virtuosas y lascivas, viejos sabios de larga barba, reyes sin escrúpulos, gigantes, héroes, y también, muy al final, profetas del amor. Un libro fascinante incluso para quien tiene la razonable certidumbre de que después de la muerte no hay nada. O al menos nada de aquello en lo que creían los magos, los poetas, los visionarios, los aventureros, las mujeres virtuosas y lascivas, los viejos sabios de larga barba, los reyes sin escrúpulos, los gigantes, los héroes y los profetas del amor.

Espero que la fe que esta mañana he depositado en mi abogado no sea tan endeble como la que los protagonistas de la Biblia profesan en ese Dios al que traicionan y abandonan por simple costumbre. Confío en que David no me engañe como a cada paso lo hacían entre sí mis amigos del libro santo. David dijo que iba a presentar la medida de gracia. Me prometió impedir que Samuel se inculpara. Cumplirá sin duda su promesa. Debe su lealtad a la amistad y al cariño que

estos años hemos cultivado. Cumplirá su promesa. Lo hará. No es mi enemigo. No me hará daño. Pero no son los enemigos los protagonistas de la traición. No lo son.
En un enemigo no se deposita la confianza. Frente a ellos estamos prevenidos. Es a los allegados a quienes debemos temer, a los padres, a los hermanos, a los hijos, a los esposos, a los amigos, ellos son los que nos engañan, los que nos venden, los que nos abandonan. Nadie en la Biblia se salvó de la traición. Traicionó el rey David a su amigo Urías para dormir con su mujer. Dalila a su esposo Sansón entregándolo a los Filisteos. Jacob a su padre Isaac para robarle la primogenitura. Sus hermanos a José vendiéndolo a unos mercaderes por veinte piezas de plata. Judas traicionó a Jesús señalándolo con un beso en el huerto de los Olivos. Hasta el mismo Dios vio cómo se rebelaba contra él su ángel más cercano devorado por la soberbia.
Soberbia, envidia, celos, avaricia, lujuria, ambición, los motivos para la traición son infinitos. No temo a ninguno salvo al más poderoso, al peor de todos.
El más inocente.
A veces nos traicionan porque nos quieren, nos traicionan porque creen que es lo justo. Mi corazón comienza a bombear sangre enloquecido ante el espantoso descubrimiento al que, sin duda, estoy expuesta. David me aprecia, pero no es el amor lo que le impulsa. No es el cariño lo que puede llevarle a desobedecer mis órdenes. Mi abogado es un filántropo. Combate a la pena de muerte como un caballero medieval lo haría contra un dragón alado. Y cualquiera que batalla quiere ganar, quien entra en una lid empeña su orgullo en ella. La justicia debe triunfar. Y con ella su paladín. La soberbia tiene un lugar señalado en el ánimo de aquellos que pugnan por la justicia.
Estoy empezando a asustarme.
David no va a consentir en dejarse ganar esta justa. Mientras tenga una lanza que romper seguirá batallando. Se ha resignado porque no tiene armas para seguir luchando. Pero Samuel puede dárselas. Entre los dos sí pueden traicionarme y prolongar mi sufrimiento. Peor, pueden convertirlo en baldío. Cada uno lo hará por una razón. Pero lo harán. Lo harán. Buscarán la forma. Súbitamente se clava en mi corazón la dolorosa certidumbre de la traición inminente. Los ojos se me llenan de lágrimas de rabia.
Me levanto de la cama y comienzo a golpear con los puños la puerta de la celda. Ante el violento estruendo tarda poco en acudir una de las guardianas. Ventajas de estar condenada a la pena capital. Casi todo se me concede al instante. Es la hipócrita ley no escrita del corredor de la muerte.
—¿Qué quieres? —pregunta un rostro conocido a través del pequeño ventanuco de la puerta.
—Quiero ver a mi hijo. Avisadle para que venga. Por favor.
—Daré parte de tu solicitud.
—Necesito verlo esta misma tarde. Esta noche a más tardar. Es muy importante. Muy importante.
El rostro me observa con mirada compasiva y luego asiente. Hoy es miércoles. La ejecución está fijada para el viernes. No creo que nadie encuentre exageradas mis prisas.

CAPÍTULO XIII

No entiendo cómo he podido ser tan torpe. Tanto trabajo para intentar convencerlo. Tanto esfuerzo para que mi versión fuera creíble. Tanto cuidado en escoger las palabras. Tanta atención en no mencionar nada que desmontara mi confesión, y resulta que, en cuanto se ha puesto a provocarme, me pongo a gritar que yo no he matado a nadie, y después lo amenazo de muerte. Me daría de golpes. Me azotaría de rabia. Es que no me lo puedo creer.

Está claro que no va a apoyarme. Y mamá no va a cambiar de abogado. De entre todos los abogados del mundo teníamos que elegir a uno hambriento y sediento de justicia. Si no le doy lo que quiere no va a mover un dedo. Dentro de dos días será ya demasiado tarde. Tengo que convencerlo hoy mismo. Debo hablar con él. Estoy persuadido de que, si me declaro culpable, se podría reabrir el procedimiento y entonces las dudas impedirían al jurado dictar un veredicto tan cruel como el que en su día dictaminó. Tendríamos que haberlo hecho así durante las sesiones del juicio oral. Hubiera sido el momento, pero nadie pensó que todo terminara en una condena tan dura. Yo el primero. David debió advertírnoslo, debió prever lo que finalmente ocurrió. Si en el juicio ambos hubiéramos mantenido versiones que el jurado estimara incompatibles… Yo podría haber dicho que la apuñalé antes de salir de casa y mamá podría haber seguido alegando que la mató cuando llegó después. Si hubiésemos actuado de esta forma el jurado no habría sabido quién de los dos decía la verdad y no hubiese tenido más remedio que absolvernos a los dos. David no quiso, mamá se opuso a esta táctica y yo fui tan débil que los dejé hacer, pensando en que era tan evidente que yo pude matarla antes de irme que ningún jurado la condenaría. Creí que el jurado supondría que mentía intentando proteger a su hijo. Qué error. Qué inmenso error. Ahora nos vemos así. A dos pasos de un precipicio por el que de ninguna manera voy a permitir que despeñen a mi madre. Pedir el indulto y la conmutación de la pena equivale a rendirse. Y yo no me rindo. Estoy dispuesto a todo. Dispuesto incluso a darle al abogado lo que pide. De hecho, ya tengo en mi poder lo que el abogado reclama.

Marco su número de teléfono y espero. No creo que se niegue a hablar conmigo. Al fin y al cabo, el ofendido he sido yo. Yo he sido el insultado. Él estará orgulloso de que su pequeño truco de abogado fullero le haya salido bien.

—Dime, ¿qué pasa ahora? —se oye al otro lado de la línea. No parece muy contento.

—Tenemos que hablar, David.

—Pues yo creo que no. Me parece que ha quedado todo dicho en nuestra conversación de esta mañana.

—Me llevaste al límite. No sabía lo que decía. Todo lo que te he contado es verdad.

—Ya.

—Y aunque no lo fuera. ¿No es tu deber hacer todo lo posible por salvar a tu cliente?

—No si es ilegal. No si es mentira. No si mi cliente me ha ordenado que no lo haga. Estoy redactando la petición de gracia, la presentaré mañana jueves.

—Yo la maté, David, y puedo demostrarlo. Puedo darte esa prueba que me pides. Una prueba que lo cambiará todo.

El teléfono enmudece. Sé que está al otro lado, puedo oír cómo su respiración se agita. Tarda todavía unos segundos en contestar. No añado nada a mis palabras. Son las que él siempre ha

querido oír. Ahora las tiene encima de la mesa y está asustado.
—No juegues conmigo, Samuel. Basta de engaños.
—No estoy mintiendo. Ven a casa y te lo mostraré.
—Estoy harto de ir a tu casa —replica con enfado apenas disimulado—, quedamos en otro sitio.
—Tiene que ser en casa. No puedo ir con ello por ahí, en la mano, exhibiéndolo por las calles.
Su curiosidad responde de inmediato.
—Voy para allá. Solo espero que esto no sea una broma pesada. Sería de muy mal gusto.
En cuanto David cuelga, suspiro aliviado y de inmediato el miedo se hace presente. Voy a hacerlo. Voy a dárselo. No puedo evitar un estremecimiento.
Está anocheciendo. El final del día viene acompañado de viejos fantasmas a cuya vista he aprendido a temblar. Los pecados inconfesables, los que no pueden ser perdonados, aquellos por los que no hemos aún pagado, cobran vida por la noche y bailan danzas macabras haciendo imposible el sueño con gritos espantosos. En su presencia se envalentonan los remordimientos, la podredumbre de la muerte enseña sus dientes feroces, y las pesadillas de la infancia se diría que fueron dulces cuentos de hadas. Cuando la luz se extingue, con ella se apagan también la confianza, la seguridad, el coraje. Solo queda el miedo de infatigable compañero. El miedo y la angustia por lo desconocido. El terror por lo que sabemos nadie puede impedir que ocurra.
Para poder dormir en medio de la oscuridad únicamente hay un remedio que anestesia el dolor, una medicina de eficacia opiácea que produce el más intenso placer, el mayor de los goces, un antídoto que a todos depara beneficios sin cuento y que a mí me está matando poco a poco, con un sufrimiento indecible. Es un veneno atroz que me consume cada noche.
Por mis actos, por mi culpa, por mis pecados tengo vedados los brazos de una madre. Tampoco me está permitido su recuerdo. Así debo vagar desamparado por las noches oscuras, negras, pesadas como el cortinaje grueso que ciega las ventanas a la luz, intentando no pensar, intentando no dormir, tratando de hacerlo a toda costa, arrepintiéndome a veces de haberlo conseguido, lamentando casi siempre no lograrlo en paz. Dulcísima quimera es no soñar para quien tiene la conciencia manchada de sangre. ¿Cómo tratarán las noches a un réprobo que tiene sobre sí la sangre derramada de una madre? No sé cómo he podido pensar que podría consentirlo. He estado loco todos estos años viviendo una vida prestada. Pero todavía estoy a tiempo de poder conciliar el sueño por las noches. Las que me queden.

El ruido del motor de un coche me despierta a la realidad. Es David. Ha pasado el tiempo sin sentirlo. Evelyn le abre la puerta y entra desconfiado. Recela de mis intenciones. Puede que sospeche de alguna celada porque está pendiente de mis manos cuando pasa a mi lado. No pensará que voy a matarlo en mi casa. Evelyn está en la cocina. Víctor en casa de un amiguito pasando la noche, pero eso el abogado no lo sabe. Quizá por esto ha accedido a venir a casa; por saberme acompañado. Aunque yo creo que su anhelo ferviente por saber la verdad le hubiera hecho acudir de todas formas.
—A ver, cuéntame —dice alzando la barbilla y cruzando los brazos.
Mando a Evelyn que se retire a la habitación del servicio. No hay cuidado de que desde allí pueda escuchar nada. Luego saco de un arcón una pequeña y desvencijada maleta de cuero, con restos de tierra, medio podrida por el tiempo. La coloco encima de la mesa. David mira el viejo bulto y se limita a alzar una ceja desconfiado.
—Siéntate, anda —le pido.
—Estoy bien así —repone sin acercarse un milímetro a la mesa, ni a lo que hay sobre ella.
—¿Quieres una copa?

Niega con la cabeza. Yo sí me voy a tomar una. El whisky es una ayuda cuando llega la noche. Provoca pesadillas tolerables porque son casi siempre extrañas, indescifrables, asombrosas, artificiales y fácilmente olvidables. Es la realidad la que asusta, no el aturdimiento que produce el licor. Apuro dos dedos sin dejar al hielo enfriar este líquido tibio que me hace entrar en calor. David se impacienta. No debería. Lo que voy a contarle compensará su evidente desazón.
—Después de clavarle a Julia el cuchillo, subí y me cambié de ropa. Esto ya te lo he contado, ¿verdad?
No responde. No se mueve. Sigue observándome y solo cuando avanzo hacia él retrocede dejando libres las manos.
—Pues sí. Subí a cambiarme de ropa porque lo cierto es que estaba manchada de sangre. No mucho ni de forma muy aparatosa. Al sacar el cuchillo, la herida no sangró como uno espera de un agujero en el cuello. Ella cayó al suelo tapándose la herida con las manos y así se quedó. Creo que me manché al agacharme, al tocarla para comprobar cómo estaba. Cuando examiné mi vestimenta las mangas de la camisa sí tenían restos evidentes de sangre. También vi algunas gotas en la pechera y unas pocas en los pantalones y creo que en las zapatillas de deporte blancas. Lo guardé todo en una bolsa de plástico. Incluso metí en la bolsa la esponja con la que después me duché y luego todos los trapos que utilicé para limpiar a fondo la ducha. Me puse ropa limpia, desperté a Víctor y nos fuimos a casa de mi madre en el *Chevrolet.* La bolsa iba en el maletero. En cuanto le conté a mi madre lo que había pasado salió disparada para mi casa. En coche se tarda media hora, no creo que empleara más de quince minutos porque volvió una hora más tarde. No hizo más que llegar y comenzó a disponer lo que había de hacerse. Le repetí con detalle cuanto había ocurrido, repasamos nuestras posibilidades y preguntó por mi ropa. Decidió que era conveniente deshacerse de ella. Quemarla no era una opción pues iban a quedar residuos. Me dijo que la enterrara en el bosque. Esa misma noche la guardé en una maleta pequeña, hice un hoyo profundo en un bosquecillo que hay cerca de la casa y allí la cubrí con tierra, hundida a más de un metro de la superficie.
David clava sus ojos en la estropeada maleta que se exhibe sobre la mesa. Desde luego tiene todo el aspecto de haber estado enterrada casi cinco años.
—¿Es esta?
—La he desenterrado hace unas horas. Ahí tienes la prueba que me pedías. La ropa es mía, te puedo entregar fotos en las que la llevo puesta. Está manchada con la sangre de Julia. Esto exculpa a mi madre.
Ganas me dan ahora de hacerle tragar sus palabras de esta mañana. No eran desatinadas del todo, porque puedo no ser un cobarde ya, pero no puedo dejar de haber sido un cobarde durante todo este tiempo. Esto no me quita las ganas de partirle la cara.
—Una cosa más. Guárdate tus opiniones sobre mi comportamiento de estos años dejando a mi madre pudrirse en prisión. Te juro que si dices una palabra te mato aquí mismo como a un perro y luego voy a entregarme yo con la maleta. Un muerto más me trae sin cuidado. Es más, puede que si te mato ahora esto haga más creíble mi versión de los hechos.
No tengo intención ninguna de matar a nadie, pero David no lo sabe y su mirada, que ya estaba inquieta al entrar, se torna más atenta a mis manos. Tampoco tuve intención de matar a Julia. Lo juro. Lo juro por lo más sagrado. El cuchillo se fue a su cuello con un movimiento reflejo sin que yo pudiera evitarlo. Cuando pude reaccionar y comprobé que había entrado y salido de su garganta fue un momento de verdadero terror. Intenté ayudarla, taparle la herida. Ella me miraba con los ojos fuera de sí, estremecida e incrédula, hasta que un vahído hizo que los cerrara y su pecho dejó de moverse definitivamente. Quedó sentada en el suelo hecha un ovillo, apoyada la

espalda contra la pared, con las dos manos en el cuello y los codos sobre el pecho. Parecía una niña asustada en un rincón durante una sesión de fuegos artificiales. Así ocurrió. Esta es la verdad. No quise matarla. Matar nunca estuvo en mi cabeza. Ni lo está hoy. Matar no. No voy a matar a nadie. Pero lo que no sé es si voy a resistir la tentación de, por lo menos, darle al abogado un puñetazo en su petulante cara de virtuoso leguleyo.

No dice una palabra. Se acerca a la mesa para recoger la maleta de la mesa. Yo también me aproximo. Los dos tenemos la vista fija en el fardo, deformado por el tiempo y la intemperie, que ahora luce como el faro que preserva la vida. Mis ojos están en la mesa, mi pensamiento está en otra cosa. En hacerle daño. Solo un poco. Nada grave. Tal vez pueda darle un buen golpe en la cara cuando alargue la mano para hacerse con la maleta.

De improviso, el ruido del móvil que llevo en el bolsillo me sobresalta. Atisbo la pantalla sin perder de vista a David que está llegando al punto justo en el que le voy a destrozar los dientes. Pero es el número de teléfono de la cárcel. Abandono mi dulce proyecto de castigar al imbécil del abogado.

—Dígame, ¿qué ocurre?

—Buenas noches, disculpe que lo llame a estas horas, pero su madre le pide que acuda al Centro Penitenciario para hablar con ella. Al parecer se trata de un asunto muy urgente. En circunstancias normales debería esperar hasta mañana, no obstante, en atención a las circunstancias especiales que concurren en su madre, si lo desea puede usted acudir esta misma noche.

«Las circunstancias especiales que concurren en su madre». No tienen ningún reparo en asesinar a una pobre mujer, pero no se atreven ni siquiera a mencionarlo. Repugnantes hipócritas. Les da vergüenza decir «en circunstancia normales debería esperar hasta mañana, no obstante, como la vamos a asesinar pasado mañana». Sería una forma más decente de hablar. «Me parecería más honesto» pienso mientras ahuyento al idiota de David con un gesto nada amistoso que le hace huir con la maleta aferrada al pecho.

En cuanto el abogado ha salido, marcho para la prisión. Pronto ocuparé yo su lugar. Es lo justo. Es lo que debió haber ocurrido desde un principio.

CAPÍTULO XIV

Pronto ocuparé yo su lugar. Es lo justo. Es lo que debió haber ocurrido desde un principio. Muy pronto esta será mi casa, el lugar donde se cumplirá mi destino porque no había otra opción, porque no podía dejar que ocurriese, porque no podría vivir si lo hubiese permitido. Me producen escalofríos estos pasillos alumbrados apenas por fluorescentes pálidos, que tiemblan de forma intermitente, sin atreverse a iluminar del todo estos tétricos desfiladeros. Estoy esperando en un corredor solitario al lado de la puerta de los locutorios donde tantas veces he acudido a visitarla. No reconozco el lugar a pesar de haberlo pisado en innumerables ocasiones. Es otro pasillo. Es otra cárcel. Es otro mundo una prisión por la noche. Los ruidos más nimios retumban estruendosos dentro de sus paredes entre el silencio. De cuando en cuando, se escucha lejano lo que podría ser un grito desgarrador, y luego el silencio. O tal vez fuera una puerta al cerrarse. Y después otra vez el silencio. A los gritos les siguen golpes terribles que se intuyen en la distancia y son respondidos por aullidos inhumanos. Y surge tras ellos el silencio. O puede que sean los sonidos de las calderas o los chirridos del viento en las ventanas. Tengo frío. Ya no se escucha nada. Tan solo el zumbido insoportable de los fluorescentes y, dentro de mí, un pitido incipiente en los oídos premonitorio de un terrible dolor de cabeza. Tengo frío. Es imposible que el ruido que se oye a ratos sea el de las calderas. A veinte metros hay un radiador. Apostaría a que está apagado. Me tienta la idea de levantarme a comprobarlo. Es mejor no moverse. Siento que si no me muevo estaré seguro. Aquí sentado, en la puerta de los locutorios, todo el mundo sabe quién soy. Tengo una función. Soy un visitante, llevo una tarjeta prendida en el pecho que lo dice. Caminando por el pasillo puede que no tengan en cuenta la tarjeta. Dentro de las celdas no puede hacer este frío. Es normal que en los corredores interiores no haya calefacción, pero dentro de las celdas este frío sería una tortura. Las penas de prisión suponen la privación de libertad, no el despojo de cualquier derecho. No te pueden tratar como un animal. No creo que lo soportase. No sé si lo voy a poder soportar. Siento una angustia en el pecho que no me deja respirar. Ya está hecho. No es momento de lamentarse. Estaré bien si reprimo unas incontenibles ganas de llorar y este deseo intensísimo de estar ya muerto. Puede que esto que me pasa se llame miedo.

Pego un respingo en el banco al sentir la puerta abrirse. Un hombre de uniforme me indica amablemente que puedo entrar. Mi madre espera en el primer locutorio al otro lado del cristal. Sonríe al verme, me lanza un beso con la mano, luego la coloca sobre la mampara. Yo la imito, nuestras manos se juntan penosamente separadas por unos milímetros de gélido vidrio. Puedo percibir el calor de su mano y el fuego en sus ojos. Tiene algo que decirme, intuyo por el rictus de su cara que se trata de algún reproche. Acabo de salvarla. No le va a gustar. Pero es imposible que lo sepa. David no puede habérselo dicho porque cuando me llamaron por teléfono él estaba en casa.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. Tienes mala cara. ¿Seguro que comes bien?

—Claro, mamá —repongo con gesto de fastidio.

—Tenía que hablar contigo. Es importante. Ha venido David a verme esta mañana y me ha dicho no sé qué tontería de que quieres inculparte. Quítatelo de la cabeza. Sabes que no serviría de nada, solo valdría para prolongar esta insoportable incertidumbre y quiero acabar ya, es hora de

que todos asumamos que esto no puede continuar. He quedado con David en que va a pedir la conmutación de la pena. Esto supone que no vamos a pelear más.
—Pero eso no puede ser —protesto—, hace años que no indultan a nadie. Ese paso te condenaría definitivamente, sin remisión.
—Tú no puedes saberlo, hijo.
—¡Sí puedo saberlo! ¡Estoy harto de que me trates como un crío! ¡Yo puedo tomar decisiones igual que las tomas tú! Es mi vida también. No vamos a pedir clemencia porque no serviría para nada y no hay más que hablar. Ya se lo he dicho a David, sabe lo que tiene que hacer. Esta noche, o mañana por la mañana a más tardar, ya estará hecho —afirmo enrabietado—. ¡Y el viernes, en lugar de entrar en esa espantosa sala de ejecuciones, saldrás libre de este maldito lugar! —exclamo con voz temblorosa que quiere parecer firme.
—¿Qué has hecho? —masculla mi madre visiblemente asustada.
—Lo que debí hacer desde el primer día si no me hubiera dejado convencer por ti. Yo maté a Julia, yo debería estar detrás de este cristal.
—¿¡Qué has hecho, desgraciado!?
—Le he dado a David la maleta con mi ropa manchada de sangre. En cuanto la entregue al Tribunal ni siquiera hará falta que yo reconozca nada. El procedimiento se reabrirá, tú saldrás libre y yo asumiré lo que venga.
He conseguido acabar la frase, pero estoy lejos de albergar el temple que su contenido supone. De hecho, tiemblo como un chiquillo que reconoce un terrible pecado del que, sin embargo, se siente orgulloso.
—No sabes lo que has hecho, Samuel —reniega mi madre—. No lo sabes. Estamos perdidos. Los dos. Tú no la mataste. ¿Es que no puedes comprenderlo? Tú no la mataste. ¿No lo hemos hablado hasta la saciedad? ¿Acaso no te conté lo que pasó? Fui yo quien la mató. ¿Cómo puedes negarlo? Esta no es una condena injusta. No soy inocente. No hay nada de extraordinario en la sentencia. No puedes sentirte culpable, Samuel. Tú no tienes la culpa de que yo esté aquí. Tú no la mataste.
—No es eso lo que yo siento.
—¿Sabes lo que va a pasar ahora? No tienes ni idea. Pues yo te lo voy a decir. Te lo voy a decir ahora mismo:
»En cuanto te procesen por el asesinato de Julia, sus padres reclamarán la tutela de Víctor. Y los jueces se la darán de forma inmediata. Los abuelos maternos serán la única opción presentable porque yo seré la madre del asesino. Con la tutela de tu hijo se irá también la administración de todo nuestro patrimonio, porque todos los bienes de Julia son legalmente de su hijo. Todo está a nombre de Víctor, todo, incluso los nuevos hoteles que compraste con los ingresos que daba el primero. Ni siquiera podremos conservar la Casa del Valle sin las rentas de los hoteles. No vas a volver a ver a tu hijo, ¿no pensarás que te lo van a llevar de visita a la cárcel?, ni yo veré más a mi nieto. Jamás. Julia habrá ganado al fin. No habías pensado en ello, ¿verdad?
Un terror helado desciende sobre mi pecho golpeándolo con la fuerza de un saco de cemento. No puedo pensar ni casi respirar. Esto es una pesadilla espantosa. Es imposible que esté pasando. Mi madre ha levantado el telón y no se está representando el sacrificio generoso y noble que yo tenía ensayado; en el escenario la obra versa sobre el infierno al que conduce la estupidez. Me siento el más idiota de los hombres. Y solo el miedo compite con el desprecio que siento por mí mismo. Mi hijo, mi patrimonio, todo en manos de los padres de Julia.
—Tú no puedes ocupar mi lugar, Samuel. No puedes. No estás preparado. Enloquecerías aquí dentro. No tienes la fuerza necesaria para mantenerte firme, desfallecerías, enfrentado a la

muerte tratarías de salvarte y nos condenarías a los dos. Sabes que es así. O no lo sabes, tal vez porque no has sufrido el vértigo que da la cercanía del abismo. Yo sí puedo hacerlo. Estoy dispuesta y lo único que te he pedido, lo único que os he pedido, es que me dejarais dar el paso ya. No es fácil renunciar, pero puede hacerse si tienes un fin. Vosotros, Víctor y tú, sois mi único fin en la tierra, no podría vivir si alguno me faltarais. Ningún padre puede abandonar a un hijo, por ninguna razón, en ninguna circunstancia, pero es ley de vida que los hijos dejen a los padres marchar. Te pido por favor, Samuel, cariño, te suplico por la memoria de tu padre que me permitas hacerlo.

La observo y su figura formidable de valor y entereza me abruma. Siempre fue así. Fuerte, decidida, enérgica, intrépida hasta la desmesura, inclemente contra toda amenaza, implacable ante cualquier ataque. Un árbol bajo el que cobijarse en la tempestad, una sombra fresca en el verano, la voz que templa el hogar, la encarnación de un dios amable y también estricto cuando vulneras sus reglas. A una madre así no se le discute, basta con escucharla.

—Tienes una responsabilidad con tu hijo, como yo la tengo contigo. No puedes permitir que crezca huérfano, sin padres, humillado por el crimen. Te necesita inocente. Podrá vivir con una abuela asesina a la que no recordará cuando crezca, pero no se recuperará si el mundo entero sabe que su padre mató a su madre. Llevará ese horror, esa mancha infamante, esa señal deshonrosa grabada a fuego sobre la piel, y así la arrastrará para siempre.

Víctor. Mi pequeño. Mi hijo. Él no tiene culpa. No puedo abandonarlo. ¿Cómo he sido capaz, si mi niño es lo que más quiero? ¿Qué especie de egoísmo suicida me ha impulsado a hacer lo que he hecho? Pero ya no tiene remedio. No puedo volver atrás. David tiene las pruebas y las va a presentar ante el Tribunal. Miro el reloj. Son las once de la noche. Los Tribunales están cerrados. Tal vez haya decidido esperar a que amanezca. No puede haberse presentado en comisaría a estas horas.

—Tienes que hablar con David. Exígele que te devuelva la ropa. Estoy segura de que esperará a que mañana abran el Tribunal. Todavía la tiene, seguro, aún hay tiempo de arreglarlo. Pero te lo advierto: no querrá hacerlo. Le has dado un triunfo al que no va a renunciar. Dirá que lo hace por mí, para salvarme. No te dejes engañar; lo hace por él. Por su tremendo orgullo, por su enorme soberbia. Quiere ganar el caso, sencillamente, lo demás le trae sin cuidado. Pretende, sacrificándote, enarbolar un principio para exhibirlo y que todos lo vean. Ni tú, ni yo, ni el niño le importamos. Se negará a devolverte la ropa y con eso está condenando a Víctor. Tienes que impedirlo. No puedes dejar que se salga con la suya.

Mamá está llorando. No lo ha hecho durante todo este calvario. Hoy llora por mi causa. Me he dejado engañar por ese miserable abogado. La rabia compite con la vergüenza y entre las dos me hacen temblar de indignación. No lo voy a permitir. Juro que no lo voy a permitir.

—Debes recuperar la ropa. Me da igual cómo lo hagas. Por las buenas o por las malas, pero hazlo. Emplea los métodos que sean necesarios, no tienes nada que perder. Si David gana, tú lo tienes todo perdido; Víctor crecerá con unos abuelos que te odian y escúchame bien: no conseguirás que yo salga libre, porque yo haré todo lo que esté en mi mano para impedirlo. Y está en mi mano. Lo sabes. Sabes que puedo contar la verdad.

Es capaz, muy capaz. Si lo hace, mi entrega no habrá servido de nada. Todos pereceremos entregados a los altos principios de ese abogado traidor. Pero todavía puedo impedirlo. Me levanto decidido, nunca he estado más resuelto a actuar que en este momento.

—Hazlo —aprueba mamá—. Confío en ti.

Asiento con la cabeza y cierro los ojos, arrepentido de haberme rebelado contra ella. Estoy seguro de que me perdona.

—¿Estarás el viernes conmigo? —pregunta con dulce voz.
—Estaré contigo. Pero no hará falta, mamá, primero solucionaré lo de David y luego yo mismo pediré clemencia al Tribunal y te conmutarán la pena. Estoy seguro.
—Así será, cielo.

CAPÍTULO XV

Debo salir cuanto antes de este horrible lugar. No aguanto un minuto más. Camino a paso veloz por el corredor que lleva desde los locutorios hasta el vestíbulo de entrada. Es un pasillo eterno. Su final se proyecta en la distancia alejándose a cada paso. Como si fuera el esófago de un enorme monstruo, de largo y estirado cuello, se va estrechando a medida que me acerco a su garganta. Siento la tentación de echar a correr. Me cuesta respirar en este pasaje angosto, agredido sin piedad por los destellos de los fluorescentes. Los flashes de luz remedan las tormentas que de niño me torturaban hasta obligarme a buscar cobijo junto a mi madre. No sé cómo he podido pensar que soportaría este lugar. Unas pocas horas nocturnas han servido para solo intuir el espanto que supone estar aquí encerrado. Tengo que salir ya. Avivo el paso hasta llegar al control de la puerta. El mismo empleado que me ha dado entrada permite mi salida. Me echa una mirada compasiva. Debo de tener la cara arrebolada por el terror. Aún no se me habrán borrado las lágrimas. Y no hago otra cosa que sorberme los mocos. Sin duda achacará mi estado a la tristeza, o a la desesperanza, o a la tribulación por una madre a la que restan pocas horas de vida. Pero es la rabia la que me turba el rostro. La rabia y la más encendida determinación.

Salgo a la vida e hincho los pulmones, como si escapara del agua después de permanecer sumergido durante horas. El cielo es negro con puntas luminosas que titilan dulcemente. Todo es paz en el exterior, la densa atmósfera de la cárcel se torna en un aire limpio, puro, fresco, saludable.

Respiro sin recato, reponiéndome de las secuelas del infecto hedor de la prisión. Intento tranquilizarme sin conseguirlo. Debo hacerlo. Tengo una misión y voy a necesitar sangre fría, serenidad y ánimo firme. Mis manos tiemblan hasta un punto en el que me resulta difícil pulsar las teclas del teléfono de la cabina pública desde donde hago la llamada. No encuentro el número que busco en la memoria del móvil, no acierto a traspasar los dígitos que aparecen en la pantalla a las teclas de la cabina. Hace mil años que no llamo desde una cabina. Cojo aire y lo expulso lentamente. Una vez, dos, otra más. Cierro los ojos y lo intento de nuevo. Marco el número del abogado. Se oye el tono de llamada. Espero.

—¿Dígame?

—Hola David, soy Samuel. Tengo que verte. Es muy importante.

—¿Desde dónde llamas? —pregunta al no reconocer el número.

—Estoy en mi empresa. Salgo ahora.

—¿Quieres que nos veamos ahora…, a estas horas?

—Sí. Debo decirte algo. Lo había olvidado. ¿Has ido a comisaria a entregar la ropa?

—No. Mañana voy a ir al Tribunal a presentar las pruebas. Será todo más rápido que si voy a comisaría esta noche. No sabrían ni de qué les estoy hablando. Mañana en el Tribunal no habrá problemas. Podemos ir juntos y allí añades lo que quieras. Es más, creo que deberías acompañarme para prestar declaración.

—Así lo haré, David. Pero antes tenemos que vernos. No sé qué importancia puede tener algo que he recordado. Quiero tu consejo. No puedes negármelo. Sigues siendo nuestro abogado. Afecta a la validez de lo que te ha dado. No te molestaría si no fuera algo de la mayor importancia. Tengo que explicarte algo en relación a la ropa.

—Mejor mañana.
El muy canalla desconfía. Es preciso que consienta en reunirse conmigo. Puede que si ataco su círculo de confort acepte salir de él para preservarlo.
—No puedo esperar a mañana. Si es necesario no tengo problema en ir yo a tu casa y hablamos allí.
—No, en mi casa no.
«Claro que no. No quieres quedarte a solas conmigo». Como había previsto. Le repugna que la presencia de un asesino mancille su hogar. Él sí puede entrar en mi casa, pero yo soy una peste que puede infectar su morada.
—Lo siento, David, pero es cuestión de vida o muerte. Voy para allá.
—Espera, es mejor que quedemos en otro sitio.
—Tiene que ser un lugar discreto. Tengo que explicarte algo de la ropa, tienes que traerla. Solo lo comprenderás si te lo muestro a la vista de lo que te he dado.
Duda en elegir el sitio adecuado. Debe escogerlo él. De otra forma sospecharía. A estas horas no le queda otra opción que escoger el punto exacto donde yo lo quiero tener, pero debe ser idea suya. Está deseando colgar. Busca un rincón donde se sienta seguro, donde haya gente, donde yo nunca haría nada. Un lugar en el que piensa duerme mi hijo vigilado por una criada inofensiva.
—Voy yo a tu casa, tardo media hora.
«Bien». Cuando llegue estaré preparado. Víctor no está en casa y a Evelyn le he dado la noche libre. David cree que acude a un domicilio donde la presencia de un niño y los ojos de una criada lo preservan de todo mal. Pero está equivocado. Nada hay que pueda protegerlo. En esta casa ya no existen las cámaras de seguridad que otra vez me perdieron. No seré yo el responsable de lo que ocurra. No debió engañarme. No debió hacerlo. No tengo otra opción. Si le pidiera que me entregara la maleta se negaría. No me arriesgaré a prevenirlo. Sospecharía. Si está descuidado será todo más fácil.
Me observo las manos. Ya no tiemblan. Ya no tiemblo. Ha desaparecido el temor. La confianza ha ocupado su lugar. El arrojo me ciega permitiéndome ver la verdad con una claridad desacostumbrada. El miedo es algo lejano. La prisión ya no será mi futuro. La muerte no me acecha más que a cualquiera. Viviré y espantaré los remordimientos como quien aleja las moscas que acuden al dulzor de una herida. Mejor que esto. Sanaré de mis heridas ahuyentando el arrepentimiento. Nada debo penar porque mis actos salvaguardan a mi hijo. Actúo como debo, enmendando mi error, como un padre está obligado. Mi madre me señala el camino con su ejemplo. Ahora lo entiendo. Ahora la entiendo. El destino seguirá su curso y nadie sabrá lo que el malnacido del abogado está dispuesto a revelar.
Más le hubiera valido no haberme engañado.

CAPÍTULO XVI

Aguardo la llegada de David en el jardín. No estoy alterado, pero sí que me veo nervioso. No puedo dejar de pasear a un lado y a otro. He dejado abierto el portón de entrada. No puede tardar. Cuando aparque cogerá el camino de arena que conduce a la entrada de la casa. Por fuerza pasará a pocos metros de la fuente. Aquí lo esperaré apoyado en su fría roca.

Siempre quise una fuente con un alto surtidor de agua que cayera sobre la piedra simulando el sonido de un arroyo. Mientras este proyecto se hace realidad, una artesa de caliza labrada, que alza casi un metro y medio, ocupa más que adorna el centro del jardín. En el interior de la pila, el agua a duras penas borbotea silenciosa unos pocos centímetros desde una espita minúscula. Es un bebedero de pájaros más que una fuente. Por la noche, mientras duermen los pájaros, si es que los pájaros duermen, permanece apagada. Ahora solo sirve para que yo me apoye mientras espero.

No es buena idea que pase el tiempo cuando has tomado una decisión. Los minutos diluyen la determinación, las horas la corroen como el ácido al metal. Imagino que llegará pronto. Te vienen a la mente todos los problemas, los posibles fallos, las seguras lagunas de un plan que al principio era perfecto. Las dudas surgen por doquier diezmando el arrojo y la osadía. No puede tardar en llegar. El acecho es un arte solo accesible a los tigres o a los gatos. Animales que no piensan, que actúan por instinto, que no pueden cambiar de planes porque ninguno tienen, salvo el de cobrar su pieza. Está tardando mucho. Me sudan las manos. Tengo que secármelas en las perneras del pantalón. Cada ruido me sobresalta, cada movimiento me pone en alerta. Pero no soy yo la presa. Yo soy el cazador. Son los nervios lógicos en un trance de esta naturaleza. Debo mantener la tensión. Es un miserable. Ha intentado embaucarme para que asuma una muerte que no me corresponde dejando así a mi hijo desamparado. No lo voy a consentir. De ningún modo. Es un canalla, un impostor. Era nuestro abogado. Mi madre le ordenó que no se metiera y que siguiera sus instrucciones. Y en lugar de eso…

Ya está aquí.

Los faros de su *Buick Encore* lo anuncian cegándome un instante. Estaciona a pocos metros de la entrada sin llegar a la zona de aparcamiento. Más cerca de lo que yo preveía. Mejor. Se baja del coche. Lleva vaqueros y una sudadera gruesa. Avanza, se sitúa a un metro.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que contarme?

—¿Has traído la ropa?

—Está en el maletero.

—Acércate. No quiero que nos oigan desde la casa.

Mira sobre mi hombro a las ventanas iluminadas del primer piso. Se aproxima un paso más.

Es el momento. Agarro con la mano derecha la palanca de metal que he dejado escondida en el interior de la pila y le propino un tremendo golpe en la cabeza de derecha a izquierda. No tiene tiempo de esquivarlo. El impacto hace que se me doble la mano y la palanqueta cae al suelo. Con

ella cae el cuerpo de David.
Queda tendido en el césped con ambos brazos abiertos y los ojos cerrados apuntando al cielo estrellado. No tiene ninguna señal en la cara, se diría que está durmiendo. El golpe ha sido en el lateral de la cabeza. El pelo mojado que se aprecia en esa parte del cráneo es señal inequívoca del sangrado. Debería asegurarme de que está muerto golpeándolo otra vez, pero sé que soy incapaz. No hay cuestión. No puedo. No hace falta. Ha sido suficiente. Sin perder un momento compruebo que las llaves del *Buick* están en el contacto. Abro el maletero, efectivamente allí está la maleta. Extiendo en la hierba unos plásticos que tengo preparados, cargo con David y lo deposito en medio, luego lo envuelvo con los plásticos y lo introduzco en el maletero de su coche. Es algo muy burdo, pero bastará para que no manche. Me pongo a los mandos del *Buick*. El camino es muy corto, apenas quince minutos. Estamos en las afueras, basta conducir cinco minutos y la calle se convierte en camino, cinco minutos más y es una pista forestal, cinco minutos más y hemos llegado.
Descubrí el pozo en uno de mis paseos por el bosque. Está tapado con largos tablones que nadie ha tocado desde hace años. Por los huecos que dejan entre sí no se puede ver el fondo, pero parece profundo. Aparto dos tablones con facilidad. Cuando abro el maletero no es muy trabajoso dejar el cuerpo de David en el suelo. Es algo horrible de contemplar. Envuelto en esos plásticos hay un cuerpo. No voy a tener valor. Han regresado los temblores. La luz de los faros confiere a la escena una claridad ofensiva y peligrosa. Los apago. La luna ilumina de una manera amable, escondiendo la crudeza de las formas, confundiéndolas. Al fin me decido a quitarle los plásticos. Están adheridos unos a otros, sobre todo en la parte de la cabeza…, la sangre los ha pegado al pelo. Doy un tirón y un gemido procedente del cuerpo yacente hace que el corazón esté a punto de salírseme por la boca.
Está vivo.
Murmura y se queja débilmente. La palanqueta se ha quedado en el jardín. No puedo rematarlo. Siento que tengo el valor de hacerlo ahora que no es posible hacerlo. El más agudo de los miedos, un terror de una intensidad incapacitante, me impide pensar y me obliga a actuar. Lo hago sin saber cómo. Y me doy cuenta de que lo he hecho cuando ya lo tengo en las manos. Lo he cargado sobre el hombro derecho sin atender a sus quejidos de dolor. No ha tenido tiempo para lamentos porque lo he sentado sobre los ladrillos rotos del borde del pozo y sin que yo lo empuje se ha precipitado al interior como un submarinista que se dejara caer de espaldas por la borda de su lancha neumática. Aguardo expectante el choque del cuerpo con el agua como quien espera oír una detonación nuclear. No se oye nada. Aguzo el oído. No se ha escuchado nada. No me atrevo a moverme. No me atrevo a mirar. No soy capaz de calcular el tiempo que llevo inmóvil, temiendo escuchar cualquier cosa que venga de dentro del pozo. No se siente nada. No siento nada. No siento nada más que un impío e hipócrita estupor. A mi alrededor bailan los sonidos del bosque. El viento agitando las ramas de los árboles haciéndoles silbar de forma estridente. Un pájaro nocturno testigo del crimen. La luna iluminando la tumba recién estrenada. De pronto tengo miedo. Un miedo cerval, antiguo, absurdo. Un pavor que ya he conocido antes, que no es la primera vez que se presenta, que ya tenía olvidado. El espanto atroz por lo que he hecho, por lo que he vuelto a hacer. La adrenalina que drogaba mi entendimiento ha desaparecido. Ya no es necesaria. Y los frenos morales vuelven cuando ya es demasiado tarde. Tengo una sensación extraña. De orgullo por haber sido capaz de hacerlo. De vergüenza por haber sido capaz de hacerlo. De sorpresa por haberlo hecho. Recojo la maleta con la ropa del maletero y la arrojo también al pozo. Corro a la seguridad del interior del coche. Afortunadamente arranca a la primera y puedo salir del oscuro bosque que ha presenciado la

muerte del abogado.
Solo queda conducir hasta la casa de David con los guantes puestos y dejar el coche aparcado en las inmediaciones, cuidando de que en el trayecto por las calles de la ciudad no haya cámaras. Volver a casa habrá que hacerlo a pie. El maletero está limpio, no hay manchas de sangre. Si cuando investiguen su desaparición alguna pequeña encontraran no será relevante. Es su coche.
Mañana con el alba iré a presentar la petición de indulto. Esto aplazará la ejecución por lo menos unas semanas. Según me explicó el propio David, no es necesario que lo haga el abogado de la causa, cualquier persona puede hacerlo.
Aunque en los últimos años nunca han concedido clemencia. Será inútil. No van a conmutar la pena. Pero el aplazamiento es seguro. Mamá sabrá que lo he hecho. Y también sabrá lo que he hecho. Cuando vea que él no aparece lo sabrá. Solo ella lo sabrá. Solo ella. Nadie más puede relacionarme con su desaparición. Solo ella. He tomado todas las precauciones. Y lo que no se conoce no existe. Nadie conoce lo que acabo de hacer salvo mi madre. Mi madre.
Yo no quería matarlo. Yo solo quería salvarla a ella. Pero me dijo que no, que tenía que matarlo. Ella fue quien me impulsó a hacerlo. Ella. Siempre ella. Siempre dirigiendo mi vida. Ya ni recuerdo lo que dijo para convencerme.
Estas semanas serán duras para mamá. Total, para nada. No van a concederle el indulto. Solo van a servir para prolongar su sufrimiento. Serán una tortura. No quiero que mamá sufra. No. No quiero. Pedir un perdón que sabemos no va a llegar es absurdo. Una maldad que ella no querrá pasar. No sé. Puede que lo aconsejable sea no hacer nada. Mañana pensaré qué hacer. Aún me queda mucho camino hasta casa.
Tal vez lo mejor para ella sea no pedir ningún aplazamiento. Mejor no hablar con mamá de este asunto…, ni de ninguno. Mi presencia solo le va a causar dolor. No voy a volver a la prisión. Yo no quería matarlo. Nunca se me hubiera ocurrido. Ella me convenció. ¡Dios santo! Voy a volverme loco.
Necesito una copa. Necesitaré unas cuantas para no perder la razón. Y unas cuantas más para perderla y al fin descansar.

CAPÍTULO XVII

Hace rato que ha amanecido el día en que veré mi última noche. No tendría que haber sido así, con esta tensión, esta incertidumbre, este no saber qué está pasando. Si no tengo noticias será que Samuel ha podido convencer a David para que le devuelva la ropa, o ha podido arrebatársela. Prefiero no saber. Prefiero ignorarlo todo. En estos años he aprendido a espantar los pensamientos oscuros, he aprendido a caminar al filo del precipicio sin mirar al vacío. Tengo un razonable dominio de mi estado de ánimo. Pero no se pueden evitar recaídas, desfallecimientos. Alejar el fantasma de la nada que se aproxima no es fácil. Mantenerse firme ante lo que viene no es sencillo.

El sufrimiento ayuda, nadie lo puede negar. Para quien es feliz, la perspectiva de desaparecer tiene que ser angustiosa. Pero para quien está sufriendo, dejar atrás el dolor es un deseo brutal, poderoso, violento. Dejar de sufrir de la forma que sea, de la manera que se pueda. Si la alternativa a una vida doliente es otra dulce y placentera en el paraíso, dejarse ir es una tentación muy sugestiva. No sé cómo los creyentes no se suicidan ante el más mínimo dolor de muelas. Claro que el suicidio está prohibido por la mayoría de las religiones. Por esto será.

La puerta de la celda se abre y sin pedir permiso, como si estuviera al tanto de mis pensamientos, entra un sacerdote vestido con traje negro y camisa cuello clériman. Hace su entrada aferrado a una biblia. Se sienta a mi lado en el catre.

—¿Quieres que hablemos, hija mía?

El hecho de llevar esa tirita blanca en el cuello lo identifica como sacerdote cristiano, pero no da ninguna información sobre su concreta confesión. Yo no recuerdo haber confesado nada sobre mi confesión.

—Veo que eres religiosa —supone al ver la biblia sobre la mesilla. Debe tener un protocolo de actuación, una especie de código de normas sobre el consuelo a los condenados.

—Es una buena novela —respondo—. Si no la ha leído no deje de hacerlo…, si le gusta el género negro.

Sonríe ante mi provocación. Habrá oído cosas peores, imagino.

—¿Quieres que leamos algún pasaje juntos?

Arrugo el gesto. No es un plan muy tentador. Hubiera esperado que el demonio se me apareciera proponiéndome alguna suerte de escapatoria a cambio de mi alma. Este señor no se parece a un demonio, lo único que ofrece es aburrimiento.

—No tenemos por qué hablar de religión —anuncia—. Podemos conversar de lo que a ti te apetezca.

—La cuestión —objeto— es que no me apetece mucho hablar. No se moleste, padre. Además, si no hablamos de religión, ¿qué pinta usted aquí? Se supone que su misión es consolar a los condenados, aconsejarles que afronten este trance con alegría, con fe en que su Dios los recogerá y guiará hasta un vergel de frutas jugosas y aguas cristalinas.

—Algo parecido es aquello en lo que creo. Y a muchas personas les consuela que yo les diga que creo en ello.

—Tenemos un problema, padre. Yo no me arrepiento de haber matado a una mujer. No creo que su Dios me admita a su lado con esta terrible tara. El arrepentimiento creo que es un requisito necesario para entrar en su cielo.
El cura me mira con ademán compasivo, pero no niega lo que digo. Yo sigo hablando. Me causa un mustio placer no tomármelo en serio.
—Siempre me ha llamado la atención esto de que el arrepentimiento sea la fórmula mágica para borrar los pecados. A casi todos los que pasan por aquí los habrá conocido usted arrepentidos. Sobre todo, porque los pillaron. Todos preferirían no haberlo hecho. Sobre todo, porque los pillaron. Visto así han tenido más suerte que los que consiguieron la impunidad de sus crímenes. Estos puede que se olvidaran de arrepentirse a tiempo.
Me deja charlar. Tal vez en eso consista su misión conmigo. Procurarme un desahogo mental.
—No tengo lugar en su cielo porque he matado y no estoy arrepentida. Y matar es un pecado muy gordo, padre, muy gordo. Usted lo sabe. Pero solo es pecado si matas sin un motivo legal. Esto también lo sabe usted. En la guerra a los que más matan les dan medallas. Mata igualmente quien me condenó a muerte. Pero, eso sí, bajo el amparo de la ley. Me pregunto si su Dios tendrá en cuenta estas exenciones legales a su mandato de no matar. Es curioso que la admisión en el cielo dependa de la legalidad que esté aprobada en la tierra. El juez que me condenó a muerte no esperará que le nieguen el acceso al paraíso por tan justa acción. Creo que su Dios necesitará un equipo de abogados notable para distinguir las muertes permitidas por la ley, que no cierran la gloria eterna, de aquellas otras que son ilegales y conducen al infierno. ¿Cree usted en el infierno, padre?
—El infierno es la ausencia de Dios, hija mía.
—No estoy tan segura. Nunca he sentido a Dios en mi vida y no he tenido la sensación de vivir en un infierno. Al contrario. He vivido muy feliz hasta que toda esta pesadilla empezó. Por fortuna ya está a punto de terminar. Yo ya he conocido el paraíso, en eso le llevo a usted ventaja. Cuando era niña vivía en él. Nací en un pueblo de la montaña. Uno de los parajes más bellos que pueda usted imaginar. No he vuelto a ver colores tan intensos como los de mis montañas. Azules, verdes, ocres, amarillos, blancos inmaculados. Mis padres regentaban una pequeña tienda en el pueblo. Eran dos personas extraordinarias. Mi padre me enseñó a amar la naturaleza, a vivir con ella, a cazar, a pescar, a recolectar toda clase de frutos, a subir árboles que apuntaban al cielo, a escalar cumbres que casi lo alcanzaban. Me enseñó a ser fuerte, a no dejarme domeñar por nadie. Más de un diente he partido en peleas con chicos que me doblaban en tamaño. Mi madre me obligó a leer, y no cejó hasta que se convirtió en una pasión. Recuerdo las tardes leyendo bajo el arce que crecía a pocos metros de casa. Ese fue mi paraíso. Después de casarme construí otro en un polvoriento valle que transformamos en un vergel. Allí nació mi hijo.
No puedo evitar una mueca de dolor. A mi atento escuchante no le pasa desapercibido. No es decepción, ni tristeza. Cada uno debe buscar su lugar en el mundo. El sitio de Samuel no era el valle. Eso fue todo.
—Intentamos que nuestro hijo amara el campo tanto como su padre y yo lo hacíamos, pero ese no era su lugar. Le asustaban los animales, tenía miedo a las alturas, era incapaz de subir a un árbol sin caerse. La oscuridad de la noche siempre llegaba con él recogido en casa. No quiero decir que no amara la Casa del Valle, pero aquello no era suyo. Él siempre quiso construir algo grande. Hoy lo tiene. Desde que edificó el primer hotel no ha parado. Hoy ha conseguido lo que siempre quiso. Y así debe seguir. Padre, ¿usted cree que si me arrepiento despertaré en mis montañas? Puede que allí me estén esperando mis padres y mi marido. Subiré de nuevo a los árboles como hacía cuando tenía diez años. Mojaré los pies en los arroyos y caminaré descalza

sobre la hierba. Recogeré flores y me las pondré en el pelo del que habrán desaparecido las canas. Reposaré bajo la sombra de un enorme abeto contemplando sus ramas moverse por el viento. ¿Usted cree que así será el cielo si me arrepiento? ¿Usted cree que encontraré a mis padres en ese paraíso? Lo digo porque teniendo en cuenta que, desde que la humanidad bajó de los árboles, habrán ido al cielo decenas de miles de millones de almas, puede aquello estar muy concurrido. Y, por cierto, tengo yo curiosidad por saber en qué grado de la evolución se comenzó a llenar el cielo. ¿Quién fue el primer humano en ocuparlo?

—Me temo que no lo entiendes, hija mía. A Dios no se llega por la razón sino por la fe.

—Ya.

—Solo si te entregas sin reservas, si te abandonas desprendiéndote de cualquier orgulloso razonamiento anclado en prejuicios humanos podrás llegar a intuirlo.

—Ya.

—Solo así encontrarás consuelo a tu dolor. El señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace descansar, a las aguas tranquilas me conduce…

—Ya veo.

Debe considerarme una loca podrida de soberbia. Para hacer frente a mi delirante impiedad, a falta de ajos o crucifijos, solo tiene a mano la palabra de Dios y comienza a recitar los evangelios. Pensará que lo mejor es que hable él, de esta forma dejo de formular proposiciones heréticas que solo pueden empeorar mi situación ante el inminente juicio divino. Lo dejo que parlotee sin prestarle atención. Me ha puesto triste. Recordar el pasado feliz desde el oscuro presente es un ejercicio peligroso, conduce a la melancolía. En realidad, la única actividad inocua en mi situación es no pensar. No pensar, ¿cómo se hace eso? Bueno, el sacerdote me está indicando el camino.

—Padre, ¿le parece que recemos?

El cura suspira orgulloso y toma aire. Sin duda sus santas palabras han provocado en mí una revelación divina. No seré yo quien lo desilusione. Rezar no es más que recitar un mantra durante el que no es preciso pensar. Puede que las oraciones estén ideadas para ello. Solo en trance puedes comunicar con lo trascendente. A mí me va a servir para dejar vacía la mente. El esfuerzo de recordar las letanías que aprendí en la iglesia me valdrá. Las oraciones que aprendí en la iglesia blanca y pequeña de mis montañas. Creo que me va a costar.

No tengo oportunidad de iniciar mi proyecto de rezo porque, con gran disgusto del señor cura, la puerta de la celda se abre para dar entrada al director de la prisión.

—Buenos días, padre —saluda empezando por el orden jerárquico de los ocupantes de la celda. A mí se dirige directo, sin saludos. Es verdad que un «buenos días» en mi situación es una formula impostada.

—Si necesita algo no tiene más que comunicárnoslo. Cualquier cosa.

La amabilidad del verdugo es la antesala del cadalso. Creo haber leído esto alguna vez.

—Estoy bien, gracias.

—Estamos intentando contactar con su abogado para que nos diga si hay alguna incidencia legal que pudiera interrumpir el fallo de la sentencia. De no indicarnos nada será mañana a las doce del mediodía. Esperamos poder comunicar con él a lo largo del día. Su presencia es necesaria. De momento está ilocalizable.

—Gracias.

—También ha llamado su hijo para hacernos saber que mañana estará con usted acompañándola en el instante en que se cumpla la sentencia.

—Gracias.

—No los molesto más. Si necesita algo por favor no dude en decírnoslo.
Cuando el director ha salido, el sacerdote me exhorta a redoblar la intensidad de nuestros rezos. Ahora no me sirven. No puedo dejar de pensar en lo que significa lo que el director ha dicho. Sé lo que significan ambas noticias. Lo sé. No va a haber ningún aplazamiento. Ninguno. Todo está consumado.
Voy a rezar con el cura, necesito dejar de pensar.

CAPÍTULO XVIII

Tengo frío. Mucho frío. Y miedo, mucho miedo. El dolor me impide pensar. Solo puedo ocuparme en intentar estar prevenido para soportar sus embates. A intervalos regulares sufro descargas agudas en el costado derecho que siento como si una rata viniera a darme un bocado y se llevara parte de la carne. Durante horas creo que he estado en una bendita situación de semiinconsciencia, tendido sobre este lecho de arena sin saber qué es lo que ha pasado. Poco a poco voy recuperando el sentido. Necesito orientarme en el tiempo y en el espacio. El reloj de pulsera ayuda, las manecillas marcan las cinco, en el recuadro destinado al día de la semana se puede ver que es jueves. Entre la oscuridad que me rodea, arriba, siguiendo la línea que proyecta la vista, se atisba la débil claridad del día que dibuja un círculo tapado parcialmente con alargados rectángulos dispuestos de forma irregular. Son las cinco de la tarde entonces. Solo el esfuerzo de levantar la mano para poder ver el reloj me ha supuesto un sufrimiento sin cuento. Llevo medio inconsciente un montón de horas. Sin previo aviso la rata imaginaria que me ronda vuelve a morderme el costado; tengo que aguantar la respiración apretando los labios para no gritar. ¿Por qué no gritar? Aúllo con todas mis fuerzas para tratar inútilmente de menguar el dolor. El sonido retumba como si hubiera chillado dentro del tubo de un cañón. Sale disparado hacia arriba tratando de escapar en dirección al círculo por donde entra la luz. Tengo que incorporarme. De momento solo muevo el brazo derecho. Me llevo la mano al lugar de los mordiscos. Solo tentarme las costillas es tanto como recibir una patada brutal. Las tengo rotas. Una, dos, tres…, todas. No sé. Me duelen horrores. Es el momento de comprobar el otro brazo. No me decido. Hay que hacerlo.
Se mueve. Lo alzo al cielo inexistente, al círculo misterioso que lo sustituye. Estiro los dos brazos al modo de un sonámbulo que aún no se ha levantado de la cama. También puedo mover el cuello a costa de un estallido de dolor. Me palpo el pelo de la cabeza y encuentro una costra que me escuece como si mil hormigas la estuvieran devorando. Si me inclino sobre el costado que menos me duele y me apoyo en el codo puede que consiga sentarme. ¡Dios Santo! En mi vida me ha dolido tanto una maniobra tan sencilla. Pego un alarido furibundo que me permite incorporarme. Al ir a recoger las piernas un fogonazo me quema el tobillo. Con ayuda de mis recuperados brazos compruebo que está tan hinchado que si me quitara el zapato no podría volver a ponérmelo. Apoyo las manos en el suelo. Estoy en un lecho de arena. Las costillas protestan, yo las respondo chillando como un loco hasta que el dolor se convierte en un rescoldo. Me tiendo de nuevo sobre el costado sano para dejar que pasen los efectos de este nuevo mordisco.

Creo que me he vuelto a desmayar. El círculo del techo ha desaparecido. Las manecillas luminosas del reloj marcan las once y cuarenta. Jueves aún. Intento moverme. Puedo hacerlo con más facilidad. Algo ha cambiado en las costillas, en lugar de estallidos de dolor insoportable, ahora siento una punzada constante. En lugar de sentir un clavo atravesando la piel cada vez, es

como tener el clavo metido dentro. Resulta más tolerable por lo continuo. Tengo frío. Los dedos de las manos son un puro cosquilleo; los muevo como si estuviera escribiendo a máquina y vuelven de nuevo a la vida. No sé cómo consigo erguirme. He necesitado varios gritos y unas cuantas lágrimas. Puedo hacerlo si no apoyo mucho el pie derecho. No lo tengo del todo inutilizado, puedo andar, puedo andar si consigo olvidar el dolor que me produce. Me apoyo en una pared de piedra irregular, voy siguiendo su recorrido tanteando con las manos dando pasitos pegado a su húmeda superficie. Parecen ladrillos erosionados cuya superficie se deshace si los araño con fuerza. La pared tiene un montón de rebordes, topo con abundantes y pequeños agujeros. No acaba nunca. No acaba. No puede acabar. La pared es circular. En lo alto ha desaparecido ese atisbo de claridad que creo recordar formaba un círculo. Me fijo bien y consigo discernirlo. Ahí está todavía. Es de noche. La luz de la luna me sirve de guía. Después de un rato distingo unos larguísimos tablones atravesados por donde se cuela lo que yo diría que, en efecto, es la luz de la luna. Serán ocho o nueve metros los que me separan de ellos.

¡Dios bendito! Estoy dentro de un pozo.

Me siento, procurando protegerme el costado y el pie derecho. Lo último que recuerdo es haber acudido a casa de Samuel. Me estaba esperando al lado de la fuente. Lo veo alzando una barra, veo sus ojos inyectados en sangre, luego todo se volvió negro. ¡Ha intentado matarme! Me toco la cabeza y encuentro la herida en el lugar donde pensé que una jaqueca me perforaba el cráneo. ¡Ha intentado matarme! Ahora sí que mis gritos suben de tono. Ya no son alaridos animales de dolor. Contienen todo tipo de insultos, invocaciones, blasfemias, juramentos. Son la expresión misma de la rabia y el deseo de venganza. Ha intentado matarme. Pensará que lo ha conseguido. Este pozo en condiciones normales, de no haberse dado la sequía de los últimos meses, estaría lleno de agua. Un escalofrío acompaña a este descubrimiento. No puedo imaginar mi situación con el pozo inundado. El frío que entumece mi cuerpo hubiera acabado conmigo en pocas horas. Sin embargo, este lecho de arena me ha salvado de la caída.

Hundo las manos en la húmeda arena y al extenderlas me topo con un objeto duro de bordes rectos. Lo atraigo hacia mí. Es una maleta de cuero. ¡Es la maleta de cuero! El muy miserable se ha arrepentido. No quiere inculparse. Esta es su manera de impedirme entregar las pruebas a las autoridades. Las pruebas. La ropa. Intento abrir la maleta. La cremallera está atascada. Después de mucho esfuerzo consigo meter el dedo índice por el pequeño hueco del tope inferior. Luego la desgarro con un bramido de triunfo. A ciegas registro el interior. Hay varias bolsas de plástico. Rompo la primera y al tacto reconozco ropa. Un jersey, unos pantalones, una camisa, calcetines. Yo solo llevo una sudadera y unos pantalones finos. No lo dudo un instante. Me pongo toda la ropa menos el calcetín del pie derecho. Al terminar de vestirme con las pruebas del crimen, creo que he entrado en calor. No sé si por la ropa o por la actividad que me ha supuesto colocármela.

Son las seis de la mañana del viernes. Puede que algo haya dormido. Tengo el mismo frío que tenía antes de ponerme la ropa que llevaba Samuel cuando mató a su mujer. Creo que el miedo intensifica el frío. Puede que mitigue el dolor. No lo sé. Pero todavía alcanzo a comprender que las punzadas terribles que me lanza cada miembro de mi cuerpo a cada movimiento, no son nada frente a una muerte segura si nadie me saca de aquí. No es justo. No lo es. Yo solo quería hacer lo correcto. ¿Acaso debía dejar morir a una persona inocente? Por mucho que ella estuviera empeñada en sacrificarse. Yo no podía ser cómplice, no podía consentirlo. Además, fue Samuel quien quiso que presentara las pruebas. ¿Por qué me las dio si no estaba seguro? Yo no se lo pedí. ¡Dios mío! Ayúdame. No puedo creer que mi destino sea este. Doy un terrible alarido de desesperación. Pido auxilio, otra vez, a gritos, como hago desde hace horas a intervalos cada vez

más largos. No quiero morir. No así. No por esto. No quiero. Estoy llorando, otra vez, como hago desde hace horas a intervalos cada vez más cortos. Tengo mucha sed. La cabeza me estalla a cada grito. Rezo a Dios para que me salve con voz queda, le imploro que mande a alguien a sacarme de aquí, le suplico que me saque él mismo. Rezo con la fe del condenado. Rezo con la pasión de quien necesita un milagro, con la convicción del recién convertido, con la certidumbre de quien no tiene opciones, con la última esperanza de un hombre que todavía está vivo.

Súbitamente el silencio se rompe. En lo alto del pozo se mueven las tablas. Pronto una nueva viene a tapar parte del espacio por donde entra la luz de la luna. Luego los golpes, de lo que no puede ser sino un martillo, atronan en mis oídos.

—¡Socorro, ayuda, estoy aquí abajo! —vocifero poniéndome en pie con tremendo esfuerzo para intentar que mis peticiones de auxilio lleguen antes a su destinatario—. ¡Ayúdenme, por Dios bendito, auxilio!

Los golpes se detienen. Comienzo de nuevo a gritar hasta que no tengo más remedio que hacer una pausa para tragar la poca saliva que mi sed no ha consumido. Es entonces cuando los martillazos se reanudan. Una segunda tabla cubre otro hueco.

—¡Samuel, eres tú, Samuel!

Los golpes se interrumpen de nuevo.

—¡Samuel, por Dios, no me dejes aquí! ¡Si quieres la ropa te la puedo dar! ¡Deja caer una cuerda y ataré la maleta! No diré nada. Te lo juro. —Rompo a llorar histéricamente, casi no puedo hablar, menos elevar la voz. Trato de serenarme—. Samuel, te lo suplico, haré lo que tú me digas. He aprendido la lección. Por favor, por favor no me hagas esto. ¡Sácame de aquí, no me dejes morir en este pozo! Por favor, por favor te lo pido. Te lo suplico, Samuel, ayúdame. ¡Apiádate de mí! Por Dios, Samuel. ¡Por Dios!

No puedo dejar de sollozar. Me cubro los ojos con los puños. Se vuelven a escuchar martillazos y luego el silencio.

—¡Maldito seas, Samuel! ¡Puerco de mierda! ¡Grandísimo hijo de perra! ¡Te voy a matar, te enteras! ¡Te mataré, te juro que te mataré! ¡Te voy a sacar las tripas y me las voy a comer!

La excitación que produce la ira tiene efectos vivificantes. Por causa de la adrenalina que me inunda la sangre me pego a la pared y comienzo a escalarla nada más que para poder salir y matarlo. El problema es el pie derecho. Me duele una barbaridad al apoyarlo. Me doy cuenta de ello. Pero me doy cuenta encaramado ya un metro sobre los ladrillos. El descubrimiento me hace desfallecer y desciendo con mucho cuidado. De nuevo en el suelo examino las paredes. Los ladrillos están hundidos o sobresalen aleatoriamente. Con el pie sano tendría sin duda una oportunidad. Son ocho metros más o menos. Podrían ser más, la perspectiva desde abajo es difusa. Pero podrían ser menos, si no me he matado en la caída es que no está muy alto. Las posibilidades de llegar arriba con mis heridas son remotas. Pero existen. De hecho, escalar es la única salida. Tengo que intentarlo. La clave está en las manos y en el pie izquierdo. Me quito el zapato y empiezo a masajear mi pie menos dañado. Al poco, tanto las manos como el pie entran en calor. Tengo una sed atroz. No puedo esperar a que amanezca y el sol me indique el camino. Los tablones casi tapan por completo la salida del pozo. Si llego arriba los romperé con los puños o a cabezazos, o arrancaré los clavos con los dientes. No puede ser una estructura muy sólida, ni siquiera será una estructura, solo son unas cuantas tablas. La mayoría estarán sin clavar. Seguro. Si han estado a la intemperie desde hace años se desharán fácilmente. Si llego arriba no me van a detener unas maderas a medio clavar. Me pongo el zapato. Nunca he estado más decidido. «Lo voy a matar». Este pensamiento me inflama el ánimo y me da fuerzas. «Lo voy a matar». Apoyo el pie derecho en el suelo, descargo el peso. Aguanto con dolor indecible, pero aguanto. Pegado a

la pared me impulsaré con las manos. Solo tengo que tener cuidado de no rozarme con las costillas rotas. No será necesario descansar todo el peso en el pie.
Empiezo a escalar. De lado. Apoyando el costado sano en la irregular pared de ladrillos. Esto me obliga a utilizar el pie derecho más de lo que tenía previsto. No es un buen comienzo. Da igual. Soportaré el suplicio y la tortura que sean precisos. Si tengo que subir gritando de dolor lo haré. Porque si caigo no creo que tenga tanta suerte como la primera vez. Si resbalo no tendré otra oportunidad. No tengo miedo. Tengo un objetivo.
Lo voy a matar.

CAPÍTULO XIX

Estoy deshecho. Tengo los nervios destrozados. Me duele el cuerpo entero y la mano derecha muestra desollada su palma repleta de llagas. Siento en el pecho una angustia infinita, sobrehumana, brutal, asfixiante, un dolor que es físico y mental. A cada momento creo que puedo llegar a desmayarme, solo intento disimular los temblores que me sacuden constantemente. Hace frío y el sudor helado que recorre mi piel amenaza con hacerme tiritar. A cada poco utilizo el pañuelo que tengo en la mano derecha para secarme la frente y para recoger los mocos que me caen por la nariz. Intento no sollozar ni gimotear porque estoy sentado a la vista de todos. Las miradas de odio me atraviesan como cuchillos. Las de pena me hacen más daño aún.

He llegado en coche, creo. He caminado después por los pasillos que anteayer recorrí de noche, tal vez, puede que fueran otros, no lo sé. Recuerdo vagamente haberme cruzado con gente que no conozco. Unos me dirigen unas breves palabras que no entiendo. Otros me dan la mano, apesadumbrados. La mayoría se apartan a mi paso. Nadie me hace ningún reproche y todos los que a mí se dirigen lo hacen con la máxima corrección. En algún momento alguien me ha debido señalar una silla porque me encuentro sentado en un lateral de la primera fila, muy cerca de una ventana de cristal abierta en la pared que está tapada con una cortina negra.

Hace rato que soy un autómata sin voluntad. Ejecuto acciones que están escritas desde hace días cuando lo que nunca iba a suceder empezó a ser inevitable. No tengo coraje para hacer sino lo que se espera que haga. Ojalá hubiera tenido el valor de no haber venido. No sería más grave mi pecado ni mayor mi castigo que el monstruoso infierno que estoy sufriendo. Si al menos mi mente estuviera adormecida y sumida en un letargo. Mi mano derecha se cierra buscando el vaso de whisky que necesito imperiosamente beber. Cómo me gustaría estar al otro lado del cristal, tumbado en una camilla, con una vía en el brazo por la que entrara la paz y la liberación. Pero ya no está en mi mano. Lo hecho no puede ser cambiado. Me froto las palmas de las manos para que el dolor me despierte. El martillo tenía el mango de madera áspero como una lima de metal y no pude evitar que la violencia de los golpes fuera más allá de lo que los tablones necesitaban. A punto estuve de caer al pozo cuando escuché sus gritos; es terrible lo que el miedo puede llegar a hacer en un hombre. Eran auténticos alaridos salvajes, primero de terror, luego de desesperación y al final de absoluta rabia. Yo lo creía muerto. Solo pretendía colocar bien las tablas para que nadie pudiera caer por el hueco que había dejado. No intentaba otra cosa. De haber sabido que estaba con vida no habría ido. Se me congeló la sangre en las venas al escuchar su voz. Esos chillidos, esos gritos, esos ruegos. Los tengo dentro de la cabeza. Ahora son casi las doce del mediodía. Estará todavía gritando. Lo más caritativo sería ir y pegarle dos tiros. No pienso hacerlo. No voy a acercarme allí por nada del mundo. Él se lo ha buscado por intentar engañarme. Ansiaba que fuera yo quien estuviera tumbado al otro lado de la cortina esperando lo que ha de venir. Empiezo a sentir calor por primera vez en muchas horas. Él es el responsable de todo. Si hubiera hecho lo que le mandé no estaríamos así. Yo me hubiera inculpado y eso nos habría dado un aplazamiento. Que sirviera para algo o no, eso habría que verlo. Estoy seguro de

que manipuló a mamá para que se negase a seguir recurriendo. Siento un cosquilleo agradable bajo la piel. Sí. Eso es. Él fue quien la convenció de que me prohibiera inculparme. El muy miserable. Todo es por su culpa. Durante todo este tiempo solo ha pensado en ganar el caso. Ganar él a nuestra costa, a mi costa, usando mi cabeza como moneda de cambio para poder presumir de que había salvado a su cliente. Su cliente, «pero si soy yo quien le pago». Una creciente indignación me hace sentir que estoy vivo. Comienzo a comprender que yo soy la víctima. Yo soy a quien ha engañado. No he podido hacer otra cosa. He hecho lo que debía, lo que le prometí a mamá.

La habitación está cargada del ambiente pesado y húmedo de la desgracia. Cuesta respirar. Hace frío a pesar de que gruesas gotas de sudor perlan la frente de todos cuantos estamos preparados para asistir a esta tétrica ceremonia. Hay dispuestas quince sillas en filas de cinco asientos formando casi un cuadrado. Yo estoy sentado en la esquina izquierda de la primera fila. Hay dos guardianes a ambos lados de la cortina. Otro está colocado en la puerta estrecha que sigue a esa cortina. Hay otra puerta, aquella por la que he entrado, en la que observo a un sacerdote junto con un individuo trajeado. Entran cinco personas que se sientan en la fila tercera de asientos ocupándola entera. No los conozco. Son cuatro mujeres y un hombre de edad similar a la de mi madre. Parecen compungidos. Dos de las mujeres tratan de contener el llanto tapando sus bocas con pañuelos. El hombre intenta consolar a la mujer sentada a su lado. Giro la cabeza tan solo un instante. Una de las mujeres cruza conmigo su mirada y aprieta los labios sollozando. Su presencia me consuela. Parecen amigos de mi madre. No estarían tan afligidos si no fuera así. No es la actitud de ser parientes o amigos de…, me cuesta evocarla en esta situación. Yo no quise que muriese, nunca lo quise, fue un accidente. Fue un terrible accidente. Yo no la maté. Yo no la maté. Tengo que gritarlo, tengo que reventar el techo a voces, dejárselo claro a todos. Yo no la maté.

De pronto, se abre la puerta de entrada y, precedidos por el director del presidio, hacen su aparición dos personas cuyo rostro envejecido reconozco en el acto. En cuanto los he visto he vuelto la mirada al frente con la mayor rapidez. Noto ahora sus ojos clavados en mi nuca. Siento su odio acariciando mi piel como si tuviera su aliento a centímetros de mis hombros y sus babas goteando sobre mi cuello estremecido. No respiro, no me muevo. Intento que una coraza de indiferencia me proteja. Pero el anhelo de volverlos a ver después de tantos años es irresistible. No voy a poder aguantarlo. Voy a girarme un tanto. Un poco. Unos grados solamente para observarlos de reojo. Será solo un segundo. Solo un instante.

Mis ojos chocan violentamente con los suyos de forma casi sonora, como en un accidente de circulación en el que yo soy el atropellado. Estaban acechando, deseando echarse sobre mí, los tenían dispuestos para proyectar el más insano rencor, el odio genuino, el primigenio, aquel que está por encima de cualquier aborrecimiento, de cualquier inquina, la hiel amarga por la que se mata sin remordimiento. En su mirada está hundida con raíces inquebrantables la saña, el desprecio, la rabia, la ira con la que unos padres contemplan al asesino de su hija.

Son los padres de Julia.

Han tomado asiento en la segunda fila, al otro extremo de donde yo me encuentro. ¿Por qué me miran así? Yo no soy el condenado. A mí nadie me ha declarado responsable de nada. ¿Es que acaso soy culpable de lo que hizo mi madre? ¿Es que soy también culpable de cómo se comportó su hija, de lo que pretendía hacernos? Me muevo encima de la silla. No encuentro acomodo. Me duele al respirar. Tengo la cabeza presta para un mareo que siento inminente.

—Disculpe que lo moleste. —El rostro del director de la prisión ha aparecido junto a mi cara. Está agachado para poder hablarme en un susurro—. No encontramos al abogado de su madre.

Estamos intentando contactar con él desde ayer por la tarde, pero no contesta a nuestras llamadas. ¿No tendrá usted noticias suyas?
Tiene el aliento ácido, desagradable. Seguro que no ha tenido un buen desayuno. Me aparto de manera ostensible de su cercanía. No respondo. No puedo articular palabra. Debo asegurar que no sé nada. Carraspeo para liberar la garganta. El silencio es absoluto, los cuchicheos que se oían esporádicamente han cesado. Todos están expectantes. La maniobra del director no ha pasado desapercibida en medio de la tensión que reina en la habitación.
—¿No tendrá usted forma de contactar con él? —insiste el director.
Niego con la cabeza y bajo la mirada. Nadie me reprochará que en un momento como el que estoy viviendo me importe una mierda dónde está el abogado. Está donde debe estar. Pudriéndose en un pozo profundo y negro. Que intente llamar desde allí abajo con el móvil, a ver si puede.
El director desiste y se incorpora. Se dirige al fondo de la sala donde, de inmediato, advierto la presencia de un lúgubre personaje. Su figura me produce escalofríos. Es el fiscal. Entre ellos farfullan razones que se me escapan y hacen gestos de fastidio. El fiscal señala el reloj. Yo también lo miro; son las doce y diez minutos. Ha pasado la hora. Puede que haya lugar para la esperanza después de todo. Quizá la ausencia de David tenga algo que ver. Tal vez su presencia sea necesaria. El fiscal está disgustado. Niega con la cabeza y se cruza de brazos. Ha venido a contemplar el éxito de su trabajo y este imprevisto, este contratiempo, esta molesta tardanza le incomoda. Valiente canalla.
Ni siquiera un capo de la droga pretende ser testigo de los crímenes que ordena. Sus esbirros los ejecutan, luego le informan, pero no acude al lugar del asesinato para verificar que todo se hace conforme a sus deseos. Esto es diferente porque es legal. Y la ley ha previsto la presencia del responsable de la ejecución en la ejecución. Es normal que quiera verlo. A todos nos gusta recrearnos con el fruto de nuestro esfuerzo. Y él ha perseverado en obtener la condena, no ha desfallecido en ninguno de los recursos, a todos se ha opuesto, en ninguno de los aplazamientos, en todos ha informado en contra. También se opondría a la medida de gracia si la hubiéramos pedido. ¿Cómo es posible trabajar sin descanso durante cinco años para lograr la muerte de una pobre mujer? Pues ahí está, enfadado porque se está tardando y seguramente tendrá cosas que hacer. Es posible que hoy almuerce con su mujer y con su familia. También puede que esté pensando en sus planes para el fin de semana. Aprovechando el buen tiempo irán a esquiar, o de compras, o a visitar a su anciana madre. Seguro que es un buen hijo, un hijo atento, solicito, cariñoso. También será un buen padre. Por la noche cuando sus pequeños se acuesten, sentado en su cama, les contará ese relato de la bruja que encierra niños en su casita de chocolate para comérselos bien gordos. O ese cuento del lobo que devora abuelitas. O ese otro en el que la madrastra envenena a la hija de su esposo. O ese tan bonito en el que un pobre soldadito de plomo perece envuelto en llamas. O puede contarles ese cuento en el que un funcionario persigue a una pobre mujer durante años hasta que logra su muerte.
Está irritado. Comenta sus mezquinas inquietudes con el sacerdote y con el director que está a su lado. No dejan de mirar el reloj. Queda poco para la una de la tarde. Esta tensión es insoportable. Se nota en todos los asistentes. No me había percatado, pero según parece, las sillas solo están dispuestas para reposar el dolor. Ni el fiscal, ni el cura, ni el director, ni tampoco ninguno de los que allí se encuentran por razones profesionales toman asiento. Les debe parecer poco decoroso sentarse estando de servicio. A pocos metros del director se impacienta un individuo con un maletín. Un médico para el que su juramento hipocrático es palabrería vana, sin ningún contenido al que guardar fidelidad.

Los padres de Julia preguntan, alarmados, a los guardianes por las razones del retraso. Puede que teman un aplazamiento. Si pudieran, si tuvieran valor, matarían a mamá ellos mismos. El odio les sale por los ojos en forma de lágrimas. Sus pupilas dilatadas brillan como las de un gato en la oscuridad. También los plañideros ocupantes de las sillas traseras están empezando a ponerse nerviosos. Esta situación es insostenible. Alguien va a empezar a gritar en cualquier momento. Solo al más enfermo de los sádicos se le ocurre que es buena idea reunir en un ajusticiamiento a los familiares de la víctima y a los allegados de quien va a ser ejecutado. Todos respirando el mismo aire viciado de la misma habitación. Esperando unos ser objeto de la venganza de los otros. Esperando los otros que el dolor del condenado y de su familia sea el máximo de los posibles. En una misma sala tanta angustia, tanta inquina, tanto sufrimiento, tanto rencor.

La imagen de un asesinato cometido ante los familiares de la víctima es el paradigma de la bestialidad, es un ejemplo de barbarie, de salvajismo. Da cuenta de la ferocidad del hombre con sus semejantes. Salvo que la ley lo ordene, claro está. Una ley que, con refinada crueldad, prevé cómo se ha de matar a una persona, quiénes pueden presenciarlo, el modo de realizarlo y la hora de ejecutarlo.

La hora. Las manecillas del reloj han pasado de la una y media. El interior de la habitación es una caldera a punto de estallar. La tensión es inaguantable. Llevamos más de una hora de retraso y nadie da cuenta de las razones. Varios asistentes entran y salen por la puerta estrecha que está junto a la cortina. En un momento dado el director recibe una llamada en su teléfono y se precipita por la misma puerta. Su cara ha sido de estupor cuando ha recibido la noticia. Al rato regresa y se entrevista con el fiscal. Este alza las cejas estupefacto. Desaparecen los dos por la misma puerta estrecha tras la que están ocurriendo cosas de las que nadie nos informa. Los nervios de todos son ya insoportables. No sé el tiempo que ha pasado. La esfera del reloj se ha vuelto borrosa. Estoy empapado en sudor. No aguanto más.

—¡Esto es inconcebible! —Me levanto de la silla y me dirijo a uno de los presentes. No sé quién es ni qué cargo tiene, pero lleva traje y todos los demás parece que le reconocen una jerarquía—. ¡Exijo una explicación! ¿Qué está pasando aquí?

—Cálmese —responde el aludido extendiendo una mano y mostrándome la palma.

—¡Cómo que me calme! ¡Cómo que me calme! ¿Es que esto es para calmarse, acaso? Llevamos aquí dos horas esperando. ¿Qué mierda es este suplicio? ¿Es que no saben cómo se hace? ¿Quieren que lo haga yo?

—Siéntate, imbécil —ordena despectivamente el padre de Julia.

Mira por dónde no me voy a ir de aquí sin partirle la cara a mi suegro. Me lanzo sobre él y las sillas vuelan a mi paso. Consigo agarrarlo de la pechera con la mano izquierda y cuando estoy a punto de descargar mi puño derecho sobre su cara de estúpido engreído varias personas me inmovilizan los brazos y logran separarme del abuelo de mi hijo.

No importa.

No importa porque yo he dejado de estar pendiente de él. Ya no siento los brazos que me sujetan, ni escucho los gritos, ni el revuelo tiene el menor significado. El tiempo ha comenzado a transcurrir en cámara lenta. La acción se diría que sucede debajo del agua. Los movimientos se vuelven pesados, las voces son las de un disco a pocas revoluciones, todos nos hemos vuelto mimos marcando pausadamente nuestros gestos. Todo ha dejado de tener importancia porque mis ojos no pueden dejar de mirar a la puerta estrecha. Bajo su marco, dibujando su silueta sobre el fondo negro del que ha surgido, se encuentra la razón de esta sádica espera, el motivo de esta cruel demora, la causa de que el ajusticiamiento no se haya producido, la explicación de por qué

no se va a ejecutar. Bajo la puerta, mirándome fijamente, está la libertad de mi madre y está mi condena.

¡David!

¡David con la cabeza vendada con una gasa ensangrentada! David vistiendo mis ropas, las que contenía la maleta. David apoyado en un guardián que lo sostiene trabajosamente. David con los ojos descompuestos, la mirada acusadora, los labios agrietados, el rostro todo cubierto de polvo. David vivo, dispuesto para la venganza. ¡Bendito sea Dios! Relajo el cuerpo y caigo al suelo sujeto aún por mis oponentes en la olvidada pelea. No puedo hacer otra cosa que reír a carcajadas. Con la risa histérica de los condenados que nunca creyeron serlo, con la algazara de los que siempre quisieron serlo, con la vergüenza de los que no se atrevieron a asumir sus culpas, con la alegría de quienes las vieron reconocidas. Todo ha terminado. Y todo ha terminado para bien. No he matado a David. No he matado a mi madre. No he matado a Julia. No he matado a nadie. Pero soy culpable de haber intentado matarlos a los tres. Redoblo mis risotadas mientras me levantan del suelo y me llevan en volandas. No consigo dejar de reír. Soy feliz, es la agradable sensación de los locos, de los que han perdido el sentido, de los que se jugaron a los naipes la cordura y consiguieron perder. No tengo nada. No tengo responsabilidad con nadie. Soy libre. El destino benévolo me ha liberado y ya no tendré que arrostrar una vida de remordimientos infames. Bendito sea Dios por haberme devuelto al camino recto que conduce al patíbulo. Allí recuperaré la dignidad. Es todo tremendamente gracioso. Siento no poder parar. Lo juro. Lo juro de verdad. Este jolgorio no es conforme a un acto tan solemne.

—Lo siento, perdónenme, lo siento —consigo decir entre risas que suenan cada vez más fuertes. Pensarán que me refiero a los homicidios que me achacan. Una violentísima carcajada me asalta con esta idea. Lo cierto es que siento no haber sabido comportarme. Pero…, la vida es así de divertida. Qué le vamos a hacer.

CAPÍTULO XX

La ira me salvó. Una rabia inmensa, desbordante, desconocida, que me salía por la piel mientras escalaba ese maldito pozo tiñendo el sudor de malva. No lo hubiera conseguido sin el odio más intenso. El rencor me dio el coraje. Cuando comprendí que Samuel estaba cerrando el pozo, el sonido de los clavos en las maderas fue el aldabonazo que me decidió a luchar. Y un deseo salvaje de agarrarlo y estrangularlo con mis manos sirvió para que no me rindiera. Sin la llamada a la acción de los martillazos puede que todavía estuviera en el pozo lamentando mi suerte. Pero eran las campanas que anunciaban mi final y cuando uno está muerto perder la vida no supone un gran riesgo. Cuando todo está perdido, el miedo desaparece y se puede alcanzar lo imposible. Escalar ese pozo era imposible. Estuvo a punto de ser imposible cien veces. Cien veces a cada metro, a cada respiración, a cada pausa, a cada nuevo esfuerzo. El dolor en el pie dejó de ser un problema cuando las manos empezaron a arder al contacto con los ladrillos. Las manos dejaron de importar cuando las puñaladas del costado comenzaron a impedirme respirar. El costado fue algo accesorio en el momento en el que el sudor de la cara y el polvo de la pared me cegaron. Subí a tientas sabiendo que aún no había caído porque todavía podía gritar. Y grité para mitigar el dolor hasta que la garganta se negó a obedecerme ardiendo como estaba por la sed. Todavía no sé cómo lo hice, pero después de un siglo escalando, subiendo milímetro a milímetro ese pozo del infierno, me topé con algo que no me permitía avanzar. Tardé en entender que lo que tocaba con la cabeza eran los tablones que cerraban el pozo. Logré introducir la mano en el resquicio que dejaban dos tablas viejas y carcomidas, y moviéndolas muy poco a poco, en el preciso instante en que ya me sentía desfallecer, cedieron dejando un hueco por el que pude al fin pasar.
Tendido en el exterior del pozo un violento llanto me asaltó y no dejó que me incorporara hasta que con él salieron de mí el terror y el miedo, la angustia y la desesperación. Sentí por un momento estar al borde del abismo de la locura, y fue entonces cuando el vértigo, que provoca la cercanía de la demencia, me salvó expulsando de mi corazón el odio y el rencor.
Eran las diez de la mañana del viernes. El teléfono móvil que en el fondo del pozo no tenía cobertura, mostraba la batería agotada. Tuve que caminar, arrastrando el pie derecho, durante lo que me pareció una eternidad hasta que encontré una casa en la que me dieron de beber. Comunicar con la prisión no fue difícil, que creyeran mi historia resultó más complicado. Llegué a pensar que iban a asesinar a Brenda sin atender las ridículas fantasías de un lunático. Por suerte, el director entró en razones y aceptó esperar a mi llegada. Cuando pude explicarme, la ejecución se suspendió y yo tuve la oportunidad de asistir en directo al indigno espectáculo que dio Samuel peleándose con los empleados del centro penitenciario.

He pasado el fin de semana en el hospital recuperándome de las heridas con las que salí del pozo. Hasta hoy, lunes, no he podido venir a la cárcel apoyado en dos brillantes muletas. Sigo siendo el abogado de Brenda. No quiero pensar que la idea de matarme fuera suya. Simplemente, Samuel se arrepintió de su noble gesto cuando entendió que las mismas pruebas que salvaban a su madre lo conducían a él al patíbulo. Eso fue lo que pasó. Al vislumbrar la horrible cara de la muerte todo su coraje se disolvió como un azucarillo en un vaso de agua.

No le guardo rencor, no se lo guardo. No es generosidad. No lo es. Es indiferencia. Una vez que se ha ganado, los vencidos ya no son enemigos. Me importa una mierda lo que le pase. Cuando escalaba las paredes del pozo, sabiendo que el siguiente impulso podría ser el último, confieso que sí me movía la necesidad de llegar arriba para vengarme. Una vez fuera la ley es la encargada de la venganza. No hay necesidad de mostrarse cruel. La ley ya lo hace por nosotros. Lo más probable es que el fiscal solicite para Samuel la misma pena capital que pidió para su madre por el asesinato de Julia. La pena de prisión que le pueda caer por haber intentado matarme a mí, poco importa si lo condenan a muerte. Esto es algo que los partidarios de la última pena no entienden: si has matado ya una vez, los crímenes que cometas a partir de entonces salen gratis.

Debo hablar con Brenda. Quiero que me diga que ella no quiso matarme. Quiero que me lo diga. Y quiero también que vea que estoy vivo. También quiero eso. Que me vea. Esta mañana he hablado con el fiscal. En cuanto analicen el ADN de las ropas de la maleta, y verifiquen que es el de Julia, comenzará el procedimiento de revisión de la sentencia condenatoria. Todavía tardará un tiempo. No creo que Brenda salga de prisión hasta dentro de varias semanas. Estas cosas son muy lentas. En cualquier caso, saldrá y se declarará su inocencia. He cumplido con mi misión. A su pesar probablemente, pero era mi obligación hacerlo.

El ruido metálico del enorme cerrojo que acciona el empleado de la cárcel al abrir la puerta del locutorio me provoca un estremecimiento. Creo que lo hacen adrede. No hay puerta que no se abra con un estruendo. No hay puerta que no se cierre igual. Brenda está sentada al otro lado del cristal. Yo también me siento. No hay lugar para los saludos.

—¿Has hablado con Samuel? —pregunto.

—Hemos hablado por teléfono. Ya sabes. Una llamada. Los detenidos tienen ese derecho.

Su mirada es fría. No se observa ningún atisbo de resentimiento. Se diría que piensa que todavía la partida está en juego.

—¿Le mandaste que me matara? —Es lo único que tengo que saber.

—No —responde de forma inexpresiva.

No me vale. Tengo derecho a algo más.

—Le mandaste que me matara.

—Si te hubiera pedido que le devolvieras la ropa —arguye masticando cada palabra—. ¿Se la habrías dado?

—No —contesto lacónico—. ¿Por eso le mandaste que me matara? No me creo que Samuel tomara esa decisión por su cuenta.

—Pues lo hizo —afirma con un deje de orgullo que no puede reprimir—. Crees que has ganado, ¿verdad?

No respondo. Es evidente que tiene algo que decir.

—Tú no luchas por las personas. No has peleado por mí. Luchas contra la pena de muerte. Trabajas por un ideal y como todos los idealistas eres peligroso porque las personas no te importan. Lo único que cuenta para ti son los principios. ¿Qué has logrado? Nada. Cambiar un condenado por otro. Si me absuelven a mí, condenarán a mi hijo. ¿Vas a defender a Samuel? ¿Lo harás, David?

Defender a quien ha intentado matarme. Qué locura. Qué locura tan grande. Qué locura tan grandiosa. Sería algo nunca visto. Algo magnifico. Un ejemplo para combatir la indignidad de los partidarios del cadalso. Advierto que la retorcida tentación de hacerlo se ha instalado en mi corazón. Defender a quien ha intentado matarme. Sería algo tremendo. Algo imposible.

—Pues voy a darte una noticia que va a sorprenderte, David. No has ganado. No has ganado

nada. Oyes. Nada. No has ganado nada porque Samuel no mató a su mujer. A Julia la maté yo.
—No insistas, Brenda. En la ropa de Samuel hay sangre de Julia. Déjalo ya.
—En esas ropas hay sangre de Julia, es cierto. Pero las cosas no sucedieron como piensas.
—¿Cómo sucedieron entonces?
Brenda calla. Sonríe, veo un destello de crueldad en sus ojos. ¿El brillo de la verdad?
—Cuando Samuel llegó a casa esa noche —empieza a relatar—, me contó lo que había pasado. Reconoció que había clavado a su mujer un cuchillo en el cuello. Me dijo que se había cambiado y que tenía la ropa en una maleta. Me contó que Julia iba a marcharse con otro y que iba a vender el hotel y quedarse el dinero. No le dejé seguir hablando. Cogí el coche y en menos de veinte minutos me planté en su casa. Cuando llegué, Julia estaba en el suelo desmayada recostada sobre un rincón de la cocina. Vi un cuchillo ensangrentado en la encimera. Me agaché a su lado y ella se movió. Estaba viva. ¡Julia estaba viva cuando llegué!
No puede ser. Brenda está mintiendo. No puede ser. Examino su rostro y no encuentro diferencias con la expresión que tenía al contarme otras cosas que yo sé son verdad. No puede ser. Está mintiendo.
—Estaba viva, David. Le busqué más heridas. No las tenía. Solo un orificio en la garganta. Recuerda la autopsia. La primera herida de arma blanca no le afectó la arteria. Se había desmayado tan solo. Si recobraba el sentido y pedía ayuda testificaría contra Samuel. Se marcharía dejándonos en la ruina y a mi hijo en la cárcel. No lo dudé un momento. Cogí el cuchillo de la encimera y se lo clavé en el corazón.
No me lo creo. No puede ser. Mentira. ¡Es mentira! Yo creí que el espanto lo tenía agotado con lo sucedido la semana pasada. Me equivocaba. No puede ser verdad lo que cuenta. Está mintiendo.
—Recuerda la autopsia, David, la causa de la muerte fue la herida del corazón. El forense lo dictaminó sin género de dudas. La autopsia, David, la autopsia. La herida en la garganta no era mortal. Se hubiera recuperado sin problemas. Samuel no la mató.
—Te lo estás inventando, Brenda. Estás mintiendo.
—En absoluto. Esta es la verdad, David. Samuel no la mató. Si yo declaro esto mismo que te acabo de contar, por mucha sangre que haya en su ropa tan solo se le podrá condenar por el homicidio de su mujer en grado de tentativa. Aceptaremos cinco años de prisión. Es un buen trato, el fiscal no pedirá más. Estará encantado porque así mi condena a muerte se mantendrá intacta. Luego está lo de tu agresión.
—¿Cómo que mi agresión?
—Sí. Tu agresión. Samuel nunca tuvo intención de matarte. Te arrojó al pozo sabiendo que el lecho era de arena. Solo quería impedir que utilizaras la ropa de la maleta. Y aunque aceptáramos que hubo intención sería homicidio en tentativa. Cinco años de prisión añadidos a los otros cinco. Diez en total, por buen comportamiento saldría en cinco.
No puedo creerlo. Esta mujer es una roca, es la voluntad hecha carne. Es inconcebible que alguien persiga de esta manera su muerte. ¿Pero de qué clase de pasta está hecha? Que no me digan que una madre hace lo que sea por su hijo. Esto tiene que ser una enfermedad. Esta mujer está loca. Como un cencerro. Se lo tiene que haber inventado todo. Es todo falso. Es mentira. No puede ser verdad.
Pero incluso si estuviera mintiendo su historia cuadra. El fiscal la aceptará porque eso supone mantener la condena a muerte de Brenda y esa condena es su medalla, no va a renunciar a ella. A cambio estará más que dispuesto a ser benévolo con Samuel. El plan de Brenda es perfecto, un plan macabro y terrible que deja sin castigo a quien ha intentado matarme. No lo voy a consentir.

De ningún modo.
Y me doy cuenta de que puedo impedirlo porque tiene un fallo nuclear.
—Un plan perfecto, Brenda, perfecto —reconozco con voz calmada.
Me mira y aprieta los labios. Sonreír sería siniestro. Prefiere contenerse. No puede alegrarse de veras de conspirar para mantener su condena. Nadie tiene esa presencia de ánimo, ni siquiera ella. Pero se ha precipitado. Su soberbia la ciega. Sospecha al verme tranquilo.
—Es un plan perfecto, Brenda. Si no fuera porque tiene un pequeñísimo fallo. — Sonrío. Me da igual que mi sonrisa sea un rictus macabro. Esto se ha convertido en un duelo. Yo quiero salvarla de ella misma, quiero que Samuel pague, y tengo una última arma para ganar—. Brenda, has olvidado que, si Samuel es condenado por intentar matar a Julia, aunque se trate de un homicidio en tentativa y la pena sea menor, perderá la patria potestad de Víctor. Con total seguridad el juez concederá la tutela a los abuelos maternos. Y con la tutela irá la administración de los bienes. Recuerda, todos los vuestros están a nombre del niño. Tú morirás ejecutada. Samuel cumplirá cinco años de condena, quizás menos, pero a su salida de prisión no tendrá nada. Encontrará la Casa del Valle abandonada y convertida en un erial, en el páramo perdido y yermo que fue hace cuarenta años. Los padres de Julia educarán a Víctor en el odio a tu hijo y así crecerá sin remedio. Lo más probable es que Samuel, cuando salga de la cárcel, se arroje al pozo del que yo pude escapar.
Brenda está paralizada por mis palabras. No se mueve. No respira. Su rostro va adquiriendo el tono cerúleo de las velas. No reacciona. Se diría que no está conmigo. Su mente está calibrando la tragedia. Debo ofrecerle una salida o enloquecerá.
—Solo tienes una opción. Recupera la libertad y lucha por la custodia de tu nieto. Con tu historia de sacrificio, de heroicidad, avalándote, con el título de madre inocente dispuesta a morir por salvar a su hijo, conmoverás seguro al juez y tendrás una oportunidad de retener a tu nieto contigo. El niño te quería a ti, tú lo eras todo para él antes de entrar en la cárcel, no puede haberlo olvidado y su opinión será tenida en cuenta, prácticamente no conoce a sus otros abuelos. La Casa del Valle en tus manos florecerá y continuará siendo lo que siempre fue. Sabes que no tienes elección. Tienes que callar y asumir que vas a ser absuelta. Tienes que aceptar que Samuel será condenado por la muerte de Julia.
El silencio es su respuesta. Sus ojos se nublan en lágrimas que no terminan de caer. Se está deshaciendo por dentro. Sabe que no tiene escapatoria. Tiene que dejar que Samuel se enfrente a la justicia.
—Y bueno, en un juicio todo puede pasar —proclamo intentando inclinar la balanza.
Brenda me mira, crispa los puños, cierra los ojos y una rabia pura, cristalina, no contaminada por la mentira, sale de su boca en forma de grito desesperado que inunda la estancia. No llora, no se lamenta, nada me reprocha. Tiene ahora otra misión. Otra lucha.
No puedo contenerme y formulo una pregunta sin respuesta:
—Brenda, dime la verdad. ¿Qué pasó en realidad? ¿Quién mató a Julia?
Me mira y cierra los ojos con tristeza.
—La verdad. Quieres la verdad. ¿Qué es la verdad, David? Acaso importa. Acaso te importa. Esto nunca trató de la verdad. Acabas de dejarlo claro.

FIN